

Bianca®

Heredero de amor

Abby Green

Heredero de amor

Abby Green

Heredero de amor (4.4.2007)
Título Original: Chose as the Frenchman's Bride (2006)
Editorial: Contemporáneo
Sello / Colección: Bianca 1747
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Xavier Saldago-Lézille y Jane Vaughan
Argumento:
Él necesitaba un heredero… ella esperaba un hijo suyo…

Dejarse seducir por un francés guapo y bronceado no figuraba en la lista de cosas que Jane Vaughan pensaba hacer durante sus vacaciones. Pero Xavier Saldago-Lézille no era un hombre al que una mujer pudiera rechazar fácilmente.

Jane intentó resistirse a él, pero la falta de experiencia no la ayudó. Fue una sorpresa enamorarse y mucho más descubrir a su regreso que se había quedado embarazada.

Después de acabado el romance, Xavier se enteró de que Jane esperaba un hijo suyo y decidió que quería un heredero y que Jane se convirtiera en su esposa.

Prólogo

Piscina del Hotel Lézille, 8.30 p.m

La vio en cuanto apareció en el arco que separaba el vestíbulo de la piscina. Se sintió atraído por ella como por un imán. Sintió una extraña excitación. Se dijo que no había ido a buscarla especialmente. Ella pareció dudar. No era la mujer más bella que había visto, pero tenía un atractivo natural, algo que no era habitual en su ambiente. Llevaba un sencillo vestido negro que realzaba su figura y su pecho, del que él no podía apartar su vista.

Tenía el cabello oscuro, y un aire de vulnerabilidad, que tal vez, pensó él con cinismo, estaba estudiado. Bien sabía Dios que ella se las había arreglado muy bien para llamar su atención el día anterior. Sus enormes ojos azules lo habían impresionado. Casi lo habían dejado sin habla, algo poco habitual en él. Había algo en su profundidad que le había impactado, y combinados con aquella boca tan tentadora eran irresistibles.

Cuando la había visto en la isla aquel mismo día más temprano, había deseado verla de cerca nuevamente. Y ahora que la volvía a ver, sentía nuevamente que no se había equivocado. Todavía recordaba cómo había temblado ella bajo sus manos viriles el día anterior en la calle, y bajo su mirada hoy mismo en la isla. Hacía tiempo que no veía a una mujer tan afectada por su presencia.

Apretó la boca al recordar el momento en que ella había rechazado su invitación a cenar, algo que no solía sucederle a él. ¿Sería un juego? No le extrañaría. Se sorprendía constantemente de las molestias que podían tomarse muchas mujeres para conseguir que él les prestase atención. Jugar a ser una chica difícil de conseguir no era un Juego nuevo.

La pelirroja que tenía al lado seguía conversando, ignorando que él había dejado de prestarle atención.

Él hizo un gesto con la muñeca casi imperceptible, y apareció un hombre a su lado, que se inclinó y preguntó:

— ¿Sí, señor?

— ¿Quién es esa mujer? —se la señaló con la cabeza disimuladamente.

—No es invitada nuestra. Pero puedo averiguarlo, si quiere—Él agitó la cabeza.

El aburrimiento que había empezado a sentir últimamente fue desapareciendo mientras la observaba moverse entre las mesas para llegar hasta sus compañeros. Su habilidad para leer el lenguaje corporal, algo que lo había ayudado a triplicar su fortuna muchas veces, le decía que un hombre que había en la mesa era su novio o su acompañante. Intentaría olvidarse del golpe que ella había asestado a su ego unas horas antes, rechazándolo. Definitivamente, valía la pena perseguirla. Una punzada de excitación le hizo sentir vivo.

Capítulo1

Más temprano aquel día...

Jane Vaughan caminó arriba y abajo del muelle con el ceño fruncido por encima de sus gafas oscuras. No podía recordar en qué puerta exactamente había estado el día anterior. Ahora había un montón de embarcaciones y una cola para subir abordo. El hombre al que se había acercado no se había quedado con ningún dinero ni le había dado ningún billete, pero en cambio le había asegurado que si volvía adonde estaba él la haría subir en el barco correcto. El único problema ahora era que ella no lo veía por ninguna parte.

El haberse encontrado con aquel extraño en la calle inmediatamente después de que el hombre del barco le dijera aquello debía de haberle estropeado el cerebro más de lo que pensaba; por eso no lo veía. Agitó la cabeza. Ella no era el tipo de mujer que pudiera pasarse toda una noche fantaseando con alguien con quien se había chocado unos segundos, pero sin embargo sentía calor cuando recordaba su cara y su cuerpo musculoso y fuerte.

Ella agitó la cabeza, aquella vez para sacudirse el recuerdo.

Se dirigió hacia una puerta que le pareció familiar y se puso a la cola.

Preguntó al hombre que tenía delante:

— *¿Excusez—moi, C' est le bdteau pour les fles?*

Pero éste sólo le hizo señas hacia el barco. Ella se resignó. Si no llegaba adonde quería ir, no era un drama. Al fin y al cabo estaba de vacaciones. Sería una aventura. No había que tener todo estrictamente organizado. Tenía que relajarse más.

Una vez que salieron, disfrutó del sol en los hombros y en las piernas desnudas. El vestido que llevaba puesto, floreado y con los hombros al descubierto, se lo había regalado su amiga Lisa, con el objetivo de que se hiciera más visible.

Se levantó las gafas por encima de la cabeza y alzó la cara hacia el sol. Por primera vez desde que había aterrizado en la Costa Azul tuvo una sensación de bienestar y de libertad. Ni siquiera echaba de menos a su amiga. Lisa había tenido intención de viajar con ella. Después de todo, iba a hospedarse en la mansión de la familia de Lisa. Pero el padre de ésta había tenido un ataque al corazón en el último momento y aquella semana tenía que someterse a una delicada operación.

Lisa había insistido a Jane para que hiciera igualmente el viaje, porque si no iba a sentirse culpable. Y además, la casa necesitaba airearse, así que casi les haría un favor yendo.

—Pero no puedo marcharme cuando más me necesitas… —había dicho Jane.

—Oye, ya conoces a mi familia. Va a ser como Picadilly Circus el hospital, y nos han dicho que mi padre se pondrá bien…

Jane sabía que Lisa intentaba ser valiente, que el resultado de la operación no estaba garantizado. Pero no había querido recordárselo para no hacerla sentir peor.

—De acuerdo, de acuerdo —le había dicho Jane.

Lisa tenía razón. Ella no podía hacer nada. Lisa tenía una madre formidable, cuatro hermanas y tres hermanos, y ella no haría más que molestar. Y de los hermanos de Lisa había uno que estaba interesado en ella; una pena, porque ella no sentía lo mismo por él.

Jane se levantó y fue a la barandilla. El mar le salpicaba cada tanto. Sintió un poco de culpa por disfrutar de aquella soledad. No había esperado sentirse tan bien. Pero por primera vez en sus veintiséis años estaba verdaderamente sola, sin el peso de la responsabilidad que había llevado durante tanto tiempo. ¡Y era estupendo!

Levantó la mirada de la espuma del mar y vio que se estaban acercando a una isla. Aquel paisaje majestuoso la hizo estremecer. Era una roca formidable, sólo suavizada por la playa de arena y las pintorescas casas que rodeaban el pequeño puerto.

En el muelle, mientras esperaba junto a los otros pasajeros que le dijeran adónde ir, su mente volvió a revivir los acontecimientos del día anterior.

Aquel ardiente momento en las calles cerca del puerto. Había escapado del área peatonal atestada de gente, sintiéndose un poco claustrofóbica, y se había encontrado con una hermosa y tranquila calle tortuosa, sin ningún turista. Había buscado el cartel con el nombre de la calle para saber dónde estaba, pero no lo había visto. Mientras caminaba, buscó en el plano, sin darse cuenta de que se estaba acercando a la esquina. Y entonces se había chocado con él. El hombre le había sujetado los brazos, y a ella se le había resbalado el plano de las manos. Había mirado y había visto una camiseta cubriendo un ancho torso. Entonces había alzado la

mirada y había visto los ojos verdes más hermosos que había visto nunca, en una cara de piel aceituna, cuyas cejas se habían fruncido. Y ella se había quedado con la boca abierta.

Había sido entonces cuando se había dado cuenta de que sus propias manos habían agarrado sus bíceps automáticamente para sujetarse. En aquel momento había sentido que los músculos de aquel desconocido se habían flexionado levemente debajo de sus dedos, en el preciso momento en que sus brazos la habían sujetado. Y sin saber por qué, ella había sentido un placer intenso en todo su cuerpo. Había agrandado los ojos, asombrada. Y él había mirado su boca. En aquel momento ella se había sentido flotando, como si no hubieran estado en una calle, como si aquello no hubiera sido real.

La magia había desaparecido cuando la voz de una rubia se había dirigido al hombre en francés desde la esquina. El hombre había apretado más sus manos antes de agacharse y recoger su plano. Se lo había dado sin decir nada, con una sonrisa levemente burlona. Ella había agarrado el plano y antes de poder decir «lo siento» o «gracias», la rubia había captado la atención del hombre, éste la había mirado y la mujer se lo había llevado mirando su reloj con movimientos exagerados y él había desaparecido.

Jane se había quedado de pie, perpleja. El efecto de aquel hombre había sido devastador. Se había tocado los labios, donde había sentido una comezón, como si él los hubiera tocado. Y luego había recordado su sonrisa burlona, como si él hubiera adivinado el efecto que había causado en ella. Debía de ser un hombre muy arrogante.

Jane se despertó de sus fantasías y siguió a los otros turistas, que se dirigían a un autobús con aire acondicionado.

—Disculpa, ¿sabes dónde estamos? —le preguntó a una pareja joven.

—Es la Isla de Lézille, guapa —respondió la mujer con acento americano—. Nos lo han dicho en el hotel, ¿no lo recuerdas? ¿O no eres huésped del hotel?

— ¡No!—exclamó Jane, turbada— Creía que ésta era una excursión para el público en general.

Sorprendida, Jane se preguntó qué debería hacer.

No había pagado la excursión. Ahora recordaba que le había preguntado al hombre del barco si aquél era el barco a *les iles,* «las

islas», en francés, unas palabras que sonaban exactamente igual que «*Lézille*». Por eso el hombre la había hecho subir.

—Oh, no te preocupes. Yo no diré nada, y nadie se dará cuenta. ¡Harás una excursión gratis, simplemente! —dijo la americana.

Jane sonrió débilmente. No le gustaba la situación, pero quizá no fuera tanto problema. Tal vez pudiera ir con ellos al hotel y pagar allí la excursión. Se sintió un poco mejor con aquella idea.

La mujer le dijo que irían de visita a unos viñedos, donde harían una degustación de vinos, y que luego irían a un lugar donde tendrían una vista aérea. Jane se relajó.

La visita a los viñedos fue más interesante de lo que hubiera imaginado. Cuando salieron de los edificios vio a lo lejos un castillo.

— ¿Sabes que esta isla es propiedad de un millonario que vive en aquel castillo? —preguntó la americana del autobús.

—No... No lo sabía. No sé nada de él.

—Bueno, al parecer, es el propietario de media costa también... Su familia ha sido la dueña durante siglos... Pero parece que le gusta la intimidad, y sólo permite que visiten el castillo unas pocas veces al año. Hay muchas historias sobre... —se calló cuando llegó su novio y se la llevó a ver algo.

Jane miró el castillo. Parecía de la Edad Media. Podría haber sido una fortaleza en aquellos tiempos, pensó.

Después de un paseo con el autobús por una franja de costa, los dejaron en un gran campo verde, lleno de flores salvajes, con una pista para aviones en el extremo más alejado. Se veía una docena de aviones alineados allí. Había un ambiente festivo, con familias haciendo picnic, puestos con bebida y comida, y puestos de artesanía. A un lado había un edificio de piedra que parecía un museo.

En los puestos Jane compró un poco de pan y queso para el almuerzo.

De pronto alguien le agarró el brazo y le dijo:

—No nos hemos presentado —era la mujer del autobús—. Yo soy Sherry, y éste es Brad. Somos de Nueva York y estamos de luna de miel. Deberías quedarte con nosotros si estás sola.

La mujer apenas la dejó presentarse, y la llevó a un lugar que habían elegido en la hierba. Fue agradable compartir la comida con ellos. Eran gente amistosa y amable, e insistieron en compartir el

vino y la fruta con ella.

Después de la comida Jane vio unos hombres vestidos con ropa de vuelo caminar hacia los aviones que había en el área del hangar. La gente se levantó y empezó a saludarlos. Luego apareció un último piloto que caminó hacia su avión. Con el sol de frente, para ella sólo era una figura en la distancia.

Jane oyó que la gente pedía silencio, y sorprendida por aquella reacción, se hizo sombra con la mano en los ojos y miró. De pronto se dio cuenta de quién era. Era el hombre con el que se había chocado en la calle. Estaba segura. Era inconfundible. Tenía un aire de mando y una poderosa gracia mientras caminaba hacia el aparato. Hizo un gesto y los otros pilotos embarcaron en sus aviones. Cuando subió él, ella se puso nerviosa. Probablemente la exhibición no duraría más de quince minutos, pero a Jane se le hizo eterna. No dejó de mirar su avión; tenía un nudo en la garganta. No podía explicar el temor que sentía. Pero sabía que hasta que su avión no volviera a aterrizar y él saliera sano y salvo ella no se quedaría tranquila.

Él hizo todo tipo de piruetas en el aire. La gente exclamó, sorprendida, y aplaudió. Fue el último en aterrizar, y los otros pilotos observaron su aterrizaje, en un gesto claro de respeto.

Cuando él salió del avión, todo el mundo lo aplaudió. Ella relajó las manos, que las había tenido apretadas en un puño.

La gente fue hacia ellos. Él giró la cabeza y aunque los separaban cincuenta metros por lo menos, la miró a los ojos. Ella se quedó petrificada. Tuvo una sensación de vértigo. Fue como si él la hubiera tocado con aquellos ojos verdes increíbles. Ella hizo un esfuerzo y desvió la mirada.

Tal vez hubiera sido un conjuro de su imaginación. Brad y Sherry, que estaban a su lado, decidieron ir al museo y ella los acompañó, contenta de escapar de... algo, no sabía qué.

Seguramente cuando salieran del museo, los pilotos ya se habrían marchado.

En el museo había una placa que ponía que un terremoto a principios de siglo había reducido la población de mil habitantes a unos pocos cientos, y que hacía pocas décadas que la isla había vuelto a prosperar nuevamente.

Al parecer, había estado en manos de una sola familia desde la

época de las cruzadas. Se llamaba Saldago-Lézille, y era de origen español. Aquello explicaba las casas tipo hacienda que había visto alrededor del puerto, y el estilo vagamente árabe que tenía el majestuoso castillo.

Ella siguió a los turistas, que iban a salir del castillo, cuando algo bloqueó la luz momentáneamente, y entró alguien al castillo. Era él, lo había sabido aun antes de verle la cara.

Miró a su alrededor, mientras la gente pasaba a su lado. Jane contuvo la respiración. Lentamente, la mirada del desconocido se posó en ella. Y de inmediato el corazón de Jane empezó a latir agitadamente y sus piernas se transformaron en gelatina.

Él la miró a los ojos. Jane agitó la cabeza mentalmente. ¿Cómo podía reaccionar de aquella forma? Era una locura.

Ella miró un cartel para distraerse, pero veía la figura del desconocido en el cristal. No se había movido del sitio. Ella volvió a recorrer la exposición para hacer tiempo. Pero tendría que marcharse tarde o temprano. Además, no era posible que él hubiera ido allí sólo para verla. Pero lo intuía.

Lo único que tenía que hacer era pasar por su lado y salir. Era fácil.

Siguió la cola de turistas en dirección a la puerta, sin mirarlo.

Ahora le quedaban sólo dos personas delante. ¿Por qué se habían parado? Se concentró en la espalda del hombre que tenía delante. Tal vez pudiera acercarse a él y fingir que éste estaba con ella.

Estaba casi al lado del enigmático desconocido. Su pelo negro y su ancha frente sobresalían por encima de otras cabezas. Tenía una cara muy masculina, unos labios sensualmente esculpidos. Y esos ojos increíbles... Su traje de piloto resaltaba sus cualidades y le daba un aire de autoridad.

— ¡Oh, es muy atractivo! —le susurró la americana. Ella le hubiera dicho que tenía razón, pero se calló.

Sin mirarlo sabía que había sonreído sardónicamente. Él había oído a Sherry y había comprendido lo que había dicho. Debía de saber inglés.

Jane estaba casi en la puerta, casi libre. Pero en aquel momento le agarraron la muñeca, y Jane tuvo una sensación casi eléctrica al sentir su mano. La gente que iba detrás de ella la empujó, y para

evitar que la aplastasen tuvo que acercarse más a él. Sus ojos azules lo miraron.

Él tiró de ella hacia adentro, contra su cuerpo, la gente la apretó y pasó. Jane podía sentir el calor de su muslo, duro contra el de ella a través de la tela fina del vestido.

¿Qué estaba sucediendo?

Jane levantó la mirada, cautivada por sus ojos verdes.

— ¿Qué estás buscando? —preguntó.

—A ti —respondió él.

— ¿Quién...? ¿Quién eres tú?

Él no le contestó. Sólo le sujetó la muñeca. Ella podía sentir su calor. Sintió una excitación en su vientre, y más adentro, en el mismo sitio donde la había excitado con la mirada el día anterior. El sonrió indolentemente. Luego la miró de arriba abajo tan detalladamente que se sintió desnuda, expuesta. Un calor se expandió desde su vientre hasta su cuello. Intentó soltar su muñeca, pero él no la dejó. La sujetó más fuertemente.

No creía que él recordase, ¿o sí?

— ¿Quién te crees que eres? —dijo, nerviosa—o ¿Cómo te atreves a mirarme así?

— ¿Finges que no te acuerdas de mí? —la desafió él.

—No... Bueno, sí. Te vi ayer en la calle, cuando te chocaste conmigo...

—Si no recuerdo mal, fue exactamente al contrario, *n' est ce pas*? —le recordó él con voz sensual en un inglés perfecto y casi sin acento extranjero.

—Yo me distraje mirando un plano. Debes de haberme visto...

—Oh, sí, te vi.

Ella notó el tono levemente burlón de su voz, y nuevamente intentó soltarse. Aquella vez él la soltó, y ella se sintió inexplicablemente huérfana.

—Deberías mirar por dónde vas. Podrías haber chocado con un... objeto más inamovible.

Por lo que recordaba, él había parecido una pared, una pared de duros músculos, un objeto muy inamovible.

Sintió que sus piernas se debilitaban. Lo miró, turbada.

—La calle estaba vacía... No es delito distraerse un momento.

Él hizo una inclinación algo anticuada y dijo:

—Tal vez tengamos que admitir que ambos tenemos parte de culpa.
—No hay problema.
—Pero tú eres quien parece enfadada por ello —señaló él, notando la incomodidad de Jane.
Jane miró alrededor, y se dio cuenta de que estaban solos en el edificio. Todos los demás habían desaparecido. ¿En qué momento se habían ido?
Jane miró hacia afuera, y suspiró aliviada al ver el autobús, donde los otros estaban subiendo.
—Tengo que irme... Mi autobús se marcha ahora.
Él le agarró la mano en el momento en que ella se empezaba a girar para marcharse.
— ¿Me harías el honor de venir a cenar esta noche? Para... sellar una tregua y permitirme que arregle mi parte en nuestro choque... —dijo él seductoramente.
Jane agitó la cabeza, algo mareada. No podía ser posible. Aquel hombre estaba tan fuera de su alcance como un ser de otro planeta. No podría sentarse delante de él, ¡se disolvería en sus ojos! Además, la miraba de un modo...
—Lo siento —dijo, quitando la mano— Yo... Ya he quedado, pero gracias por la invitación.
—Muy bien... —concedió él mirándola a los ojos. Al parecer, lo había ofendido, pensó ella.
Sin saber qué hacer, ella se apartó y se marchó prácticamente corriendo.
Se sentó en su asiento. Estaba acalorada. Su mano aún temblaba donde la había tocado él. Jane evadió la mirada de Sherry y miró por la ventana.

Todo el viaje de regreso al continente se lo pasó torturándose.
No sabía si había sido una suerte que hubiera escapado o había cometido un error rechazando su invitación a cenar. Después de todo había estado pensando en él, y hasta había fantaseado con cenar con él, desde que se había chocado en la calle. Y ahora que la invitaba... Ella lo había rechazado ... ¿Qué había hecho?
¿Y por qué la había invitado a salir? No lo sabía. Tal vez fuera algún código de conducta entre los aviadores, aunque no creía que

sólo fuera piloto. No podía dejar de sentirse como si hubiera cometido un error imperdonable. ¡Si lo supiera Lisa!, pensó. Cuando llegaron a tierra, Jane suspiró y cuando vio a los otros turistas subirse a otro autobús para ir a su hotel, ella los siguió.

Quince minutos más tarde, el autobús se salió de la carretera y entró en un complejo turístico. Parecía muy lujoso. Tenía inmaculados jardines que llevaban a un hermoso edificio estilo hacienda, todo en blanco. Jane miró el nombre del hotel, discretamente tallado en la piedra, y fue entonces cuando se dio cuenta de lo bien vestidos que estaban sus compañeros de viaje.

Había hecho una excursión de un día con un grupo de turistas de un hotel llamado Lézille. No le extrañaba que le sonara el nombre. El dueño de la isla debía de tener también aquella cadena de hoteles de lujo.

Cuando se bajaron frente al hotel, Jane siguió a los otros al vestíbulo y los vio dispersarse. En el momento en que estaba buscando la oficina turística del hotel, Sherry la detuvo.

—Hola, Jane, ¿por qué no vienes a cenar con nosotros esta noche? Has dicho que estabas sola, y nosotros nos hemos hecho amigos de un muchacho de Washington que trabaja en la ciudad Podemos cenar los cuatro. Le encantará tu acento.

Jane iba a decir «no», pero se lo pensó mejor. No quería volver a rechazar una invitación y arrepentirse luego.

—Me encantaría —respondió sonriendo.

— ¡Además, me gustaría que me contases qué te ha dicho ese hombre tan atractivo!

Jane dejó de sonreír. No iba a hablar de ello. Una vez que arregló el pago de la excursión con el director del tour se marchó de regreso a la mansión. Horas más tarde Jane estaba yendo en taxi nuevamente al hotel. Esperaba que el muchacho del que le habían hablado fuera alto. Ella media casi un metro ochenta sin tacones, y si el hombre no lo era, quedaría ridículo. No como con él...

Pero había sido cobarde y lo había rechazado. El taxi entró en el jardín del frente y Jane se dirigió al bar que había al lado de la piscina, donde había quedado en encontrarse con los otros. Sherry la saludó desde lejos con la mano. Jane la saludó a su vez y fue en dirección a su mesa, totalmente inconsciente de la admiración que provocaba a su paso, sobre todo la de alguien que estaba al otro

lado de la piscina.

Capítulo2

JANE! Ven que te presento a Pete. Ha roto con su prometida hace unos meses y se ha venido a vivir aqui para recuperarse.

Jane reprimió una sonrisa al oír el indiscreto comentario de Sherry, y extendió la mano para saludar a Pete.

—Encantada de conocerte. Soy Jane Vaughan.

Pete era un hombre atractivo, pero nada impresionante. Jane se relajó y la noche transcurrió cómodamente. Cuando la banda tocó un tema lento, Pete se levantó y la invitó a bailar. Jane aceptó, y disfrutó de un rato muy agradable. No era como la poderosa atracción que había sentido con aquel extraño. Se estremeció al recordarlo.

Pete apretó más sus brazos alrededor de ella. — ¡Eh! ¿Tienes frío? —le preguntó.

Jane se apartó inmediatamente, sorprendida por la fuerza de su reacción.

— ¡No! —sonrió para suavizar su brusquedad— No... sólo que estoy un poco cansada. Me gustaría sentarme un rato...

Cuando llegaron a la mesa Sherry estaba hablando amenamente con una mujer que se estaba marchando. — ¡No sabes lo que acabo de saber! —le dijo Sherry cuando Jane se sentó.

— ¿Qué? —preguntó Jane obedientemente.

Los hombres se marcharon al bar, diciendo algo sobre las mujeres y el cotilleo.

—Ese hombre... El tío bueno de ayer... Bueno, no mires ahora, porque está al otro lado de la piscina, y ha estado mirando para aquí. ..

Inmediatamente Jane se puso erguida y su respiración se agitó. Pudo reprimir el impulso de darse la vuelta, pero Sherry lo hizo por ella, mirando por encima del hombro de Jane.

— ¡Oh! Se ha marchado... Bueno... De todos modos, ¡me he enterado de que es el dueño de la isla! —Sherry la miró como si dijera « ¿no lo comprendes?».

Jane se quedó perpleja, sin saber qué decir. Sherry suspiró exageradamente.

—Es el dueño de la isla en la que hemos estado hoy. El es el millonario. Su nombre es Xavier Saldago-Lézille, y es el dueño de todo este complejo turístico también. ¿Puedes creerlo? ¡Pensar que

lo hemos visto hoy y no lo hemos sabido! Soy tan tonta...

Jane se quedó pasmada todo el tiempo que Sherry siguió hablando.

Ahora comprendía. Él debía de haber pensado que ella era una huésped del hotel. No le sorprendía ahora la reacción de él ante su rechazo. Dudaba que muchas mujeres lo rechazaran.

—y lo mejor es que es soltero... Bueno, en realidad un notorio playboy, incapaz de comprometerse, según dicen —seguía Sherry—. Le llaman El Príncipe de la Oscuridad porque es tan moreno, y alto y...

—No deberías hacer caso a los cotilleos... Aquella voz profunda las sobresaltó.

Ambas levantaron la mirada y se encontraron con el objeto de su conversación aliado de la mesa. Era la representación misma de la sofisticación y la riqueza, con aquel impecable esmoquin. El hombre con el que Jane había soñado durante aquellos dos días tenía nombre, y una isla, una cadena de hoteles, una etiqueta de vino, una reputación... Su cabeza daba vueltas. Sherry ni siquiera tuvo la gracia de ruborizarse, pero Jane se puso roja de los pies a la cabeza.

— ¿Por qué, señor Saldago-Lézille, no se queda con nosotros? —lo invitó Sherry.

—Por favor, es suficiente con «señor Salgada». El nombre completo es... demasiado largo —dijo él.

Jane se puso más roja.

Él miró a Sherry y luego la miró a ella, y extendió su mano para invitarla a bailar.

Jane no dijo nada y aceptó. Sintió un estremecimiento al notar el contacto con su mano, y se dejó guiar a la pista de baile.

La diferencia entre aquel hombre y Pete era impresionante. Esto era lo que ella había temido, aquel sentimiento de derretimiento, la excitación en cada centímetro de su piel, el deseo por él. Su fragancia era fresca, con un toque de un elemento erótico. Quizá fuese él mismo ese elemento.

Él tenía una mano en su espalda y la otra sujetaba la de ella contra su pecho. No hablaron, sólo se balancearon al unísono. Cuando terminó la canción él no la soltó. — ¿No crees que me debes un baile más, por lo menos?

Jane levantó la cabeza y lo miró a los ojos. —Por... por

supuesto.

Sus ojos brillaban con las velas que los rodeaban, y su boca dibujaba una sonrisa.

Cuando empezaron a moverse ella sintió que tenía que decir algo.

—Siento lo de Sherry... Quiero decir, yo ni siquiera la conozco. Lamento que pienses que tú eras el tema de nuestra... Yo creí que eras uno de los pilotos simplemente...

En cuanto dijo aquellas palabras se arrepintió.

—Ah... Debería haberlo sabido. Es más fácil aceptar un baile, o una cena del dueño del hotel que de un simple piloto... —dijo él con tono cínico.

—No he querido decir eso... No tiene nada que ver. La razón por la que he rechazado la invitación ha sido porque... —se interrumpió.

No podía decirle que había sido porque le daba pánico la reacción que había tenido con él.

— ¿Y? —preguntó él alzando una ceja.

—Yo... Yo ... Bueno, como puedes ver, había quedado con Sherry y Brad —mintió en defensa propia— No me alojo aquí. Estoy sola, en la mansión de una amiga en la colina. Hoy he ido a la excursión por equivocación, y ellos me invitaron a cenar.

No era una mentira absoluta. La invitación de Sherry y Brad había sido inmediatamente después de la de él, pero era real.

Él frunció el ceño.

—El director del tour me dijo que alguien terminó en la excursión por error y que luego la pagó. ¿Eras tú?

—Supongo... A no ser que hubiera alguien más.

—Eres todo enigma, ¿cómo te llamas?

—Vaughan. Jane Vaughan.

El se apartó un momento y la saludó con una inclinación, tomando su mano.

—Encantado de conocerte, Jane Vaughan.

Salgada le besó la mano. Jane sintió sus labios suaves y firmes en su piel. Y se excitó más.

—Empecemos de nuevo —dijo él seductoramente, apretándola contra su cuerpo.

Jane tuvo una lucha interna durante un momento, y luego cedió.

Aquello era demasiado fuerte, fuera lo que fuera lo que estaba sintiendo. Apoyó su cabeza en el hueco de su cuello y su hombro, y cerró los ojos. Se acopló perfectamente a su cuerpo.

Él deslizó su mano por su espalda en círculos sensuales. Jane sintió que sus pechos se excitaban contra la tela del vestido. En un momento en que él se movió ella sintió su erección contra su vientre. Se separó levemente, pero Xavier Salgada lo notó, la apretó más, y gruñó en su oído:

—No puedes moverte ahora. Todo el mundo se daría cuenta de lo que me estás haciendo —dijo.

Jane se puso roja de los pies a la cabeza. Los siguientes minutos fueron un ejercicio de erótica tortura. Nunca había sentido algo así en su vida. Estaba totalmente ajena a todo el mundo, ardiendo por él.

Finalmente, cuando creyó que sus piernas no la sujetarían más, él se apartó, pero siguió agarrando su mano, y la miró a los ojos.

—Salgamos de aquí —dijo.

Ella asintió en silencio. Estaba flotando en una ola de sensaciones que no podía controlar. Quería recuperar la cordura, pero una parte de ella la apartaba. No podía dejar escapar aquella segunda oportunidad.

Él la llevó a un hueco que había detrás de un arco, que daba a los jardines.

Jane se detuvo de repente.

— ¡Espera! —Se dio la vuelta, horrorizada—o No puedo irme simplemente... Estoy con gente... Con Pete ... ¿Cómo podía haberse olvidado? ¿Cómo había podido ser tan maleducada?

El hecho de que aquel hombre hubiera podido hacerla olvidarse de todo le producía una sensación de pánico.

Los ojos de Xavier se achicaron y vieron su expresión de pánico. El también se había olvidado de sus compañeros. De lo único que se había acordado había sido de sacarla de allí y llevarla a algún lugar privado donde poder explorar su lasciva boca y...

—Lo siento, señor Salgada... —dijo ella, poniéndose rígida.

—Xavier, por favor...

—Tengo que volver con los otros. Realmente no puedo marcharme así —dijo.

Esperaba que no se le notase mucho el arrepentimiento en su

voz.

—Tienes razón. Sería una descortesía llevarte de ese modo. Pero que sepas que si no fuera porque tienes que regresar...

Antes de que Jane se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, él tiró de ella y la rodeó con sus brazos. Luego la besó. Aprovechando que la había tomado por sorpresa, exploró su boca, su humedad... Exploró sus labios, la penetró con su lengua y jugó con la de ella. Aquella maestría la incendió por dentro. Jane se aferró a sus hombros como reacción. Se dejó llevar por el momento, y por él...

Reacio, Xavier levantó la cabeza y la miró. Ella abrió los ojos un momento. Tenía los labios rojos y levemente entreabiertos. Se estremeció y él lo notó.

Sería suya, él no tenía duda de ello. La había marcado.

Jane dio un paso atrás e intentó controlar su respiración. Luego se reprimió un movimiento de la mano para tocarse los labios.

Extrañamente, se sentía como si él la hubiera marcado de alguna forma. Había oído hablar de besos así, pero había pensado que eran fantasías de la gente. Ahora sabía que existían realmente. Si él no hubiera parado cuando había...

—Sí... Bueno... Tengo que... —balbuceó Jane.

—Comer conmigo mañana —dijo él.

Ella lo miró, indefensa. El impulso que la atraía era tan fuerte que no podía pensar en los peligros. Tomó aliento y dijo:

—De acuerdo.

— ¿En qué mansión estás? Ella le dio la dirección.

—Bien. Te recogeré a mediodía... Hasta entonces —dijo Xavier.

Él desapareció por el vestíbulo y subió al ascensor sin volver la vista atrás.

Jane volvió a la mesa. Tenía la impresión de que había pasado toda una vida desde que se había marchado. Los hombres no habían vuelto. Sherry le hizo muchas preguntas y ella contestó lo más vagamente posible.

Cuando volvieron los hombres, el pobre Pete no tuvo la más mínima posibilidad. Intentó darle un beso en los labios al final de la noche, pero ella le puso la mejilla, sin ver la cara de triunfo del hombre que estaba observando desde su ático, que daba a la

piscina.

Cuando volvió a la mansión, Jane no pudo serenarse y salió a la terraza. Aún se sentía un poco mareada. Pensó en su madre. Estaba de luna de miel en Chipre, con Arthur, el hombre que había conocido un año antes. Jane recordó la boda con una sonrisa. Cuánto se alegraba de haber dado la mano de su madre a un hombre tan bueno y agradable. Si alguien se merecía ser feliz era ella.

Su padre había muerto cuando su madre tenía sólo treinta años, y no le había dejado un céntimo. Jane era todavía un bebé entonces, y su madre había tenido que luchar infatigablemente en la vida. Había pasado de tener una vida relativamente cómoda a tener que salir a buscar trabajo para llegar a fin de mes. Algunas veces había tenido que tener tres trabajos al mismo tiempo, para mantenerlas y pagar la escuela y la universidad de Jane, aunque ella también había tenido que ayudar trabajando y cuando Jane había terminado sus estudios y había empezado a trabajar como profesora, su madre había rechazado su dinero, diciéndole que se construyera un hogar para sí misma.

Los años de preocupaciones y trabajo se habían llevado la alegría de su madre. Pero ahora... Su madre volvía a sentir el amor y la felicidad otra vez y si su madre había encontrado una nueva razón para querer vivir, ella también la buscaría.

Empezaría al día siguiente sintió un estremecimiento en todo su cuerpo. Y se marchó del balcón.

Capítulo 3

CUANDO se despertó al día siguiente, Jane no podía creer que hubiera dormido diez horas seguidas. Lo que quería decir que le quedaba una hora para que la fuera a buscar Xavier.

Saltó de la cama y fue a ducharse. Luego se vistió con una falda pantalón y una camiseta sin tirantes. Se peinó con el pelo detrás de las orejas, se puso unos pendientes y estuvo lista para salir.

Entonces sonó el timbre.

Respiró profundamente y fue a abrir, tratando de serenarse.

Abrió la puerta y su sonrisa se le borró cuando vio al hombre que estaba delante. La dejó sin aliento. Xavier llevaba una camiseta gastada, unos vaqueros y zapatos náuticos. Cuando lo miró se puso colorada, consciente de cómo lo había examinado.

No pudo ver sus ojos, puesto que estaban ocultos tras unas gafas de sol, pero vio el gesto de su boca. —Espero pasar la inspección —dijo Xavier.

Ella no pudo decir nada. Sólo sonrió y luego respondió:

—La pasarás...

Jane recogió su bolso, donde llevaba el biquini y el pareo entre otras cosas, sin saber muy bien cuál era su plan, y cerró la puerta de la casa asegurándose de que quedaba bien cerrada con llave. Xavier agarró su bolso y acompañó a Jane hasta su descapotable.

Cuando él empezó a conducir por las calles estrechas y sinuosas, ella se relajó. Observó sus manos bronceadas en el volante, en la palanca de cambios, cerca de su pierna, y sus uñas cortas y arregladas. Tragó saliva.

— ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —preguntó él.

—Una semana más. Ya llevo una. Esto es tan agradable...

— ¿El qué?

—El que me inviten a salir, pasear en coche... Yo he alquilado uno, pero este lugar es como un laberinto. El primer día me llevó una hora encontrar el camino a la mansión.

—Lo sé... Está cada vez peor, con tantos turistas... Queremos que hagan peatonal el centro del pueblo. Es pequeño, así que es posible que funcione.

Aquel comentario le recordó a ella con quién estaba tratando. Y de pronto se sintió intimidada.

Él la miró con curiosidad.

— ¿Te ha comido la lengua el gato?

—Sé que te sonará un poco tonto, pero sigo olvidándome de que tú eres... quien eres. Eres el dueño de toda esa isla... y de la cadena de hoteles. Supongo que es un poco abrumador. Me choqué contigo en la calle hace dos días, y ahora estoy en tu coche... —Jane se rió nerviosamente.

Xavier la miró. ¿Era real ella? ¿Estaba dando a entender que se sentiría más cómoda con él si fuese un simple piloto? Él nunca había tenido que tranquilizar a una mujer rebajando su estatus social. ¡Normalmente querían que hiciera alarde de él!

Bueno, si aquél era su juego, adelante. Aunque Jane parecía diferente a otras mujeres que había conocido. No tenía intención de profundizar la relación con ella, y descubrir si aquello era algo auténtico o artificial. No tenía intención de conocerla tanto, sino lo justo.

Miró sus largas piernas a su lado. Pensó lo que podría sentir teniéndolas alrededor de su cuerpo desnudo. Se excitó, y se maldijo a sí mismo. No estaba acostumbrado a estar a merced de las hormonas. Había aprendido a controlarse. Ninguna mujer le había hecho perder el control, reflexionó.

Se concentró en la carretera, y dijo para relajar el ambiente:

— ¿Entonces... ahora admites que fuiste tú quien se chocó conmigo?

Jane lo miró, y vio que él le sonreía, lo que la tranquilizó un poco.

¡Dios, qué atractivo era!, pensó. No pudo contestar porque tenía la boca seca.

—He pensado que podríamos dar un paseo en mi barco. Conozco una cala cerca de aquí que siempre está desierta. Podemos nadar y hacer un picnic.

Ella iba a olvidarse de todo y a disfrutar de aquel momento. Le habían dado una segunda oportunidad... Su fantasía se estaba haciendo realidad, y no iba a boicotearla otra vez.

—Me parece estupendo... —dijo Jane.

Xavier aparcó y la llevó a un puerto deportivo privado, donde había yates alineados en el agua. Su barco era uno pequeño y veloz,

con una cabina diminuta. — ¿Así es como vas y vuelves de la isla?

—Sí... O uso el helicóptero. Son quince minutos.

« ¡El helicóptero!», pensó Jane.

A ella le costaba no sentirse intimidad a cuando él le recordaba con algún comentario lo rico que era.

Pero se olvidó de todo cuando la ayudó a subir al barco agarrándola de la cintura. Ella se quedó sin aliento. Se apartó rápidamente y miró a cualquier parte menos a él. Podía ver los turistas en la distancia, haciendo cola para sus excursiones. Había estado allí el día anterior. Y si no se hubiera puesto en aquella cola en particular...

Xavier le mostró dónde podía sentarse tranquilamente y relajarse, y luego puso el motor en marcha y salieron al mar. La brisa era una caricia suave en la piel de Jane, y ella cerró los ojos y disfrutó de la sensación.

Cuando los abrió vio a Xavier mirándola. Tenía un brillo explícito en los ojos, y el pulso de Jane empezó a latir deprisa. Recordó su beso, la sensación de su pecho viril contra sus senos... Finalmente fue ella quien dejó de mirado, poniéndose las gafas de sol. Él sonrió, burlón, como si supiera el efecto que le estaba causando. Pero Jane intentó controlar sus nervios.

Dejaron el puerto atrás y Xavier siguió la costa durante un rato.

El paisaje de enormes fincas era increíble. No podían hablar por el ruido del motor, pero ella disfrutó de la vista y de mirar a Xavier sabiendo que él no se daba cuenta.

De pronto vieron una cala, y Xavier condujo el barco hacia ella. Parecía vacía. Jane se sintió decepcionada y excitada a la vez por no tener compañía, pero para ser sincera, sabía qué sentimiento ganaba en su contienda interior.

Cuando había puesto el ancla cerca de la orilla, Xavier le señaló la cabina de abajo.

— ¿Por qué no te pones el traje de baño allí? Así puedes dejar el bolso a bordo.

—Claro —dijo Jane.

Se cambió rápidamente, con miedo de que Xavier bajara por la escalera. El biquini le había parecido que estaba bien hasta aquel momento, pero ahora le parecía que le tapaba muy poco.

Intentó tranquilizarse diciéndose que él debía de estar acostumbrado a estar con mujeres poco vestidas.

Cuando salió de la cabina, con la piel brillante por el protector solar, Xavier se quedó sin aliento al verla. Como un adolescente, no podía quitar la vista de sus pechos, grandes y generosos. Jane se había envuelto en un pareo de cintura para abajo, pero dejaba al descubierto una cintura estrecha. Parecía tímida e insegura, como si no se atreviera a mirarlo. Él tenía los ojos ocultos tras unas gafas de sol. Pero en aquel momento sintió, junto a un profundo deseo, unas enormes ganas de protegerla. Era una emoción extraña en sus relaciones con las mujeres.

Xavier disimuló aquel impulso diciendo:

—El agua nos llegará a la cintura aquí más o menos, así que puedes caminar hasta la orilla.

No pudo dejar de mirarla cuando ella se quitó el pareo. Tenía un trasero redondo, y unas piernas interminables... La inseguridad de Jane no concordaba con su bello cuerpo, un cuerpo hecho para el placer. Su placer.

Cuando Jane se metió en el agua, se alegró de refrescarse, y de distraerse de la visión del hombre que estaba apoyado en el borde del barco.

— ¿Estás bien?

—Sí, muy bien...

Ella nadó y caminó hasta la orilla, contenta de tener unos minutos para estar sola. No se había preparado para verlo semidesnudo. Xavier era perfecto. Quería evitar mirarlo, pero no podía hacerla. Tenía un pecho bronceado y musculoso, un vello oscuro y sedoso que se extendía por debajo de su bañador.

Jane intentó serenarse y se tumbó en la arena. Xavier fue hacia ella caminando por el agua. Jane había extendido su pareo en la arena y se había puesto las gafas de sol. Flexionó las rodillas hasta su pecho y se las envolvió con sus brazos, como queriendo protegerse inconscientemente.

Él se tendió a su lado y luego abrió la cesta, de donde sacó una manta. La extendió y empezó a sacar la comida: aceitunas, pan, queso, jamón, pollo, paté... —Hay comida para un regimiento —dijo ella.

—Bueno, no sé tú, pero yo estoy muerto de hambre.

—No sé por dónde empezar.

— ¿Por qué no empezamos con esto? —dijo Xavier, descorchando una botella de champán que venía con una especie de envoltorio que la conservaba fría. Llenó dos copas y le dio una a ella.

—Por... habernos conocido...

—Por habernos conocido... —repitió ella.

Xavier le sirvió en un plato un poco de todo lo que había llevado. Ella disfrutó de la sensación de las burbujas del champán mientras lo observaba.

— ¿Vienes a menudo aquí? —preguntó.

Él dejó lo que estaba haciendo y dijo:

— ¿Te refieres a si he traído a otras mujeres aquí? Si es así, la respuesta es «sí».

Jane se sorprendió de su sinceridad. No había intentado suavizar sus palabras, ni hacerla sentir mejor. Eso la tranquilizaba. Aunque la sensación de ser la última de una larga lista de mujeres le molestaba.

—Pero puedo asegurarte que hace mucho tiempo que no vengo. Y no han sido tantas como tú te imaginas.

—Oh, bueno, por supuesto... No he pensado ...

—Sí, lo has pensado, pero supongo que no puedo culparte.

Ella se puso colorada y se concentró en la comida. Se cruzó de piernas y comió. Después de varios bocados lo miró y vio que él la estaba mirando:

— ¿Qué ocurre? —Se limpió la boca con una servilleta—. ¿Tengo comida en algún sitio?

Él agitó la cabeza, y se quitó las gafas.

—Creo que no he visto nunca a una mujer comer como tú. Comes con ganas.

Jane sonrió.

—Tengo muy buen apetito. Nunca he sido una persona delicada con la comida.

Él asintió.

—Sigue comiendo, por favor. Me encanta ver comer con ganas a una mujer.

De pronto, se sintió insegura y bebió un sorbo de champán. Ahora que él la estaba mirando, era imposible comer tan

relajadamente.

—La historia de tu isla suena fascinante, lo que leí en la exposición... ¿Realmente lleva siglos tu familia aquí?

Afortunadamente, él apartó su mirada de ella.

—Sí. La familia real francesa se la regaló en el siglo XII. Mi familia es oriunda de Aragón, una región de España. Las familias reales del norte querían establecer aliados en el sur. Tomamos el nombre de la isla y se la agregamos a Salgado, de ahí viene mi apellido actual.

— ¿y quedan muchos de tu familia ahora?

—No, sólo yo... Es increíble pero la línea sucesoria puede morir conmigo. Yo fui el primer hijo y mi madre murió cuando yo tenía cinco años. Mi padre no se volvió a casar, y murió cuando yo tenía veintitantos años.

Jane se subió las gafas de sol y lo miró con pena. —Lo siento ... Debió de amarla mucho ... Y debe de haber sido muy triste perder a tus padres tan joven ... Mi padre murió cuando yo era pequeña también, un bebé ... Pero al menos tengo a mi madre todavía.

Xavier la miró y tuvo una sensación extraña, como si hubiera perdido pie. ¿Cómo habían empezado a hablar de aquel tema?

Ella miró el mar y agitó la cabeza.

—Recuerdo lo que leí del terremoto en la isla... Debió ?e afectar a tu familia, ¿no?

El siguió su mirada.

—Sí, lo hizo. Murieron todos, y muchos isleños, por supuesto. Familias enteras desaparecieron...

— ¡Qué terrible! Debe de haber llevado generaciones poder olvidar, rehacer las vidas...

Él asintió.

—En la isla construimos una gruta en su memoria hace unos años. Hay cientos de nombres inscritos.

Ella lo miró y dijo:

—Ha sido buena idea. Me gustaría verla. ¿Cómo es que el tour no va allí?

—Es pequeña, y no tiene mucha importancia para los que no son de aquí. Es un lugar íntimo para los isleños —miró a Jane—. Si quieres, podemos ir mañana.

— ¿De verdad? —dijo ella entusiasmada.

Xavier asintió. Se quedaron callados un momento, y luego él recogió la comida y rellenó su vaso sin mirarla.

—Voy a ir a nadar, pero tú espera que pase un rato —dijo.

Jane sonrió al pensar que él se creía inmune a los calambres después de comer. Pero después de observar su espalda y sus fuertes piernas mientras iba hacia el mar, pensó que tal vez no fuese un simple mortal.

Jane se tumbó encima de su pareo, y se sintió relajada. El sol calentaba pero no quemaba. El ruido de las olas contra la orilla la arrulló hasta quedarse dormida.

Un momento más tarde se despertó. Miró a su lado y se encontró a Xavier, tumbado. Había desaparecido la cesta y no había nada entre ellos. Xavier tenía los ojos cerrados. Sus pestañas eran largas y oscuras; los pómulos sobresalientes. Era hermoso.

— ¿Otra vez vuelvo a pasar la inspección? —preguntó, abriendo un ojo.

Ella se incorporó rápidamente para ocultar su incomodidad.

—Creo que iré a nadar... —dijo.

—Iré contigo —él se puso de pie y le ofreció su mano.

Ella la miró un momento, y la aceptó. El frío de las olas en sus pies la terminó de despertar. Ella soltó su mano, se alejó y se zambulló en la primera ola grande que apareció. Nadó por debajo del agua todo lo que pudo. Salió a la superficie un poco más lejos y agitó la cabeza. Vio que él estaba nadando hacia ella. Xavier se quedó a unos sesenta centímetros de ella. Se miraron a los ojos. Luego él extendió el brazo y tiró de ella. Fue como si una fuerza magnética la moviera hasta acabar en brazos de él. Y ella se sintió bien. Era inevitable.

Xavier le agarró los brazos y se los puso alrededor de su cuello viril, y ella instintivamente rodeó su cintura con sus piernas para sujetarse. No hacía pie.

Seducida por el paisaje, por él, y por su decisión de disfrutar del momento, cedió a un poderoso deseo. Lentamente acercó su cara a la de él con los ojos cerrados, mientras sentía el sensual contorno de sus labios. Sus brazos eran como una banda de acero alrededor de su cintura.

Con ingenuo atrevimiento, Jane exploró sus labios, sintiendo su

forma y textura. Xavier le agarró la cabeza y penetró su boca con su lengua, la probó, la exploró. Insegura, dejó que él penetrase su boca.

Jane sintió un calor entre sus piernas, en el centro de su deseo. Sintió la fricción contra su pecho, la dureza de la excitación de Xavier.

Él dejó de besarla y la miró. Sus pezones estaban duros debajo de la tela del biquini.

La miró con sus ojos verdes y la movió suavemente, de forma que pudiera llevarla en sus brazos hacia la orilla.

Jane sabía que si él la hubiera bajado, sus piernas no la habrían sujetado.

Xavier la llevó hasta el pareo, la dejó allí y se tumbó a su lado. Miró su cuerpo, dejando su mano posesivamente encima de su vientre.

—Eres tan hermosa...

—Tú también... —dijo ella tímidamente.

Xavier le tapó el sol cuando movió la cabeza y la volvió a besar. Se besaron como si tuvieran todo el tiempo del mundo para tocarse, para explorarse. Ella se arqueó contra él y puso una mano en su pecho viril. Sintió la seda de su vello, y descubrió la dureza de sus pezones. Se los acarició experimentalmente antes de arañarlo accidentalmente con una uña.

Él apartó su boca con un gemido. —Veamos si te gusta a ti esto...

Xavier bajó la cabeza y tomó uno de sus pechos con la boca, succionando la tela mojada de su sujetador. Ella sintió un exquisito placer que la hizo gritar. Y finalmente él apartó la tela hacia un lado para ver su pezón oscuro excitado. La sensación de su lengua en su piel desnuda casi la mató de placer, y entonces él empezó a acariciar el otro pezón.

Jane no conocía el lado lascivo de sí misma. Entrelazó sus dedos al cabello de Xavier, y agarró su cabeza por si él quería apartarla. Ella estaba atrapada en un territorio desconocido del que no podía escapar, no podía hacer nada sino sentir, reaccionar a lo que le hacía él.

Ella sintió una mano deslizarse por su vientre, posarse en el

borde de sus braguitas. Él trazó suaves círculos sobre su piel, y luego sus dedos se movieron hacia abajo, por debajo de la goma, por encima del monte de vello suave, y un poco más abajo...

Jane contuvo la respiración. Su cuerpo se tensó cuando sus dedos entraron en su lugar más secreto, explorando, moviéndose hacia arriba y hacia abajo encima de la zona más sensible, que se estaba humedeciendo con la excitación. Era demasiado. Nadie la había tocado allí.

Sus piernas se juntaron, atrapando su mano, pero él las volvió a separar suavemente.

. Unos gritos como de niño los sobresaltaron. Se pusieron tensos.

Xavier reaccionó más rápido, y le volvió a poner el bikini.

—Tenemos compañía... ¡Qué pena! —comentó, asegurándose de que ella estuviera decente otra vez. Luego la miró a los ojos.

Había llegado un barco con un grupo de niños. Estaban a punto de saltar del yate al agua, salpicando y nadando hacia la playa. Afortunadamente estaban lo suficientemente lejos como para haber visto algo, o al menos eso esperaba ella.

Se puso colorada pensando en lo que habría sucedido si no hubiera llegado gente. Él debía haber pensado que ella era muy fácil. La había llevado a una playa solitaria, la había relajado con un poco de champán y comida, y ella se había echado en sus brazos fácilmente. Parecía una turista en busca de una aventura de vacaciones.

Jane se apartó de él y se incorporó. Recogió su pareo y se envolvió con él.

—Esto ha sido... estupendo... Pero probablemente deberíamos volver. Estoy segura de que tienes que hacer muchas cosas —dijo ella sin mirarlo.

Ella giró y la obligó a mirarlo.

— ¿Estupendo? —Dijo— Corrígeme si me equivoco, pero si no nos hubieran interrumpido, ahora mismo creo que estarías por llegar al orgasmo.

Jane se quedó pálida al oír aquellas palabras tan directas.

—Estupendo es... una descripción insuficiente para hablar del fuego que surge con una sola mirada... —agregó Xavier.

—Yo... Yo... Bueno, puede ser.

—Lo más importante que tengo en mente en este momento es

explorar la atracción que hay entre nosotros.

— ¿Sí? —se sorprendió Jane.

—Sí.

—Mira, Xavier, apenas nos conocemos, y yo normalmente no soy...

— ¿Tan sensible? Bueno, yo tampoco —dijo él.

Ella iba a decir «fácil», pero no lo corrigió. —Quiero decir... Quiero que sepas que no ha sido mi intención venir aquí en busca de un rollo de vacaciones...

Él tiró de ella y le rodeó la cintura con los brazos, ignorando las voces alrededor de ellos. Ella sintió su erección, y se excitó.

—y yo, contrariamente a lo que puedas pensar, no suelo ir tras turistas... No sé qué hay entre nosotros, pero ¿no crees que merecería la pena explorarlo?

Sus palabras resonaron en la cabeza de Jane. Él se echó atrás y se separó de ella.

—Ahora te llevaré de vuelta a casa, pero tengo una proposición que hacerte... —él deslizó un dedo por su mejilla—Te prometí llevarte a la isla mañana para mostrarte el monumento en memoria de los muertos del terremoto... —él levantó una ceja como preguntando si estaba interesada todavía.

Ella asintió lentamente, tratando de concentrarse sólo en sus palabras, no en el dedo que le estaba acariciando la cara.

—Me gustaría que vinieses y te quedases en mi casa como invitada el resto de la semana... Así podríamos conocemos mejor... Y explorar esta atracción —él dejó de acariciarle la mejilla— Eres tú quien debe decidirlo.

Xavier la miró un momento, antes de volver a ponerse las gafas de sol y caminar hacia el barco.

No había pensado decirle que se quedara en su casa. Sus propias palabras le habían sorprendido, pero ahora, después de habérselo pedido, se sentía bien. Porque una cosa estaba clara: un picnic por la tarde no era suficiente para ellos.

Jane fue tras él. No volvería a verlo después de aquella semana. ¿Qué tenía que perder? ¿Podría disfrutar realmente de aquella fantasía?

Se quedaron en silencio en el barco y durante el viaje en coche hasta la mansión. Xavier estuvo cortés y distante. En el momento de

despedirse. Se miraron a los ojos por primera vez desde que se habían ido de la playa. Él le levantó la barbilla con un dedo.

—Entonces, Jane Vaughan… Vendré a recogerte a las diez de la mañana. Podemos hacer una excursión de un día para ver la gruta, o puedes quedarte los próximos días… Como te he dicho, tú decides…

Luego se subió al coche y se marchó.

Él era demasiado orgulloso como para presionarla. Y dejaba en sus manos la decisión. Ella entró mecánicamente en la casa y antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo empezó a hacer el equipaje, y a arreglar la casa para marcharse unos días. Su cuerpo iba por delante de su cerebro.

Le habían ofrecido una oportunidad que cualquier mujer no dudaría en aprovechar.

El problema era que sospechaba que estaba en peligro algo más que su cuerpo.

¿Estaba preparada para asumir el riesgo?

¿Cuánto podía involucrarse en una semana?, se preguntó mirándose al espejo. Se dio la vuelta antes de que pudiera ver el brillo burlón de sus ojos.

Capítulo 4

AL DÍA siguiente por la mañana, a las nueve cuarenta y cinco. Jane no estaba segura de su decisión. En la claridad del día las cosas se veían diferentes. Se quemaría, y no con el sol. Lo sabía. Oyó un motor fuera. Xavier llegaba temprano, como si hubiera oído sus pensamientos.

Jane tomó aliento y esperó a que sonase el timbre. Llevaba shorts y una camiseta. Si la deseaba, tendría que aceptarla como estaba, sin adornos. Agarró su bolso, y le pareció que llevaba piedras en lugar de ropa y cosas de aseo para los días siguientes.

Sonó el timbre. Su corazón pareció detenerse. Vio su figura morena por el cristal. El Príncipe de la Oscuridad. Su nombre la hizo estremecer.

Cuando ella abrió la puerta, los ojos de Xavier aprehendieron su figura vestida con ropa sencilla y el bolso agarrado con una mano. Instintivamente controló su gesto, reprimiendo el brillo de triunfo en su rostro. Por una vez en su vida no había estado seguro de en qué forma iba a reaccionar una mujer, y se había preparado para que ella lo rechazara. Pero el bolso significaba que ella decía «sí». Tenía que ir con cuidado. Ella era tan asustadiza como un potrillo. Él se inclinó para agarrarle el bolso y dejó que ella cerrase la puerta.

Jane le había enviado un e—mail aquella mañana a Lisa, deseándole lo mejor para su padre en la operación y diciéndole que iba a hacer un viaje corto, por si Lisa la llamaba por teléfono y no le contestaba. No iba a contarle los detalles de Xavier todavía. Si su amiga pensaba por un momento que había un hombre en la escena, no dejaría de abrumarla con preguntas.

Y como ni ella misma sabía lo que estaba sucediendo, era mejor no contarle nada.

Cuando llegaron a la isla, Xavier la acompañó a un jeep que los estaba esperando. Para entonces ella había acallado cualquier reserva acerca de lo que había hecho. Él se estaba comportando como un caballero. Era encantador, divertido, inteligente. Jane no había tenido una conexión así con nadie, como si se conocieran desde hacía años.

Un par de veces que se habían mirado a los ojos, habían surgido chispas entre ellos.

Él se giró hacia ella en el asiento del jeep y dijo: —Tendremos que ir a mi casa primero. Espero una llamada internacional muy importante. Siento tener que hacerla...

—Está bien, no me importa.

—Así que lo que te iba a sugerir era... Como es casi la hora de comer, ¿por qué no comemos en casa, te instalas, y vemos el monumento mañana?

Aparentemente, aunque daba por hecho que ella quería quedarse, le daba la oportunidad de cambiar de parecer en aquel momento. Pero ella no quería hacerla. Tenía que aprovechar aquella oportunidad.

—De acuerdo. Me parece bien.

Xavier la miró un largo momento y luego se inclinó y le dio un beso suave en los labios.

—Será estupendo, Jane... ¿Estás segura? —preguntó.

—Sí, estoy segura —dijo ella mirándolo a los ojos. Xavier dirigió el jeep hacia el castillo.

Ella no pudo ocultar su reacción al verlo a lo lejos. —Es increíble... Lo siento... Estoy segura de que te lo dice mucha gente, pero realmente es hermoso.

Xavier había salido del jeep y levantó la mirada. —Sí, supongo que sí... La influencia árabe probablemente lo hace menos austero.

—Me pareció que tenía un estilo árabe el otro día, cuando lo vi a la distancia, pero no estaba segura.

Xavier agarró su bolso y le dio la mano para entrar en el vestíbulo, con suelos de complicados mosaicos. Había muchas plantas contra la pared, y los lugares abiertos estaban llenos de luz y eran increíblemente exóticos. Unos pilares altos llevaban a un jardín interior sin techo.

Jane miró alrededor, asombrada. Se imaginó a un antecesor de Xavier reclinado en un diván, con pliegues de seda cubriendo su cuerpo, atendido por hermosas mujeres. Se puso roja al imaginarlo.

Xavier le acarició la mejilla con un dedo y dijo: —Te sonrojas con mucha facilidad... Es un fenómeno muy raro en estos tiempos.

—Un fenómeno incómodo, quieres decir... Sucede en los momentos menos oportunos, cuando no quiero que se note que

estoy nerviosa...

— ¿y estás nerviosa conmigo?

—Bueno, un poco...

—Tu sinceridad es refrescante. ¿Cómo has hecho para no perderla todavía?

—Eres un poco cínico...

—He aprendido que vivimos en un mundo muy cínico... Pero a lo mejor tú me convences de que estoy equivocado.

Jane lo miró con un brillo de vulnerabilidad en sus ojos. Pero en aquel momento él se acercó a ella y la besó apasionadamente mientras le acariciaba la espalda. Jane respondió con la misma pasión, y se olvidó de todo lo demás.

De pronto sintió que unos brazos fuertes la levantaban, y rodeó el cuello de Xavier con los suyos. El subió con ella por unas escaleras.

Cuando llegaron al piso de arriba, Jane vio que había espacios más abiertos. Xavier abrió una puerta de roble y entró en una habitación muy grande, con una cama enorme en el centro. Pero antes de tener tiempo de mirar el resto de la habitación, él la puso de pie. Jane sintió pánico de pronto. Todo estaba sucediendo muy deprisa. Dio un paso atrás.

—Espera... ¿Podríamos tomarnos las cosas con más calma?

Él se separó de ella y se pasó la mano por el pelo. Cuando vio la expresión de Jane dijo:

—No tenía planeado traerte aquí como un adolescente... He perdido el control... Algo que me sucede a menudo desde que te conozco —le sonrió.

Luego extendió una mano y ella la tomó.

—Ven, vamos a comer algo —agregó— Te prometo no volver a presionarte.

—Está bien. No es que no quiera... Estoy segura de que sería agradable ...

—Jane.

— ¿Sí?

—Deja de hablar. Está bien, no tienes que decirme nada.

—De acuerdo.

Él se detuvo frente a una puerta casi al otro lado de la habitación, la abrió y apareció otra habitación.

—Ésta es tu habitación. Traeré tu bolso después de la comida, así puedes instalarte —se volvió hacia ella nuevamente—. Lo siento, Jane. Créeme, no creas que doy por sentado que vas a acostarte conmigo porque hayas venido... Pero no quiero mentirte... Te deseo ... Pero no tengo problema en tomármelo con calma, que nos conozcamos primero ... Esperaré a que tú estés preparada.

El corazón de Jane dio un vuelco. Lo miró y dijo: —Gracias.

Él necesitaba tanto tiempo como ella. La verdad era que nunca había sentido un deseo tan grande de llevar a una mujer a la cama. Su plan, como le había dicho a ella, era que comieran algo, irse conociendo, cenar y luego... ¿Quién sabe? Pero a los pocos minutos de llegar, se había dejado llevar por las hormonas.

La gente lo llamaba El Príncipe de la Oscuridad, porque en los negocios era duro, brillante, hasta frío, pero siempre justo. Tenía la distancia necesaria para serio.

Lo mismo le ocurría con las mujeres. Él tenía el control. Siempre. Sin excepción. Hasta entonces.

Xavier había puesto la mesa en el patio interior. Había preparado una comida ligera: un gazpacho, una ensalada y pan crujiente, acompañado por un vino blanco. —La comida estaba deliciosa. Hacía tiempo que no comía tan bien.

—Como te dije ayer, es un placer ver disfrutar a una mujer con la comida... Y además, me gusta cocinar.

—Ten cuidado, a ver si me tienes que sacar rodando de aquí dentro de unos días.

Fue una broma, pero le hizo pensar en que se marcharía dentro de unos días, y que Xavier la olvidaría. Buscaría a otra mujer bella cuando se marchase.

—Tienes una cara muy expresiva...

Ella le restó importancia.

— Y si a eso le agregamos que me pongo roja por todo, resultará una mezcla muy poco interesante para alguien acostumbrado a tanta sofisticación...

Él agitó la cabeza.

—No digas eso. Tú tienes mucha más gracia que la gente con la que me relaciono normalmente.

—Gra... Gracias —se sintió incómoda y quiso cambiar de

conversación— ¿Tienes empleados? Seguramente no podrás ocuparte de este sitio tú solo.

—Sí, los tengo. Pero tienen unos días de descanso en este momento.

Ella sintió temor.

Xavier adivinó la expresión de su cara y agregó:

—Siempre tienen vacaciones en esta época del año.

—Es pura coincidencia que ocurra mientras estás tú.

—Oh... Por supuesto.

El hecho de que le leyera los pensamientos era tan turbador para ella como el hecho de estar a solas con él en su castillo.

—Ven, te mostraré el castillo...

Él se puso de pie y le dio la mano.

El lugar estaba lleno de rincones y patios secretos, llenos de plantas y muebles de distintos estilos.

Xavier la llevó a una piscina al fondo de la casa.

Estaba rodeada de árboles y arbustos, apartada del resto de la casa.

— ¿Por qué no vas a darte un baño y te relajas un poco? Tengo que hacer esa llamada de la que te hablé.

—De acuerdo... Siempre que encuentre el camino de regreso hasta aquí...

—Hay un vestuario detrás de los árboles —le indicó el lado opuesto a la piscina— Elige el traje de baño que quieras, y una toalla. También hay albornoces.

Debería habérselo imaginado.

Eligió un bañador azul oscuro, volvió a la piscina y se instaló en una tumbona. Después de una zambullida rápida, se secó y se tumbó. Disfrutó de aquella paz y silencio, sólo interrumpida por los sonidos de los pájaros y el ruido del críquet.

Un par de horas más tarde Xavier no había vuelto todavía, y Jane pensó decidió ducharse para quitarse el sudor del día. Recogió sus cosas, se puso un albornoz y volvió a la casa. La atravesó hasta encontrar unas escaleras. Se dio la vuelta cuando oyó una puerta que se abría. Xavier estaba en la entrada. Ella pudo ver una gran habitación por detrás de él, con todo tipo de comodidades y alta tecnología. Debía de ser su despacho.

—Lo siento —le dijo— Pero todavía estoy ocupado con esta

llamada... Ponte cómoda. No creo que tarde mucho.

—Oh, no te preocupes por mí —dijo Jane.

En su dormitorio dejó el bolso y se quitó los zapatos.

Entró al cuarto de baño descalza y se quedó maravillada ante lo que vio. Era el cuarto de baño de sus sueños. Llenó la bañera hasta arriba, le agregó aceites y esencias perfumadas y se hundió en sus burbujas. Los baños, además de la comida, eran otra debilidad suya.

Cuando terminó de bañarse se puso una loción para el cuerpo y se envolvió en una toalla. A pesar de que aquélla era su habitación, salió con cuidado del cuarto de baño, por si aparecía Xavier. No oyó ruidos. Él debía de estar ocupado todavía, pensó.

Se miró en el espejo y se detuvo un momento. Casi no se reconoció. Su piel tenía un brillo especial, su pelo caía en ondas, suavizando su cara, le brillaban los ojos y tenía las mejillas sonrosadas después del baño.

Por el espejo vio una figura detrás de ella. Levantó la mirada y se encontró con Xavier. Éste atravesó la habitación y se paró detrás de ella.

Sus ojos se encontraron en el espejo. Sólo se oía el ruido de su respiración en la habitación. Él le puso las manos en los hombros, oscuras en contraste con éstos. Ella observó, conteniendo la respiración, cómo éstas se deslizaban por sus brazos. Lo miró a los ojos. Todo su cuerpo parecía sacudido por el latido de su corazón, con la excitación que le producía anticipar lo que iba a suceder.

En aquel momento hubiera querido que él le leyera el pensamiento, que le quitase la toalla, que la dejara caer al suelo, y quedar desnuda ante sus ojos. Quería que le agarrase los pechos con sus manos... Quería que él se quitase la ropa para poder apoyarse en su cuerpo desnudo.

Pero él no lo hizo. Sus manos se deslizaron hacia sus hombros y se posaron allí.

—Siento haber tardado tanto tiempo... Cuando estés vestida, ven abajo, que preparé algo para cenar.

Ella asintió, sin poder decir nada mientras él se marchaba. ¡Menos mal que él no había podido leer su pensamiento!, pensó, temblorosa, mientras él desaparecía.

Al parecer, se le había despertado un apetito sexual dormido.

Se quitó la toalla. En unas horas había pasado de ser una casta

virgen a querer desnudarlo... Pero él cumpliría su palabra. Se había reprimido para que se sintiera cómoda. Bueno, ella se lo había pedido. Ahora esperaba que volviera a tomar la iniciativa, ¡antes de que ella reuniera el coraje de decide que estaba lista!

Un rato más tarde estaban en la cocina. Xavier estaba preparando pasta, y ella, bebiendo una copa de vino. Él estaba vestido con unos vaqueros y una camiseta holgada, y ella también estaba vestida de forma informal con unos pantalones de lino y una blusa sin mangas. A ella le gustaba verlo cómodo y trabajar en la cocina.

— ¿Dónde has aprendido a cocinar?

—En la adolescencia, me rebelé contra el papel que mi padre tenía asignado para mí en el negocio familiar, la isla, y me fui a una escuela de aviación del continente. Trabajé de cocinero en un restaurante para ayudarme a pagar mis gastos.

— ¿Es por eso que has tomado parte en la exhibición?

—Sí... Se organiza en el castillo todos los años, desde que murió mi padre. Hemos incorporado la exhibición en una fiesta de verano. Es un día al aire libre para todo el mundo. Es bueno para la moral de la gente... Y me permite disfrutar de mi pasión por el vuelo.

Jane se reprimió un escalofrío al recordar sus piruetas en el aire.

—Eres mejor que los otros ... Tienes una maestría que los otros no tienen ...

Él la miró, y notó que ella era sincera.

—Gracias... Realmente echo de menos volar, pero ser piloto no era mi destino. Cuando murió mi padre, tuve que volver a la isla y tomar las riendas de todo esto. Antes sólo teníamos viñedos, pero en el extranjero creé una cadena de hoteles e hice otras inversiones... Sobre todo en propiedad inmobiliaria...

—¿ Viste a tu padre antes de morir?

—No —dijo escuetamente él.

Jane supo que había tocado un tema delicado. —Bueno, todo esto es fabuloso... —dijo Jane con un gesto con la mano, que abarcaba lo que los rodeaba— Mañana puedo cocinar yo, si quieres...

Xavier le dio un beso suave en los labios. Él pareció tan sorprendido por su espontáneo beso como ella, pero pronto se

recobró.

—Por ahora, me apetece cocinar para ti y verte comer…

Jane se puso roja. Se sentaron en la galería al fondo de la casa. La música de jazz llegaba desde un altavoz que estaba inteligentemente escondido. Las luces de la casa y de las velas iluminaban la escena fuera. Unos escalones llevaban a un jardín hermosamente arreglado con flores exóticas.

Conversaron fluidamente y Jane le habló de su madre, de su boda, de su trabajo, de su vida.

Él pareció sinceramente interesado.

—Es curioso… Tú has crecido sin padre, y yo sin madre… —dijo.

Jane asintió.

—Lo sé. Me hubiera gustado conocer a mi padre. Pero realmente no puedes echar de menos lo que nunca has tenido. Creo que durante años mi madre lo inmortalizó como al perfecto marido, pero la verdad es que nos dejó sin nada, y eso… fue muy duro.

—La verdad generalmente lo es… —comentó Xavier. Ella se sorprendió de ver su mirada sombría.

Él se inclinó y le llenó la copa de vino.

—Dejemos de hablar de cosas serias…

Xavier cambió de tema y ella disfrutó hablando de muchas cosas. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una conversación. Pero la atracción entre ellos seguía allí, por debajo de la superficie.

Más tarde Xavier la invitó a entrar en la casa. Ella tomó su mano sin dudarlo. La llevó arriba, a la puerta del dormitorio de ella.

El pasillo estaba iluminado por la luz de la luna, y Jane vio el brillo de sus ojos.

Quería que la besara, que la apretase contra él. Hubiera querido agarrar su cabeza y besarlo, pero era demasiado tímida para hacerla.

Él se inclinó y le besó la frente. Y ella se sintió decepcionada.

—Buenas noches, dulce Jane… Te veré por la mañana —dijo Xavier y la hizo entrar en su dormitorio.

Horas más tarde, Jane estaba acostada en una cama revuelta. Estaba sudada. No podía dejar de tener fantasías eróticas con Xavier. La idea de que aquel hombre estaba a pocos metros de allí, y probablemente desnudo, la volvía loca. No tenía más que levantarse e ir a verlo…

Lo maldijo. Seguramente él sabía lo que ella estaba sintiendo. Probablemente estaría durmiendo como un bebé, mientras ella estaba despierta, dando vueltas en la cama.

Cuando amaneció, tuvo que admitir que era una cobarde y finalmente se durmió de cansancio.

Xavier despertó a Jane tocándole suavemente el hombro.

Ella abrió un ojo y lo vio. Estaba impecable. —¿Qué hora es?

—Casi mediodía... ¿No has podido dormir anoche?

Ella lo miró con desconfianza. ¿Era aquélla una sonrisa burlona? Debía de tener tatuada la frase «frustración sexual» en la frente.

—He dormido bien, gracias, ¿y tú? —preguntó dulcemente, tratando de taparse todo lo posible.

—Como un tronco —respondió él— He preparado un picnic. Podemos hacer un bonito paseo con el barco para llegar al monumento. Y luego subiremos una cuesta suave hasta él. Es un camino menos directo, pero más bonito.

Xavier se marchó para que ella se arreglase.

Dos horas más tarde, cuando las piernas le dolían de caminar y el sudor le corría por la cara Jane se acordó de que él había dicho que era una cuesta suave. El short y la camiseta estaban pegadas a su cuerpo como una segunda piel.

Habían ido al otro lado de la isla. Xavier le había señalado pájaros y fauna interesante durante el camino. El paisaje brillaba con los colores de las flores salvajes, cuidadas por los isleños que las producían para venderlas en el continente.

Habían dejado el barco en una cala, y él le había señalado un largo camino con una roca en lo alto. Ella no había sido capaz de ver el monumento, pero él le había asegurado que estaba allí.

Habían dejado la cesta del picnic en la sombra de la playa, y ahora estaban subiendo la cuesta.

Finalmente, cuando ella iba a rogarle que hicieran un descanso, él le ofreció la mano para ayudarla a subir los últimos metros. Cuando llegaron a la cima, Jane trató de serenar su respiración. Pero el paisaje era sobrecogedor, y ella respiró profundamente antes de relajarse. Desde lo alto se veía toda la isla, el continente y el castillo, aunque éste era una especie de mancha pequeña al otro lado.

—Esto es ... No sé ... No hay palabras para describirlo ... —dijo

Jane, impresionada.

—Lo sé. Es bonito, ¿verdad?

—Bonito es poco ... Es impresionante ... Y es tuyo ... —agitó la cabeza— ¿Qué sientes cuando ves todo esto y sabes que es tuyo?

—No todo ...

Ella no podía hablar.

Xavier le mostró la gruta, a unos metros a su izquierda. Era un sencillo altar. Había velas y floreros con flores que habrían dejado hacía un par de días. Estaba resguardado en tres de sus lados por paredes y techo, y daba al mar. Jane se sentía muy honrada por poder ver aquel lugar tan especial. Se quitó la pequeña mochila de sus hombros y buscó unas flores que había recogido en el camino. Las puso en los floreros. Xavier le señaló los nombres de la gente, inscritos al fondo de la gruta con tinta negra.

—Gracias por mostrarme este lugar ... Es muy especial —dijo ella sensualmente.

—Es un placer...

Xavier le ofreció agua y después de un momento, le agarró la mano y bajó con ella por el camino rocoso.

Cuando llegaron a la costa, Jane vio el agua de la playa, brillante y tentadora. Se quitó los shorts y la camiseta, y se quedó en biquini. Antes de marcharse se le había ocurrido ponérselo. Corrió al mar y se refrescó el cuerpo pegajoso.

Xavier hizo lo mismo y salió a la superficie cerca de ella. Ella lo invitó a que la besara como lo había hecho aquel primer día, pero él seguía actuando como un caballero, para su frustración.

Cuando estuvieron frescos, él fue a la playa nuevamente con ella y se tumbó en la arena. Jane lo observó relajadamente y lo escuchó hablar, aunque apenas podía concentrarse. Porque estaba muy excitada por tenerlo allí tan cerca.

Ardía de sólo pensar en tocarlo. Su piel se moría por tenerlo a su lado. Se moría por acallarlo con un beso, acariciar sus músculos ...

Era como si hubiera una comunicación silenciosa entre ellos en un lenguaje subliminal que decía: «Tócame, ven...».

Xavier llevaba una camiseta y unos vaqueros gastados. Estaba descalzo, como ella. Tenía el pelo húmedo aún de la ducha, como el

de ella, y una suave loción embriagaba sus sentidos.

El levantó la mirada y la sorprendió mirando. Ella ni siquiera se puso roja. Sólo sonrió.

Él la miró y ella se acercó a él.

Xavier le sirvió una copa de vino y la levantó para chocar la de ella. —Por nosotros. Jane asintió.

Durante la cena conversaron, pero había una atmósfera sensual entre ellos, la anticipación de lo que vendría después.

Cuando al final de la noche él se puso de pie y le tomó la mano bajo las estrellas, ella estaba temblando; no podía hablar.

Xavier volvió a acompañarla a la puerta de su habitación. Ella lo miró, como queriéndole decir que ahora estaba preparada.

Pero él se llevó su mano a la boca y la besó. Jane cerró los ojos y sintió que su cuerpo se aflojaba. —Buenas noches, Jane. Que duermas bien.

Aquella noche Jane tenía la piel caliente por el sol, o por sus fantasías. Oyó a Xavier en la cocina y fue descalza hasta allí. Él estaba preparando la cena. Ella se detuvo delante de la puerta, y lo observó trabajar.

Capítulo 5

BUENAS noches, Jane, que duermas bien»?, pensó Jane. No. Tenía que hacer algo.

Pero la asaltaron las dudas, y ella se dio la vuelta y se marchó.

Luego se detuvo. No había notado que él se había acercado. Se dio la vuelta. La cara de Xavier expresaba el deseo que ella había esperado que tuviera. Se excitó.

—Xavier ...

Él la acalló estrechándola en sus brazos. Ella sintió un alivio.

—Te juro que si te hubieras metido en esa habitación habría ido detrás de ti, estuvieras preparada o no. —Menos mal, porque casi ...

—No podría haber pasado otra noche en esa cama, sabiendo que estabas tan cerca de mí.

—Casi fui hasta tu habitación anoche, pero no tuve el coraje ...

—¿Qué? ¿Sabes lo difícil que ha sido para mí no tocarte en todo el día?

Él la besó, saboreando sus labios como una fruta madura. Acarició su espalda, y deslizó sus manos hacia su trasero, moldeando su dureza de melocotón, agarrándolo y apretándola contra él. Ella notó su erección, y exclamó.

Con un movimiento él la apretó contra su pecho y abrió la puerta de su habitación con el pie. Entró con ella. La llevó hasta el espejo y la puso delante de él. Jane lo miró por el espejo.

—Esto es en lo que pensaba anoche, la imagen que me mantuvo despierto.

Ella sintió sus manos en su vestido, intentando abrir la cremallera, y se dio cuenta de lo que quería hacer.

Sintió la suave brisa de la noche en su piel, y se estremeció cuando él le bajó el vestido hasta la cintura, hasta que se cayó al suelo. Le siguió el sujetador. Jane se quedó sólo con unas braguitas. Levantó las manos para cubrirse, sintiendo pudor, pero él se acercó y se las bajó.

—Mira lo hermosa que eres ...

Xavier le besó el cuello, y ella se estremeció. Luego él se quitó la ropa. Una tensión casi insoportable empezó a formarse en su vientre mientras observaba la escena en el espejo, hasta que Xavier se quedó de pie completamente desnudo detrás de ella. Su piel oscura contrastaba con la de ella, tan blanca.

Ella miró por el espejo cómo él le agarraba los pechos. Agrandó los ojos cuando vio que sus pezones se ponían más duros; gimió de placer cuando él jugó con sus pezones. Sintió su erección contra su trasero e instintivamente se movió hacia atrás y se apoyó en él, deleitándose cuando lo oyó gemir.

Xavier la giró para que lo mirase, poniéndola en contacto con todo su cuerpo, y la volvió a besar. Metió las manos por debajo de sus braguitas, tirando de ellas hacia abajo hasta que se cayeron al suelo.

Jane se estremeció cuando él la tomó en sus brazos y la llevó a su cama.

La dejó tumbada, y se inclinó encima de ella. La besó suavemente primero, más apasionadamente después. Los brazos de Jane se extendieron ciegamente, buscando su pecho viril, sus hombros, acariciándolo, tocándole todo lo que podía alcanzar. Xavier gimió suavemente cuando ella llegó más abajo, casi hasta su erección. Nunca había estado tan excitado. Él se movió para echarse a su lado. Le acarició un pezón y observó su reacción. Jane había cerrado los ojos y su respiración estaba agitada. Él se inclinó y tomó un pezón con la boca. Lo succionó y casi pierde el control al hacerla. Primero uno, luego el otro ...

—Xavier ... No puedo ... ¡Dios!

Ella se aferró a sus hombros, y se arqueó cuando él deslizó una mano por su vientre hasta abajo para ver lo preparada que estaba. La humedad que sintió entre sus piernas casi le hizo llegar al orgasmo, ¡y eso que apenas la había tocado! y su mano exploró, acarició.

Jane estaba abrumada. No se había imaginado que sería así. No había esperado aquel deseo tan intenso que la estaba consumiendo, hasta el punto de que ya no era ella misma. Se había transformado en... ¿Otra persona?

Los dedos de Xavier la estaban llevando a un punto sin retorno.

Él la volvió a besar en la boca, y luego le besó un pecho. Era demasiado ... Entonces su cuerpo se quedó quieto, lleno de tensión. Y luego sintió que se desmoronaba, contrayéndose y convulsionándose. Entonces la mano de Xavier agarró su sexo y esperó que parasen sus temblores. Lo miró a la cara, con los ojos

llenos de asombro. Quiso hablar pero no pudo.

Y entonces él volvió a besarla. Jane lo sintió moverse por encima de su cuerpo. Él levantó la cabeza. Tenía los ojos brillantes de pasión. Ella suspiró de deseo al ver su sexo, húmedo en la punta.

—Jane ... —dijo él con voz sensual— No puedo esperar ...

Jane subió las caderas instintivamente hacia arriba y él entró en ella lentamente, muy lentamente. A ella no le dolió. Su cuerpo pareció reconocerlo y darle la bienvenida.

—Oh, esto es estupendo ... —dijo ella, sorprendiéndose a sí misma.

Él entró y salió, y ella gimió. Luego volvió a empujar más profundamente. Ella lo rodeó con sus piernas, como si quisiera llevarlo más adentro. Sus empujes eran profundos y duros. Jane estaba cada vez más excitada. Las sensaciones crecían y crecían hasta que pensó que se iba a morir de placer. Entonces él aceleró el ritmo, y sus movimientos se hicieron menos controlados, como si no pudiera reprimirse. Y ella también perdió el control. Sintió que se tensaba toda. Xavier estaba tan dentro que Jane se mordió los labios para no gritar de placer. Y entonces llegó a la cima del goce, registrando apenas el empuje final de Xavier. Éste se puso tenso y ella sintió su propio orgasmo derramándose muy dentro.

Se quedaron abrazados un rato. Luego Xavier se apartó levemente de forma que su peso estuviera fuera de ella. Le acarició la espalda arriba y abajo. Jane sintió una sensación de serena plenitud. Como si ahora se sintiera plena. Xavier no se había apartado. Todavía era parte de ella. Él abrió los ojos y la miró.

—¿Estás bien?

Jane asintió, incapaz de hablar. Levantó un dedo y dibujó el contorno de sus labios. Él se quitó de encima suavemente y ella se puso roja.

—Eres la primera virgen con la que he estado desde mi adolescencia. Lo sospechaba, pero no estaba seguro, y como no has dicho nada ...

Jane se puso colorada. No había pensado en su virginidad.

—Si lo hubiera sabido ... —dijo él.

—¿Si lo hubieras sabido qué?

—Ahora da igual. Es muy erótico saber que soy tu primer

amante ... Hacía mucho que no tenía una experiencia ...

Xavier no terminó. Se inclinó y la besó con ternura. ¿Qué se había pensado ella? Aquel hombre era muy atractivo, poderoso y rico. Era normal que tuviera mucha experiencia con mujeres, se dijo.

Él la abrazó y la acurrucó.

Finalmente ella se durmió abrazada a él, con el corazón de Xavier latiendo debajo de su mejilla.

Jane se dio cuenta de lo que implicaba aquello.

Él no quería ningún compromiso, ninguna complicación. Aquello era una aventura de verano. Porque eso era lo que era, se dijo, tratando de ser inmune al tacto de su cuerpo, a la dureza de su inminente erección.

—No. No tomo la píldora. Pero estamos en una época del mes segura...

Hizo un cálculo mental, y se dijo que no habría ningún problema.

—Creo que me debes un día entero en la cama por lo menos, por hacerme esperar tanto... —comentó él.

A Jane se le borraron todos los pensamientos cuando dijo aquello. Sólo sintió excitación. La mano de Xavier le acarició el trasero. Se excitó.

Xavier tiró de ella y la subió encima de él. Le acarició la espalda, agarró su trasero y subió sus piernas a cada lado de él. Luego sujetó su cabeza y la besó.

Jane cerró los ojos, y pensó que nunca se cansaría de él.

Jane se despertó con Xavier a su lado. Él la miró. —Buenos días —dijo ella.

Hubiera querido esconder la cabeza cuando se acordó de la noche anterior. Sentía un dolor agradable en sus músculos.

—Buenos días —dijo él y le dio un beso en la boca. Ella sintió una cierta tensión en el aire.

—No he usado ninguna protección anoche. No suelo olvidarme, pero... —comentó Xavier, con una expresión que ella no pudo comprender—o Supongo que no tomas la píldora, ¿no?

Durante los siguientes dos días hicieron el amor, hablaron, comieron... Y aprendieron los secretos de sus cuerpos.

Fue como si desapareciera el mundo exterior, aunque hicieran

algún paseo por la isla. Sólo existían ellos dos.

Los habitantes de la isla parecían apreciar a Xavier.

Se notaba cuando lo veían por allí.

Xavier le había prometido mostrarle su sitio favorito, adonde iba a nadar de pequeño.

Cuando llegaron al lugar, vieron un jeep. Xavier paró y salió del coche. El conductor del jeep, una atractiva morena vestida con un traje impecable, fue hacia él y lo abrazó, mientras hablaba rápidamente.

Jane se acercó a ellos. Xavier la apretó contra él e interrumpió a la morena.

—Sophie Vercors, te presento a Jane Vaughan.

La mujer pareció sorprendida. Contestó en inglés. —Xavier, querido, ¿tienes visitas en la isla? Pensé que nunca ...

Él le clavó la mirada como advirtiéndole algo. —Sophie, Jane está de vacaciones. Es de Inglaterra. Se marcha dentro de dos días.

Jane sintió aquel comentario como si fuera un golpe físico. Estaba declarando tácitamente el grado de compromiso de su relación con ella.

Jane extendió la mano y dijo: —Encantada de conocerte.

—Yo también, Jane —dijo Sophie sonriendo sinceramente.

Luego ésta comentó que tenía que marcharse corriendo al continente, a llevar algo que se había olvidado su marido. Se marchó después de unos minutos con un guiño afable, un montón de besos y una nube de polvo a su alrededor.

Xavier le dijo a Jane que Sophie era parisina, y que era la esposa de un viejo amigo. Éste, como él, trabajaba fundamentalmente en el continente. Era evidente que Xavier y ella eran buenos amigos.

Después de un rato de camino en coche, Xavier se salió de la carretera y dijo que caminarían hasta la cala andando. Dejaron el picnic que había preparado Jane debajo de un árbol, al borde de la playa, y se metieron al agua.

Jane se olvidó de todo pensamiento que tuviera que ver con el futuro. Y disfrutó del presente.

En el agua su juego se transformó pronto en otra cosa más seria.

Luego él extendió la manta y se quedó de pie. Le quitó el biquini y besó su piel centímetro a centímetro hasta que se quedó

arrodillado delante de Jane. Ella se agarró a sus hombros. Sus piernas, abiertas, se estaban derritiendo de placer mientras él le sujetaba el trasero y acariciaba su centro de placer con la lengua.

Finalmente, cuando Jane pensaba que no podía aguantar más, él la tumbó y se puso encima de ella, con su notable erección presionando entre sus cuerpos.

Jane tuvo un sentimiento posesivo y lo miró a los ojos. Aquel hombre era suyo ... Y eso le dio pánico.

—Xavier, no puedo más ... Ahora, por favor ...

—¿Qué? ¿Qué quieres?

Apretó sus caderas contra las de él, pero Xavier esquivó el movimiento. Jane se mordió el labio, frustrada.

Entonces él se puso un preservativo. Lo había hecho desde aquella primera vez en que se había olvidado de hacerla.

—Dime, ¿lo que quieres es esto? —empezó a penetrar su feminidad, sólo con la punta, y luego volvió a salir.

Jane estaba volviéndose loca.

—Sí. .. Sí... Xavier, por favor ... No puedo ... aguantar ...

Xavier continuó torturándola acariciando sus pechos, succionando ambos pezones con su boca, hasta que Jane no aguantó más. Entonces él la besó apasionadamente en la boca, iniciando una espiral de deseo en cada célula de su cuerpo.

Finalmente volvió a entrar en ella más profundamente. Pero aquella vez Jane quiso frustrarlo y se separó levemente. Y aunque le dolía aquel juego erótico, también la excitaba terriblemente.

—Yo también puedo jugar este juego ... —declaró con una seguridad que era nueva para ella.

—Oh, ¿de verdad? —gruñó Xavier sensualmente—. Ya lo veremos ...

Xavier agarró su trasero levantándolo, y con un profundo empuje la penetró tan completamente que ella gritó de placer. Entró y salió con un ritmo implacable, adentrándose más profundamente unas veces, otras más superficialmente, hasta que al final se lanzaron juntos a un precipicio de extremo placer, que los llevó a un estado de felicidad tan grande que apenas pudieron moverse.

El resto de la tarde lo pasaron comiendo y viendo cómo el sol se ponía sobre el horizonte. Jane no pudo evitar sentir que nunca

había sido tan feliz como entonces. Pero intentó que no se le notase en los ojos, porque temía que fuera evidente cada vez que él la miraba.

Con gran pesar, se levantó y se vistió. Bajó y se encontró a Xavier bebiendo una taza de café. Ella intentó disimular su estado de ánimo sombrío.

Él la miró y le sonrió.

—Tengo que ir al continente un par de horas ... Puedes quedarte aquí, o venir conmigo si te apetece.

Jane se sirvió una taza de café, rogando que él no notase el temblor en sus manos. ¿Quería demorar lo inevitable? ¿ Una noche más? ¿Era tan malo querer aferrarse a la fantasía?

—Me quedaré aquí, si no te importa. Él frunció el ceño.

—¿Cuándo dices que es tu vuelo?

—Mañana por la noche. Pero tengo que volver a la mansión mañana por la mañana, para limpiar, ordenar y darla arreglada ... Y recoger todas mis cosas.

El se quedó pensando.

—Oye, ¿por qué no vienes conmigo al continente hoy? Puedes arreglar y limpiar la casa mientras estoy ocupado. Y luego podemos pasar la noche en el hotel, e ir al aeropuerto desde allí mañana.

A ella le chocó el tono frío que empleaba para describir una situación que a ella le producía mucha tristeza. Y tuvo el presentimiento de que una vez que se fueran de la isla desaparecería toda la magia entre ellos.

Pero su idea era sensata y práctica. Él no la comprendería si le dijera que prefería pasar la última noche juntos en la isla, y aferrarse al sueño todo lo posible.

No. Sería más fácil separarse en un lugar concreto del mundo real.

A lo mejor quería despedirse de ella en un ambiente lleno de gente, por si ella se negaba a irse.

Al día siguiente cuando Jane se despertó, Xavier ya se había levantado. Ella se dio la vuelta en la cama y apoyó la cabeza en su brazo. Era su último día en la isla.

¿Estaría acostumbrado a tratar con mujeres así? Ella no haría

algo semejante, porque él podría sospechar que estaba muy involucrada en la relación. —Sí... Sí, por supuesto, tienes razón —contestó.

Capítulo 6

JANE estaba esperando a la puerta del castillo con su equipaje. Miró alrededor, tratando de absorber el paisaje y todos los recuerdos de aquel lugar.

El sol de la mañana de finales de junio empezaba a calentar.

En el espacio de una semana había llegado a amar aquella isla. Aquella primera impresión de la isla que había tenido cuando había llegado escondía una complejidad mayor. La isla tenía un corazón y una vitalidad que escondía su apariencia. Como Xavier. Era como un lobo solitario. ¿Quién podría domarlo al final? ¿Lo lograría alguna mujer?

Miró sus facciones mientras él se acercaba a ella. Xavier agarró su bolso y lo puso en el maletero del coche con el que irían a tomar el barco.

Cuando el barco estaba llegando al puerto privado del continente, Jane vio que había alguien esperándolos. Era la hermosa rubia que había visto con Xavier aquella primera vez que se había chocado con él en la calle.

La rubia saludó a Xavier con la mano desde lejos, pero el movimiento de su mano se hizo inseguro cuando descubrió que él estaba acompañado.

Cuando se acercaron a la mujer, ésta se puso a hablar en francés, ignorando la presencia de Jane.

La mujer era una rubia deslumbrante. Tenía una figura perfecta. Llevaba un par de pantalones blancos y una camiseta blanca ajustada; su cabello le caía en forma de cascada sobre la espalda.

Xavier rodeó los hombros de Jane de forma posesiva, y cuando pudo dijo unas palabras en inglés:

—Sasha, no seas tan maleducada. Quiero presentarte a Jane. Ha estado en mi casa esta semana. No has podido contactar conmigo porque no he querido estar disponible. Jane, ésta es Sasha, una de mis ayudantes ... ——el tono de su voz, aunque parecía relajado, tenía una dureza de acero por debajo.

Jane se estremeció, y sintió un poco de pena por Sasha. Pero ese sentimiento desapareció cuando la chica la miró con cara de odio. Xavier no lo notó. Estaba ocupado con el barco.

La rubia la miró de arriba abajo, como con desprecio. Jane fue

consciente de sus centímetros de más, de su figura más grande en comparación con Sasha.

—Me alegro de conocerte. Gracias por entretener a Xavi ... Él trabaja mucho. Dime, eres de Inglaterra, ¿ verdad? ¿Eres una turista?

Jane asintió.

—Ah ... Me lo imaginaba Xavi es incorregible ... Tiene una debilidad por las .

Pero lo que fuese a decir se interrumpió cuando Xavier volvió a su lado.

—Jane, te llevaré a la mansión. Sasha, ¿puedes ocuparte de que un coche vaya a buscar a Jane esta tarde? Digamos, por ejemplo ... a las cuatro.

Jane seguía un poco turbada por las palabras de Sasha. No sabía qué había querido decir, y no estaba segura de querer saberlo. No quería saber nada de aquella mujer, así que con alivio recordó que aún tenía el coche que había alquilado.

—Todavía tengo el coche de alquiler. Tengo que devolverlo de todos modos, así que más tarde iré con él al hotel.

—De acuerdo —respondió Xavier—. Sasha, te veré en la oficina dentro de una hora.

Una vez en la mansión, después de que Xavier la hubiera dejado allí, Jane se sintió desconsolada. Limpió la casa e hizo el equipaje. Se sentía vacía.

Se preparó un almuerzo y se lo llevó a la terraza.

Recordó la noche que había estado allí soñando con él, la noche del día en que se había chocado con él.

Su fantasía se había hecho realidad. Pero tendría que dejarlo marchar. Ella no caería a sus pies. Él pertenecía a aquel mundo de riqueza y lujo, donde siempre había sol... Y ella pertenecía ... Ella no pertenecía a aquel mundo.

Más tarde, cuando Jane entró en el vestíbulo del hotel, sintió que sus emociones estaban más controladas. Xavier le había dicho que le diera su nombre a la recepcionista. Ella lo hizo y un chico fue a recoger su equipaje y la acompañó a la suite del ático.

Cuando entró en ella, se encontró con que Xavier no estaba. Había una botella de champán en un cubo con hielo, y una nota junto a una rosa:

Siento no estar aquí. Bebe una copa de champán mientras esperas. Estaré allí a las siete y media para recogerte.

Firmaba «X».

Por un momento se preguntó si la «x» significaba «un beso» o si era la inicial de su nombre.

En aquel momento golpearon la puerta. Aparecieron tres mujeres con sus respectivos equipos, para hacerle masajes, la manicura, pedicura, limpieza facial, una peluquera ...

Después de la sorpresa inicial, y de un ridículo sentimiento de culpa, Jane, que nunca se había preocupado de estas cosas, se dejó hacer.

Dos horas más tarde, después de que se marchasen las mujeres, Jane se miró al espejo, incrédula. Parecía otra persona. Una versión relajada y brillante de sí misma.

Miró el reloj y vio que eran las siete y cuarto. Presa del pánico, se dio cuenta de que ni siquiera había deshecho el equipaje.

¿ Qué podía ponerse que él no le conociera?

Llevó la maleta al dormitorio y se quedó petrificada cuando vio la cama. Había una caja blanca encima de ella, con otra nota y una rosa roja. La nota ponía: Por si acaso.

Abrió la caja blanca con dedos temblorosos, y se encontró con un vestido dentro. Era un traje de diseño, pensó al verlo. La etiqueta lo confirmó. Revolvió más la caja y encontró un conjunto de ropa interior de seda y encaje, medias de seda, y hasta zapatos.

No pudo resistirse. Dejó caer el albornoz del hotel y se puso la ropa interior. Luego el vestido. Era un vestido color crema ajustado, sin tirantes. Se miró al espejo. El vestido le ajustaba los pechos, y el trasero.

Oyó el ruido de la puerta y su corazón se paró un momento; luego siguió arreglándose al doble de velocidad.

—Jane, ¿dónde estás?

—Estoy ... aquí... ¡Espera! Ya salgo ...

Sintió un repentino miedo de que él entrase en la habitación.

Respiró profundamente y entró en la suite.

Xavier se estaba sirviendo una copa de champán.

Levantó la mirada, y sus movimientos se quedaron en el aire al verla. Dejó la botella y la miró de arriba abajo. Metió las manos en

los bolsillos en un intento de reprimir llevarlas hasta ella y apretarla contra su pecho y besarla interminablemente.

Jane estaba deslumbrante. El vestido resaltaba su figura a la perfección, como él lo había imaginado. Y sus ojos ... ¡Dios! ¡Qué ojos! Le daban ganas de cerrar todas las puertas e internarse profundamente en ella para que no quisiera estar nunca más con otro hombre ...

Intentó controlarse. El vestido era bonito, de acuerdo.

Había visto muchas mujeres bellas con vestidos hermosos, que él les había quitado ... Y lo seguiría haciendo en el futuro ... Jane Vaughan se marcharía al día siguiente. Yeso era un alivio. Aquella semana había experimentado un montón de emociones incómodas. Era hora de decirle adiós y volver a la normalidad. Compartirían una noche más, y se olvidaría de ella.

Sirvió otra copa de champán. Jane no se había movido, se había quedado inmóvil bajo su inspección.

Ella disimuló su inseguridad bebiendo un sorbo de champán.

—Por ... ti —dijo Xavier con voz sensual alzando la copa— Estás hermosa ...

—Gracias ... Tú también estás muy guapo. Y gracias por los masajes, y todo eso ... Y por esto —se señaló el vestido.

—Es un placer... y lo sería más tarde, pensó él.

—He reservado mesa en un restaurante frente al mar para cenar. No está lejos. Podemos ir dando un paseo, si puedes caminar con esos zapatos...

—No hay problema...

Cuando estaban casi en la puerta Jane dijo:

—No me he puesto nada de maquillaje. No puedo llevar un vestido como éste sin... Xavier la acalló con un dedo. Le acarició la cara, y luego la besó.

Entonces Jane se olvidó de todo, de dónde estaban, de adónde iban... Sólo sabía que estaba en sus brazos.

El beso se hizo más profundo. Él exploró su boca, y luego dibujó sus labios con la punta de la lengua, antes de volver a besarla apasionadamente. Su beso incendió su cuerpo.

Él se separó levemente y miró su cara. Estaba roja, llena de deseo. Y sus labios ...

Estaba excitado. La hubiera tumbado y le hubiera hecho el amor

en aquel mismo momento.

—No te hace falta maquillaje... —respondió Xavier. Y la llevó hasta la puerta.

El restaurante era muy lujoso. Cuando entraron, los camareros se deshicieron por atender a Xavier. El maître lo saludó y lo llevó a una mesa con velas estratégicamente ubicada para que tuvieran cierta intimidad.

Ella no pudo reprimir una sonrisa. — ¿Qué es lo que te divierte?

—Nada. Simplemente me hace gracia que toda esta gente quiera halagarte...

—Pero tú no, Jane. Tú eres diferente.

Aquélla era también una forma de referirse a otras mujeres, pensó ella. Y eso le dolió.

—Bueno, mi plan funcionó, ¿no? —sonrió Jane.

—Ah... ¡Así que eres tan mercenaria como las demás ....

—Sí... —Jane se rió, sin saber de dónde le salía esa risa— Ya ves, llevo meses queriendo atraparte, y encontré una forma muy fácil de llamar tu atención ...

Aunque estaban bromeando, ella se puso un poco triste. Sabía que Xavier podía ser bastante cínico a veces.

Apareció el camarero y pidieron.

Ella intentó disfrutar de la noche y no pensar en nada, sólo en él. Conversaron amenamente. Y ella volvió a sentirse feliz, alegre en su compañía.

Lo observó hablar, sonreír... Quería recordar cada uno de sus gestos. Había comido, pero no lo recordaba. Estaba tan concentrada en él que no había prestado atención a la comida.

Se marcharon después del café. Cuando estuvieron fuera Xavier le rodeó la cintura. Su fragancia era intensa, y ella tuvo que controlarse para no acurrucarse en su pecho y respirar profundamente.

En lugar de tomar el camino por el que habían ido, él la llevó por la playa. Ella dudó un momento y luego se quitó los zapatos. Empezó a bajarse las medias... —Espera —le dijo él.

Se agachó delante de ella y le dijo: —Déjame a mí.

Jane cerró los ojos y sintió sus manos rodear su muslo y deslizarse con la media hacia abajo. Fue un placer exquisito. Luego siguió con la otra, lentamente.

Ella tembló de deseo al sentir su mano. Deseó que él la deslizara más arriba y llegase hasta…

Xavier se quedó con sus medias y zapatos en la mano. En un impulso ella extendió la mano y le aflojó la pajarita, y le desabrochó el botón de arriba. Cuando terminó lo miró. Él la estaba mirando. Ella, inocentemente se lamió los labios. Él tomó su mano y la llevó a la playa.

—Hay un camino corto al hotel por aquí.

Jane apenas miró el paisaje mientras caminaban. Pronto llegaron a la parte de atrás del hotel. Entonces Xavier le dio los zapatos y la levantó en sus brazos.

—Xavier … No puedes … —exclamó ella, sorprendida.

—Te costaría caminar en este suelo de grava. Luego te pondrás los zapatos… Estás muy sexy con ellos . Pero si te los pones ahora nos llevará mucho tiempo.

—¿El qué?

—Llegar a la cama…

Ella hundió su cara en su hombro y se dejó llevar.

Se sentía extremadamente protegida y deseada. Evitaron encontrarse con gente y subieron por el ascensor de servicio. Entraron a la suite del ático por otro lado. Xavier fue al dormitorio y la bajó, deslizándola por todo su cuerpo. Abrió la cremallera de su vestido, desabrochó los botones… Se oía el suspiro de la ropa cayendo al suelo. Se rozaron, piel contra piel, sedosas ambas, duras, suaves… Luego jugaron con sus lenguas, saboreándose, tocándose, y cayeron en la cama en un lío de miembros. Jane cerró los ojos y acalló las voces que oía en su mente, y se concentró en la mano de Xavier que le estaba acariciando los pechos, el vientre, y más abajo…

Cuando se despertó al día siguiente, Jane estaba sola en la cama. Xavier estaba en el cuarto de baño, de donde salió cubriéndose apenas con una toalla alrededor de la cintura.

Se puso colorada al recordar la noche anterior, lo lasciva que había estado… ¿Cómo se había atrevido a hacer aquellas cosas?

Xavier la miró. ¿Se daría cuenta ella de lo seductora que estaba? ¿Y de cuánto le excitaba el saber que él había sido su único amante?

Ella lo miró.

Xavier fue hasta la cama y se puso a su lado. Le dio un beso suave en los labios y se irguió.

—Buenos días, Bella Durmiente. Lo siento, pero hay un problema con el hotel de Malasia, y tengo una reunión de crisis a la que asistir… Quédate aquí, que vendré enseguida. Podemos desayunar juntos.

—De acuerdo…

Jane lo observó quitarse la toalla y vestirse. Se quedó con la boca abierta. ¡Qué cuerpo!

Cuando él se marchó ella reflexionó que jamás volvería a experimentar nada igual. Él la había llevado al éxtasis… Y jamás podría estar con otro hombre.

Se había enamorado de Xavier. Era increíble. Sabía que para él aquello era sólo una diversión que se acabaría aquel día.

Pero no quería pensar en ello.

Se levantó y se fue a dar una ducha. Notó alguna marca de la noche anterior.

Un rato más tarde, después de secarse y de haberse puesto el albornoz, abrió las ventanas de la habitación que daban al área de la piscina. Entonces oyó unos golpes en la puerta.

¿No tenía llave Xavier?, se preguntó. Ella fue a abrir y sonrió.

—¿Me has echado de menos? —fue lo primero que oyó.

Capítulo 7

SU SONRISA se borró cuando vio quién era. Era Sasha.

La ayudante de Xavier estaba fresca y reluciente, como si llevase horas levantada.

Antes de que ella pudiera reaccionar, la rubia entró en la suite.

—Si buscas a Xavier, se ha marchado a una reunión ...

La mujer se dio la vuelta y le clavó los ojos. —Sé dónde está. Yo siempre sé dónde está.

—Le diré que has venido… —Jane se quedó al lado de la puerta abierta, con la esperanza de que Sasha captase la indirecta.

—En realidad, he venido a verte —Sasha se sentó en el sofá y cruzó sus elegantes piernas.

—¿ Te lo has pasado bien anoche? El restaurante… ¿Cómo lo sabía?, pensó Jane.

—Sí, gracias.

—¡Oh, sí! Casi se me olvidó el champán y todo lo demás… Espero que todo haya estado al gusto de Xavier. He querido hablar contigo para estar segura de que he hecho un buen trabajo…

—¿ Tú… ? ¿Lo organizaste todo tú? ¿Sabría lo del vestido?, se preguntó Jane. Sasha echó atrás la cabeza y se rió.

—¡Claro, tonta! No pensarás que alguien como Xavier tiene tiempo de ir por ahí reservando restaurantes y citas con peluqueras y masajistas, ¿no? ¿Y las notas supuestamente escritas por él? Eso no era posible…

—Sasha, ¿por qué no me dices lo que quieres y te marchas? Tengo que hacer el equipaje…

—No estaría haciendo bien mi trabajo si no me asegurase de que todas las mujeres de Xavier están bien atendidas.

Sasha se puso de pie y se acercó a Jane.

—Tengo que admitir que se termina haciendo aburrido después de un tiempo. Siempre le digo que no sea tan previsible, que varíe un poco las cosas… —Sasha sonrió indulgentemente—. Pero supongo que es un poco anticuado. Por eso estoy aquí, Jane. Veo qué tipo de mujer eres. No eres como las otras. Te has enamorado de él, ¿verdad?

Jane no dijo nada.

— ¡Pobrecilla! La semana que viene habrá otra en tu lugar, ¿sabes? Otra vez lo mismo... Como te he dicho, pareces maja, y no quiero que te hagan daño. Xavier odia las mujeres que se pegan mucho a él. *Au revoir*.

Sasha se marchó. Jane se quedó como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Tuvo que respirar profundamente para serenarse.

Se sentó en una silla y se quedó allí, mirando la nada. Era una estúpida. ¿Cómo se había permitido enamorarse de él? Sintió una gran humillación. Se puso de pie de repente. No se quedaría allí esperando, como si fuera una pobre infeliz.

Entró en la habitación y empezó a hacer el equipaje rápidamente. Se puso unos pantalones y una camiseta, y dejó el vestido en el suelo, donde había estado la noche anterior. Y no se molestó en llamar a un botones para que la ayudase con el equipaje, porque temía que pudieran avisar a Xavier.

Salió del hotel y paró a un taxi. Le quedaban horas antes del vuelo. Tendría que esperar. Así que no le quedó más remedio que ir a la casa de Lisa.

Allí se sintió mejor. Después de todo, Sasha no le había dicho nada que ella no sospechase. Su ayudante sólo le había señalado la verdad. Y ésta le producía un gran dolor.

No, Sasha le había hecho un favor. Era mejor así, que haberlo esperado en la suite. Mejor que haber esperado que Xavier se despidiera de ella diciéndole que lo habían pasado muy bien, pero que todo había terminado.

Oyó el suave rugido de un motor, cada vez más fuerte hasta parar en la puerta de entrada. Jane saltó. Una figura inconfundible apareció al otro lado de la puerta de entrada. Luego golpearon el cristal de la puerta.

—¡Jane! ¡Jane! ¡Abre la puerta! Sé que estás aquí... Era Xavier.

Ella se quedó inmóvil un momento, con el corazón galopando tan fuertemente que pensó que se iba a desmayar.

Con las piernas flojas, fue a abrir. Sonrió forzadamente.

—Xavier...

Él entró en el vestíbulo. Jane se quedó al lado de la puerta.

—¿ Y? ¿Siempre eres tan maleducada, o sólo conmigo? —preguntó Xavier.

—¿ Qué pasa, Xavier? He venido a recoger unas cosas que me había olvidado, y esperaba que me diera tiempo a despedirme de ti antes de irme...

Xavier se acercó a ella y le dijo:

—Mentirosa. Planeabas marcharte. Sasha me lo ha dicho.

—¿Qué?

—Cuando volví a la suite del hotel y no te vi, te estuve buscando. Me encontré con Sasha en el vestíbulo, y me dijo que acababa de verte tomar un taxi... Me dijo que tú le habías dicho que te ibas a marchar.

—Pero ella...

¿Qué podía decide? ¿Que Sasha le había dicho lo que siempre hacía él con las mujeres? No quería humillarse.

—¿ Y? —preguntó él.

Jane no comprendía a qué estaba jugando Sasha.

Tal vez ella quisiera a Xavier para sí. Tal vez ya lo tuviera. Pero ¿qué importaba? No cambiaba el hecho de que estuviera la semana siguiente con otra mujer.

—Nada, Xavier. .. Oye, me marcho dentro de unas horas, así que ¿qué sentido tiene esto? No nos volveremos a ver ...

Xavier le agarró la barbilla para que lo mirase. El calor de su mano la hizo desear apoyarse en él. —Quería hablarte de eso.

—¿De qué?

—Acerca de que no nos volvamos a ver... ¿Por qué no te quedas un tiempo? Me has dicho que no tienes un puesto fijo como profesora ahora mismo. Eres libre de hacer lo que quieras.

Ella lo miró, confundida.

—Pero ... Pero ... No puedo quedarme aquí... Tengo que pagar una hipoteca, pagar facturas...

—Yo puedo ocuparme de todo eso —dijo él arrogantemente.

Ella le quitó la mano.

—Por supuesto... ¿Así que pagarías para que me quede aquí?

—Sí, puedo hacértelo fácil. Jane no comprendía.

—¿Me tendrías aquí como a una especie... de querida? ¿Para tener una aventura conmigo?

—Bueno, no sería exactamente así. Dicho de ese modo parece algo muy sórdido.

Él le agarró la mano y no la dejó alejarse. Le acarició la palma.

Ella se excitó.

—Jane, no he tenido suficiente de ti aún... Y sé que tú sientes lo mismo. Quédate... el tiempo que dure.

Ése era el problema. Para él aquello no duraría toda la vida, y cuando terminase, pasaría a otra cosa.

Jane quitó la mano. Recordó que la pasada noche había sido organizada totalmente por Sasha y sintió náuseas.

—No, Xavier. No quiero ser tu querida. Pronto encontrarás alguien que me reemplace. Esta semana ha sido más que suficiente para mí.

¿Que había sido suficiente? ¿A quién quería engañar? No le alcanzaría todo el tiempo del mundo para hartarse de aquel hombre, pensó ella. Pero él no quería comprometerse. Sherry le había hablado de su reputación de donjuán.

Notó un gesto en los músculos de Xavier. Había dado en un punto clave.

—No me interesa —dijo. Xavier dio un paso atrás. —Si eso es lo que quieres... Jane asintió con tristeza.

Él se dio la vuelta y se marchó. Ella oyó el ruido de su coche en la grava. Volvió a sentir náuseas. Y salió rápidamente al cuarto de baño.

Capítulo 8

Casi cuatro meses más tarde...

Xavier iba conduciendo y maldiciéndose por haber dejado que ella tuviera aquel efecto en él. ¿Cómo se atrevía Jane a rechazarlo? Pensaba que era demasiado buena para él. Era un estúpido. Un absoluto idiota. Eso era lo que era él. Ella no era más que una turista que buscaba una aventura que contar al volver. Cuanto antes se olvidase de ella, mejor.

Jane entró en su estudio de la planta baja. Estaba empapada. Dejó las bolsas de la compra y se quitó la ropa para secarla. Decidió darse un baño caliente y ponerse el camisón. Después de hacerlo, se sintió mejor. Tendría que tener más cuidado. Se sentó en el sofá y se puso la mano en el vientre. Todavía no podía creer que estuviera esperando un hijo. Pero lo estaba.

Recordaba el shock que había tenido el día que había descubierto que estaba embarazada, después de semanas de náuseas y de una falta del período.

No se lo había dicho a nadie, ni a su madre. Todavía tenía el corazón roto. Ni siquiera había querido contárselo a Lisa, quien la había agobiado con preguntas.

Se acarició el vientre. No había pensado en ningún momento no tener al bebé.

Pensó en Xavier. No pensaba vivir una mentira. No podía tener un hijo suyo y no decírselo. Pero ¿cómo se lo iba a decir? ¿Cómo iba a ponerse en contacto con él? ¿Cómo estar preparada en caso de que él quisiera...?

Recordaba que él le había dicho que era el último descendiente de su familia. Seguramente querría un heredero algún día. Pero no con alguien como ella.

Pero ¿le exigiría que le diera el niño? No creía que fuera capaz de hacerlo. ¡Pero era tan poderoso...! Un heredero para su fortuna era importante para él, para que pudiera sobrevivir la isla.

Tendría que ser fuerte y no dejar que Xavier la presionase. Ella dudaba que él se atase a un niño. Iba contra su estilo de vida.

Jane puso cara de tristeza. Había pasado de un mundo donde Xavier no había existido, a otro donde él aparecía fotografiado en todas partes, en Nueva York, París, Milán... En cada sitio hacía una

nueva fortuna, y estaba con una nueva mujer agarrada de su brazo. Y eso era como una puñalada en el corazón.

Preparó la cena y comió sin ganas. Cuando fue al cuarto de baño vio que había caído agua de la ropa que tenía colgada. Fue en busca de un periódico viejo que iba a tirar y lo puso encima del agua.

De pronto encontró una foto en la sección de Negocios. El titular ponía: Sin pensar demasiado, marcó el número.

Le contestó una voz de una mujer llamada Molly Parker. Era su secretaria personal. Cuando le preguntó quién era ella le dijo:

—Soy Jane Vaughan. ¿Podría decirle por favor que me gustaría arreglar una cita con él?

Su secretaria pareció dudar.

—Muy bien... Por favor, espere un momento ... Después de unos agonizantes minutos, la secretaria volvió y le dijo:

—El señor Salgado la verá mañana a las diez y media por la mañana. Está muy ocupado ahora, ya sabe...

—Lo sé. No lo entretendré mucho...

Jane colgó con mano temblorosa. Automáticamente se puso la mano en su vientre y se hundió en el sofá. El teléfono volvió a sonar. Ella saltó bruscamente y lo contestó.

—Oh, mamá, eres tú... No, no esperaba a nadie... No seas tonta...

En el curso de la conversación Jane pensó que era hora de darle la noticia de que estaba embarazada, ahora que iba a ver a Xavier y a decírselo. Después de todo, pronto se le iba a notar.

Su madre se sintió decepcionada de que fuera a tener el bebé sola. Ella sabía muy bien lo difícil que era tener un bebé sola, puesto que su padre había muerto cuando Jane era muy pequeña... Y estaba preocupada porque su esposo y ella se marcharían de Inglaterra. Pero Jane trató de tranquilizarla. No quería que su madre dejara de hacer cosas por ella. Arthur, el marido de su madre, se había criado en Sudáfrica, y después de su luna de miel había convencido a su madre para que se marchasen a Ciudad del Cabo.

Millonario francés en Reino Unido. Ha venido a salvar una cadena de hoteles en bancarrota.

Al parecer, Xavier estaba en Londres, haciendo gestiones para salvar la cadena de hoteles Lancaster.

La noticia tenía fecha del día anterior, y decía que las

conversaciones se llevarían a cabo aquella semana. Eso quería decir que estaba allí ahora mismo. Increíble. Y según la noticia, tenía oficinas en la City…

Corrió al teléfono y buscó en la guía. Encontró el teléfono y la dirección. ¿Cómo no lo había pensado antes?

Miró su reloj. Estaban en horario de oficina todavía.

Jane sabía que su madre era muy cabezota, y que no querría irse en aquella situación. Y Jane no quería que sus proyectos se malograsen.

Al poco rato de colgar, el teléfono volvió a sonar.

Era Lisa. Decidió contárselo también a ella. No le dijo quién era el padre. Pero realmente dejó sin habla a su amiga.

—Hola, querida, usted debe de ser Jane. Soy Molly, la ayudante del señor Salgado. Por favor, pase.

Jane la saludó y la siguió a un despacho donde Molly le ofreció colgar su abrigo. Luego la acompañó a otra puerta. La abrió y la hizo pasar.

Cuando entró no vio a Xavier, porque el despacho era muy grande. Luego se cerró la puerta y lo descubrió, de pie, con las manos en los bolsillos, delante de una gran ventana desde la que se veía todo Londres, o eso parecía.

Jane sintió que la sangre latía en sus sienes. Xavier dijo algo, pero estaba un poco mareada y no lo escuchó. Empezó a ver todo borroso, y sintió que la cabeza le daba vueltas. Él se acercó, y antes de que ella se cayera la sujetó y la llevó a un sofá.

Cuando volvió en sí, Xavier estaba agachado a su lado, con un vaso en la mano.

—Toma, bebe un sorbo. Estás muy pálida…

Jane se excitó al tenerlo cerca. Se incorporó y dijo: —Lo siento, no sé qué ha sucedido…

—¿Cuándo has comido por última vez?

—¿Qué?

—Comida… Comemos para mantenemos vivos… Por tu aspecto parece que hace semanas que no comes.

—Estoy… bien. Tú no tienes que preocuparte por el hecho de que coma o no…

Él dejó el vaso en una mesa que había al lado de ella y se apartó.

—Por supuesto que no. ¿A qué debo el placer de tu visita?

Jane se puso de pie. No le gustaba tenerlo tan por encima de ella.

—He venido a decirte algo.

Al día siguiente, Jane fue a ver a Xavier en un taxi.

Estaba nerviosa. La idea de volver a ver a Xavier hacía galopar su sangre. La excitaba, la asustaba...

El taxi se paró frente a un edificio brillante. Saldago-Lézille Enterprises ponía en el frente.

Cuando bajó del coche tuvo que reprimirse las ganas de volver a subir a él y marcharse a su casa nuevamente.

Dentro del edificio había murmullos como si se tratase de una catedral. Era evidente que estaba el jefe.

En el mostrador de la recepción Jane dio su nombre y le dieron una tarjeta de visita para que se pusiera en la solapa. Luego la enviaron al último piso. El ascensor era de cristal. Y ella pudo ver la planta baja desde lo alto. Las puertas del ascensor se abrieron en un vestíbulo enmoquetado y lujoso, y ella volvió a sentir pánico. Volvió a darle el nombre a una chica que había detrás de un escritorio, y ésta le dijo que esperase en una sala. Jane se había vestido con unos vaqueros, unas zapatillas y un suéter. No quería que pensara que había ido allí para algo más que comunicarle que iba a tener un hijo suyo.

Se abrió la puerta y su corazón dio un vuelco. Apareció una mujer mayor con un moño en la cabeza.

Él la miró con frialdad.

—Ah ... ¿No será que te has pensado mejor lo de mi oferta? ¿Ahora que estás en la fría y gris Inglaterra te das cuenta de que has perdido una oportunidad?

Ella lo miró un momento, antes de explotar.

—¡ Es increíble! ¡Qué arrogante eres! Pensaba que no eras tan presumido, pero me he equivocado. —Bueno, entonces, ¿a qué has venido? Si no recuerdo mal, no veías la hora de irte aquella mañana ... Ni siquiera me esperaste para decirme adiós.

Jane sintió nuevamente un zumbido en la cabeza.

Al parecer, todo salía mal. Primero se había desmayado prácticamente, y ahora él creía que ella pretendía ser su querida ...

—No ... Quiero decir, sí... Mira ... tengo que decirte algo, y no es fácil... —dijo.

Xavier se sentó frente a su escritorio, y ella ocupó la silla frente a él. —Lo que pasa es ...

—¿Sí? —preguntó, impaciente, Xavier.

—Estoy embarazada.

Hubo un silencio sepulcral. Xavier no reaccionó.

Su cara parecía una máscara. Se puso de pie y se quedó de espaldas a ella, frente a la ventana.

—Xavier ...

—Te he oído ... —dijo, imperturbable. Luego se dio la vuelta de pronto y agregó—: ¿Es mío?

—Por supuesto que es tuyo ... —respondió ella, enfadada— ¿Cómo te atreves a insinuar que puede ser otro el padre? No he tenido tiempo de nada desde que he vuelto, y mucho menos de buscar un nuevo amante para quedarme embarazada con la intención de hacerte responsable del niño ...

Xavier se pasó una mano por el pelo nerviosamente. Parecía cansado.

—Oye, lo siento ... Es un poco difícil de digerir ... ¿De cuánto tiempo ... ? ¿Para cuándo lo esperas? —Para marzo.

—Debió de ser esa primera vez ...

—Sí —Jane se puso colorada— Oye, sólo quería que lo supieras. Lo último que quiero es que te sientas responsable de nada ... Voy a criar sola al niño. Por supuesto que puedes venir a visitado cuando quieras. Piénsatelo, y otro día hablamos.

Jane dejó una tarjeta en la mesa.

—Ésta es mi dirección y mi número de teléfono. Ella estaba prácticamente al lado de la puerta cuando él pareció salir de su estupor.

—Jane ... Espera ... Tenemos que hablar de esto ...

En aquel momento se abrió la puerta, y Molly apareció con unos hombres.

—Ahora, no, Molly, por favor... —dijo Xavier, enfadado.

—Señor Salgada, son los hombres de Tokio ... ¿No lo recuerda? Sólo van a estar una hora en Londres, y luego se marchan a Nueva

York. Usted mismo planeó esta reunión ...

Jane aprovechó la distracción y se marchó antes de que él pudiera detenerla. Dijo adiós a Molly y salió.

Xavier intentó concentrarse en la reunión, pero no pudo. No podía dejar de pensar en Jane y en su embarazo. Cuando la había vuelto a ver había sentido la misma atracción de siempre. Y luego, cuando la había visto tan blanca y a punto de desmayarse, se había preocupado terriblemente. Cuando se quedó solo en su despacho, miró la tarjeta de Jane. La verdad era que hacía dos meses que tenía su dirección. No había sido difícil seguir su rastro. Realmente no había decidido si iba a ponerse en contacto con ella. Pero una cosa era cierta: no había sido capaz de quitársela de la cabeza. Lo había intentado, saliendo con varias mujeres. Pero no había podido soportar estar con ellas. A su mente acudía el rostro de Jane el olor de su cuerpo, el recuerdo de sus caricias ¡Y eso lo había dejado casi impotente!

¡Él, impotente!

Evidentemente, no se había cansado de ella. Necesitaba quitársela de la mente de una vez por todas. Y cuando se había enterado de que lo había llamado, había pensado que a ella le habría sucedido lo mismo. Pero no. ¡Había ido a verlo porque estaba embarazada! Tenía una mezcla de emociones, pero a pesar de todo, sabía lo que quería hacer. No quería razonarlo mucho, pero una fuerza interna lo llevaba a tomar una decisión.

Aquella noche cuando ella llegó a casa no pudo relajarse.

Ver a Xavier había sido como una inyección de adrenalina para ella.

Jane se cambió y se puso un chándal para estar cómoda. Entonces sonó el timbre.

¿Era posible que fuese él?

Abrió la puerta y se encontró con que era Dominic. Respiró, aliviada.

—Pasa ... ¿Qué haces aquí?

—Oye, Lisa me lo ha contado todo ... —dijo tímidamente Dominic.

Jane se puso colorada.

—El caso es que ... Bueno, ya sabes lo que siento por ti ... He venido a decirte que cuentes conmigo ... Quiero decir, si tú quieres,

estoy dispuesto a casarme contigo ...

Ella sintió un nudo en la garganta.

—Oh, Dominic ... ¡Eres un encanto! Me siento muy halagada, pero la verdad es ...

El timbre volvió a sonar. Jane se disculpó con Dominic y fue a abrir. Era Xavier. Jane se quedó sin aliento. Le temblaron las piernas.

Se había olvidado de que estaba Dominic hasta que lo oyó decir por detrás de ella:

—Jane, cariño, ¿estás bien? ¿Conoces a este hombre?

Jane salió de su estado de shock. —Sí.

Hizo pasar a Xavier al vestíbulo.

—Dominic, éste es Xavier Saldago-Lézille. Xavier, éste es Dominic Miller, un viejo amigo.

Los hombres se miraron con desconfianza, y Jane hizo pasar a Xavier al salón.

Luego le dijo a Dominic:

—Xavier es el padre del bebé ... Gracias por tu ofrecimiento, pero no sería justo que me casara contigo. Porque ... No estoy enamorada de ti.

—¿Estás enamorada de él?

Ella asintió en silencio.

—¿Está enamorado Xavier de ti? Jane agitó la cabeza.

—Pero se ocupará de mí y del niño si me hace falta. Lo sé. No tienes que preocuparte —le dio un beso en la mejilla a Dominic.

—¿Estás segura? Puedo quedarme, si quieres. Jane agitó la cabeza.

Lo acompañó a la puerta y lo despidió.

—¿Quién era ése? —preguntó Xavier cuando ella fue al salón.

—Es el hermano de mi mejor amiga.

—¿Qué quería?

—No es asunto tuyo —Jane se sentó para disimular sus piernas temblorosas. Luego se contradijo diciendo—: En realidad, ha venido a pedirme que me case con él.

—¿ Y has aceptado, Jane, cariño? —preguntó Xavier.

—¿ y a ti qué te importa? Puedo casarme con quien quiera.

Xavier tiró de ella y la besó antes de que ella pudiera reaccionar.

Después de un primer momento de shock, ella se entregó, hambrienta, a su beso.

Con un leve gemido, ella le rodeó el cuello. Y se besaron apasionadamente. El tiempo pareció detenerse. Luego él la apartó.

—Es por esto que es asunto mío. Tú estás embarazada de un hijo mío ... Y no me digas que reaccionas así con cualquiera ...

Ella lo miró, sorprendida.

—Si te casas con alguien, será conmigo, con nadie más. Nuestro hijo se merece crecer dentro del matrimonio. Será mi heredero.

Jane se quedó pasmada.

—No me casaré contigo sólo porque hay un heredero tuyo. No seas ridículo ... Sería una farsa, y además, podría ser una niña —señaló.

Él se quitó la chaqueta y la gabardina, se aflojó la corbata, y puso las manos en jarra.

—Sea niño o niña, ¿le negarías su herencia a nuestro hijo?

—¿Me estás amenazando? ¿Quieres decir que si no me caso contigo negarás su existencia?

—No depende de mí. Antes de morir, mi padre agregó una cláusula a su testamento, en la que pone que los hijos fuera del matrimonio no recibirán nada. Lo hizo para asegurarse de que hubiera un heredero con nuestro apellido. Y para que la isla siga siendo propiedad de la familia. Mi padre era muy conservador. Y no hay forma de cambiar el testamento.

Jane recordó las fotos de Xavier con otras mujeres y dijo:

—Tendrás que averiguar si no tienes algún descendiente por ahí. En Milán, París ...

Él le agarró los hombros.

—No, no lo tengo. No ando por ahí acostándome con innumerables mujeres, y siempre tomo medidas para que no ocurra. Sólo contigo ... pasó lo que pasó.

Ella notó un brillo extraño en su mirada. Al parecer, él se había dejado arrastrar por el deseo con ella, mientras que ella había sido arrastrada por el amor.

—De acuerdo, tal vez no. Pero lo que propones es de la Edad Media. Ahora ...

—¿Realmente pensabas que me iba a desentender? Te doy todo: seguridad, respetabilidad, un apellido para tu hijo ...

«Todo menos tú», pensó ella. Aquel heredero era lo que le interesaba a él.

—El niño podría llevar igualmente tu apellido, si es tan importante para ti. No puedo ... Por favor, no me hagas ...

—No hace falta que te pongas así. No tiene por qué ser una experiencia desagradable. Todavía nos sentimos atraídos el uno por el otro. No puedes negarlo... Ha sucedido en cuanto has entrado en mi despacho hoy ...

—Sí, pero eso es todo —le dijo ella mirándolo a los ojos.

—Es más de lo que tiene mucha gente para empezar, Jane. Tengo treinta y seis años. Es hora de que me case y tenga un heredero.

Ella se rió histéricamente.

—¡O sea que lo que te interesa es salvar el legado de tu familia!

—No te burles de mí, Jane. Pocas mujeres rechazarían un ofrecimiento como éste.

Ella no dudaba un segundo de que lo que decía era cierto.

—Sí, pero también hay gente que empieza con amor, aunque luego quizás cambien ...

—¿ y adónde los lleva al final? Al menos nosotros empezamos con los ojos abiertos, sin la ilusión del amor, que no deja ver las cosas. Creo que tenemos una base sobre la que podemos construir algo, Jane. Si no, no te lo sugeriría.

Jane se sentó en el sofá.

—Jane, el futuro de Lézille está en peligro si no le doy un heredero. Éste podría ser mi único hijo.

Ella lo miró, indefensa.

El timbre volvió a sonar. Xavier fue a abrir. Jane se quedó turbada, sin poder reaccionar. Al oír las voces se sobresaltó. Eran su madre y Arthur. Cerró los ojos. No podía ser peor.

Su madre entró con una ceja levantada.

—Hola, mamá —Jane la abrazó, y sintió ganas de llorar.

Después los presentó aunque no dijo quién era Xavier. Pero se dio cuenta de que su madre se había imaginado quién era.

Para su sorpresa, Xavier se ofreció a preparar té y los dejó solos unos minutos.

Era increíble la soltura con la que se manejaba Xavier en su

casa. Hasta su madre se sorprendió.

—¿Así que ése es ... ? —Arthur asintió en dirección a la cocina.

Jane asintió.

—Bueno, cariño, no pareces muy contenta —susurró su madre.

«¡No lo estoy!», pensó ella.

Su madre y Arthur se miraron y dijeron:

—Cariño ... Hemos estado pensando, y hemos decido que si aún piensas tener al bebé sola ... nos vamos a quedar en Inglaterra.

Jane empezó a protestar, pero su madre la acalló. —Sé lo que vas a decir, pero está decidido. No vamos a dejarte aquí sola criando a un niño, y no hay más que decir.

Pero Jane sabía que aquella decisión había sido muy dura para ellos. Y no quería arruinar su felicidad. Su madre había sacrificado demasiado por ella, y se merecía ser feliz. Y había una sola forma de que fuera así. Cuando apareció Xavier respondió:

—Mamá ... Arthur ... Realmente os agradezco lo que queréis hacer por mí, pero no hay ninguna necesidad —miró a Xavier, y respiró profundamente—o No tenéis que quedaros en Inglaterra porque ... No voy a estar aquí.

Su madre y Arthur se miraron, sorprendidos. —¿Qué quieres decir, cariño?

—Xavier me ha pedido que me case con éL .. Y voy a decir ... «sí».

Hubo abrazos y lágrimas, y felicitaciones. Xavier se unió a ellos y contestó vagamente a preguntas que le hicieron y ella supo que había hecho lo correcto al notar la cara de alivio de su madre y de Arthur.

Finalmente, después de un rato largo, se marcharon. Cuando volvió al salón Xavier estaba mirando por la ventana.

—Supongo que has hecho esta farsa por ellos, para que puedan emigrar sin sentirse culpables, ¿no? —Bueno, no será una farsa a no ser que no te cases conmIgo.

Él se acercó.

—¿Crees que ha sido un farol por mi parte? Te equivocas porque nos vamos a casar. Supongo que debería agradecer a tu madre que hayas tomado esta decisión ... —se rió forzadamente—. No podrías haber dejado más claro que es lo último que quieres hacer.

—Tienes razón. Te odio por esto. Él le clavó la mirada.

—El odio no hará más que incendiar más la pasión ...

Porque está ahí...

Xavier se marchó con la promesa de volver por la mañana para hablar de la boda.

Jane se quedó inmóvil, como sin saber qué hacer.

A pesar de todo, en el fondo se sintió en paz. ¿Sería por haber hecho lo que debía hacer?

Pero sospechaba que no. Que aunque estar con Xavier le trajera dolor, estaría contenta de poder estar con él. En cuanto al bebé, no podía negarle a su padre, ni su herencia. De pronto pensó en cosas más concretas: ¿permanecería fiel Xavier si ella se negaba a dormir con él? No creía que un hombre tan sexual aceptase el celibato en el matrimonio ... ¿ y ella? ¿Cómo iba a resistirse a él viviendo a su lado?

Se fue a dormir con un gran pesar en el corazón.

Al día siguiente cuando Xavier fue a verla notó que ella tenía ojeras y muy mala cara. La idea de que él era el responsable de que ella se sintiera tan mal le dolió.

—He organizado la boda para dentro de dos semanas en Londres en un registro civil. Ha sido lo antes que he podido reservar. Así tu madre y Arthur podrán asistir antes de marcharse a Sudáfrica. Si hay alguien más a quien quieras invitar...

—Bueno, sí —ella pensó en Lisa—. Hay una o dos personas más.

—Bien, tengo que irme a Nueva York hoy, y estaré fuera hasta el día de la boda. Espero que puedas arreglar cualquier cosa que te quede pendiente y avisar en el trabajo. Molly puede ocuparse de alquilar o vender este piso, si quieres.

—Alquilar ... No quiero venderlo —dijo ella. No quería deshacerse de todo.

—Bien. Como quieras. Le diré que se ocupe de ello. Jane asintió.

—Después de la boda iremos unos días a París de luna de miel. Podemos reponer tu ropero allí —miró su ropa críticamente—. Serás mi esposa, y tienes que vestirte de acuerdo a tu papel.

El tono autoritario molestó a Jane.

—Hasta ahora he sabido vestirme, gracias por tu consejo. No tienes que gastar dinero conmigo.

—El problema es que no creo que puedas pagar el precio de la ropa de la que te hablo —dijo Xavier con arrogancia.

—Bien. Si quieres gastar miles de libras en transformarme en algo que jamás seré, excepto en los documentos, adelante ...

Él se paró delante de Jane y ella se estremeció cuando le acarició la cara con un dedo y lo deslizó por el cuello.

—Oh, lo serás, Jane ... Créeme ...

Capítulo 9

DOS semanas más tarde Jane se estaba preparando para su boda. Su madre y Lisa estaban ayudándola antes de ir al registro civil.

— ... y el pobre Dominic tiene el corazón roto, pero ha dicho que Xavier es muy atractivo ...

—Oh, sí, lo es, cariño ... Ya verás cuando lo veas ...

—¿Es verdad que es el dueño de toda una isla?

—y de una cadena de hoteles ...

—¡Qué calladito se lo tenía nuestra pequeña Jane!

—¡Eh! ¿Os olvidáis de que estoy aquí? —protestó Jane.

—Cariño, no nos hagas caso ... Y ahora, déjame que te mire ...

Jane llevaba un traje de seda color hueso. La falda tenía algo de vuelo y le llegaba a las rodillas. La tela se ajustaba perfectamente a su figura, pero la chaqueta tenía los botones debajo del busto, como para que le quedase cómoda ahora que estaba engordando un poco en la zona del vientre.

Su madre no le había hecho muchas preguntas sobre las circunstancias en las que había conocido a Xavier, y Jane se alegraba de ello.

—Jane, pareces una modelo. ¡Lo que daría yo por tener tu altura y tu figura! Cuando esté embarazada, voy a parecer una ballena... —comentó Lisa.

A Jane, en cambio, le habría gustado estar en el lugar de Lisa.

Pero tenía que hacer aquello, por el bebé, y por la felicidad de su madre y de Arthur.

Cuando lo vio frente a la mesa del registro civil, sintió que perdía fuerzas. No lo había visto desde que había ido a verla a su estudio de Londres. Él la miró con un brillo intenso en los ojos.

La voz del juez la devolvió a la realidad. Sus palabras no tenían ningún sentido para ella, y sólo esperó para responder en el momento en que tenía que hacerla, porque se sentía ajena a aquella situación. Finalmente se pusieron las alianzas.

Xavier no le soltó la mano durante toda la ceremonia.

Cuando salieron fuera, Xavier le dijo que había organizado un desayuno en su hotel de Londres, y la llevó a un Bentley conducido por un chofer. Jane notó que en la boda había más gente de la que había pensado.

¿Lo había organizado todo él?, se preguntó.

En el coche, Xavier sacó dos vasos de un compartimiento y sirvió agua con gas para ambos.

—No es como el champán, pero sirve para la sed ... —dijo Xavier.

Ella sentía una mezcla de rabia, frustración y excitación por haberse casado.

—Brindemos por nosotros ... —propuso Xavier.

—Sería una mentira, ¿no crees? No hay nadie aquí para que tengamos que fingir... —respondió Jane.

—Bebamos por una tregua, porque como sigas con ese estado de ánimo no vamos a durar ni una semana. Parecía que estabas en tu funeral y no en tu boda ... —comentó él.

Ella sintió ganas de llorar.

—Lo siento ... Todo esto me abruma un poco ... Apenas unas semanas más tarde de volver a verte nos hemos casado y vamos a emigrar ...

Él le besó la mano. Ella se sorprendió, y se estremeció al contacto con sus labios.

—No lo pienses ahora. Dejemos que pasen estos días. Para mí tampoco ha sido fácil...

Jane notó algo en su expresión, pero enseguida ésta desapareció. Y comprendió que él se había referido a que se había sentido forzado a casarse.

El coche paró delante del hotel.

Cuando entraron al salón Xavier le presentó a tanta gente que se olvidó de sus nombres y de sus caras, y se cansó de sonreír y de estar de pie. Por primera vez desde que estaba embarazada, se sintió cansada. Todo el tiempo fue consciente de la presencia de Xavier y dónde estaba. Cada vez que lo miraba, él le sostenía la mirada, hasta que ella empezaba a sentirse incómoda y la desviaba.

Cuando terminó el desayuno, Jane se despidió de su madre, de Arthur y de Lisa, que había ido a la boda acompañada de sus padres. Se alegró de que el padre de Lisa se hubiera recuperado después de su operación. Su amiga le prometió visitarla pronto, y su madre iría a verla cuando naciera el bebé.

Xavier se acercó a ella y le rodeó la cintura con su brazo, y por una vez, se apoyó en él, agradecida.

—Vayámonos de aquí —le dijo él al oído.

—Sí, por favor —no pudo disimular el alivio en su voz.

Él la llevó a la suite del ático. Los empleados habían dejado una botella de champán y había pétalos de rosas encima de la cama.

«¡Qué desperdicio!», pensó ella.

Xavier cerró la puerta de la habitación y la miró a los ojos. Había fuego en su mirada. Jane se excitó. Pero dio un paso atrás.

—Xavier, por favor... Estoy muy cansada ... Quiero dormir.

Él se acercó igualmente.

—Yo también quiero dormir. Contigo.

—¡No! exclamó, descontrolada—. Es que ... Necesito un poco de tiempo ... Y estoy agotada.

Había estado agotada, pero ahora sentía un exceso de energía, que contradecía sus palabras. Desde que lo había vuelto a ver, el deseo se había apoderado de ella. —No sé a qué estás jugando, Jane, pero te daré el beneficio de la duda por ahora. Bajaré al salón un momento ... Acuéstate en la cama ... Yo dormiré en el sofá.

—Xavier, no hace falta ...

—Ahórratelo, Jane. Si crees que podemos acostamos juntos esta noche sin que ocurra nada, te mientes a ti misma.

Se cerró la puerta. Jane sintió una gran tristeza. Entró en el cuarto de baño, se preparó para irse a la cama en un tiempo récord, y se acostó.

Esperó todo el tiempo que pudo a que volviera Xavier. Pero finalmente se quedó dormida. Y no oyó entrar a Xavier, ni lo vio acercarse a ella y mirarla un largo rato.

Al día siguiente volaron a París en el jet privado de Xavier. Jane sentía una mezcla de emociones. Lo miró un momento. Parecía relajado, a diferencia de ella. Un rato más tarde, cuando por fin pudo relajarse, Xavier le tocó el brazo. Se sobresaltó.

—Estamos en París —le dijo él.

Jane miró y vio que estaban aterrizando. No tuvieron que pasar por la aduana ni por los registros habituales.

Los estaba esperando una limusina, que pronto se adentró en el tráfico de la ciudad.

—¿No has estado nunca aquí? —le preguntó él. Ella agitó la cabeza.

—Nunca he tenido tiempo, ni dinero. Cuando terminé el colegio, empecé a trabajar y a estudiar en la universidad. Quería ayudar a mi madre para que ella no tuviera que trabajar tanto como antes.

—Si no te conociera, diría que es una historia inventada ...

Jane lo miró. —¡Qué cínico!

—No todo el mundo ve la vida color de rosa —comentó Xavier.

—Bueno, admito que yo cada vez la veo más oscura ... —dijo Jane.

Él la taladró con la mirada, pero no le preguntó nada.

Pasaron por la Torre Eiffel, por Notre Dame, y luego atravesaron un puente y se dirigieron a lo que parecía una isla en medio del río.

—¡Guau! —exclamó ella.

—Ésta es la isla San Luis, una de las islas del Sena.

Es una zona residencial. A ella le pareció «chic», más que residencial. Por la calle se veían mujeres impecables vestidas elegantemente, paseando a sus perros.

¡ Y ella que había pensado que esa imagen de París era un cliché!

Se detuvieron frente a un lujoso edificio, y fueron efusivamente saludados por el conserje. Jane se estaba acostumbrando a que la gente le hiciera reverencias a Xavier.

En el ascensor no se sorprendió de ver que iban al último piso. Siempre tenía lo mejor.

Las puertas se abrieron directamente en un vestíbulo con una puerta que abrió Xavier.

—Aquí es donde me quedo cuando vengo a París en viaje de negocios, o por donde paso en viajes largos. Echa un vistazo ...

El edificio era antiguo, pero dentro estaba modernizado totalmente. Era un piso típico de soltero. Estaba decorado en colores oscuros, y tenía las paredes llenas de cuadros de arte abstracto. Todo ello creaba una atmósfera fría, llena de circuitos de televisión y aparatos. La cocina era peor. Brillaba el acero inoxidable, pero no tenía ni un toque hogareño. A ella no le gustó nada.

Xavier la observó. Jane era transparente. No podía ocultar nada, pensó con simpatía. Y recordó la refrescante sinceridad que lo había cautivado de ella. ¡ Cuánto la había echado de menos!

—No te gusta, ¿verdad? —dijo él.

—Lo siento —dijo ella poniéndose colorada—o Es muy frío e impersonal...

—Supongo que si lo hubiera decorado yo, podría enfadarme. Pero, afortunadamente para mi ego, no lo hice yo. Fue un amigo. Vengo muy poco por aquí, así que hasta ahora no me he fijado en su decoración.

Pensó en todas las mujeres que había llevado allí.

Habían estado encantadas con aquel lugar. Pero ahora que él veía su apartamento a través de los ojos de Jane, se daba cuenta de que a él tampoco le gustaba.

Xavier le tomó la mano y el corazón de Jane dio un vuelco.

La llevó al dormitorio y la puso frente a él.

—¿Qué ... qué estás haciendo? —preguntó Jane, desesperada.

—Ésta es tu habitación.

—Gracias —respondió ella, aliviada.

—Es evidente que no quieres que te toque —dijo él, apoyando sus manos en los hombros de Jane. Tranquila, nunca he forzado a una mujer... Pero sabes que tu resistencia es una batalla perdida ... No me creo esta representación de castidad ...

Él acercó su boca a la oreja de Jane, y ella cerró los ojos.

—No vas a poder mantenerte a distancia eternamente. Es sólo cuestión de tiempo. Hay una corriente de atracción entre nosotros ... Y ... ¿Sabes lo que pasa cuando reprimes algo? Que se hace más fuerte ...

Xavier se irguió y la miró. Ella estaba acalorada.

Tenía una gota de sudor en la frente y respiraba agitada. Y él tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tirar de ella y hacerla suya. Esperaría a que se muriese de deseo por él.

La deseaba terriblemente. Pero era sólo eso: pura lascivia. Era por eso por lo que no había podido quitársela de la cabeza en los pasados meses.

—Instálate, que yo prepararé la comida.

Xavier salió de la habitación, y Jane se tocó las mejillas, ardientes de deseo. Si se había puesto así sólo con sus palabras ... ¿Qué haría si la besaba?

Tenía que ser fuerte.

Capítulo lo

LA MAÑANA siguiente Xavier quiso que dieran un paseo y que visitaran el museo del Louvre. Salieron del museo al final de la tarde, y Jane estaba muy cansada.

Sobre todo porque cada vez que él la miraba, cada vez que la rozaba, al menor contacto físico, sus terminaciones nerviosas se sobresaltaban, y luego tardaba un rato en relajarse.

Cuando salieron del museo él le tomó la mano, y ella, cansada de rehuirlo, lo dejó.

—Le dije al chofer que se fuera a casa. Hay un restaurante cerca de aquí que podría estar bien para cenar. Podemos llamar un taxi luego ... —dijo él.

—No estoy vestida apropiadamente —señaló sus vaqueros y sus zapatillas.

—No te preocupes, no es un sitio de alto nivel.

Ella dejó que la llevase por las calles hasta un pequeño restaurante.

Los dueños del restaurante saludaron a Xavier como si fuera de la familia. Cuando Xavier presentó a Jane como a su esposa, hubo gritos de alegría y una mujer salió a saludarlos. Abrazaron y besaron a Jane. La mujer miró su alianza y dijo algo en francés.

Cuando los acomodaron en una mesa, Jane le preguntó a Xavier qué había dicho la mujer.

—Madame Feron dijo que no tienes anillo de compromiso.

—Oh, ni me he acordado de ello —dijo—. No me hace falta. Mucha gente hoy en día sólo usa una alianza.

—Pero tiene razón. Haremos esto como es debido. Mañana te compraré un anillo de compromiso.

Su tono no dio lugar a discusión alguna. Últimamente Jane había perdido el apetito, pero intentó comer, sobre todo por no defraudar a los dueños del restaurante, que habían sido tan amables con ellos.

Cuando volvieron al apartamento aquella noche, Jane corrió a su habitación. Oyó los pasos de Xavier al otro lado de la puerta, y el latido de su corazón se aceleró.

—Buenas noches... —dijo él por detrás de la puerta. Pero Jane sabía que había querido decir «cobarde». Cuando se acostó, Jane se cubrió hasta la cabeza.

Pero no pudo dejar de tener fantasías con él.

¿Cómo era que estaba tan excitada estando embarazada?, se reprochó.

Al día siguiente Xavier le dijo que irían de compras. Ella puso mala cara. Cuando él le preguntó si se encontraba mal Jane contestó:

—No, es que no me gusta ir de compras Son sitios con mucha gente, hay que probarse cosas. Me aburre. Pero como has dicho que tengo que mantener las apariencias...

Él agitó la cabeza, pensando lo distinta que era Jane a otras mujeres.

Una hora más tarde, cuando estaban a punto de entrar en una tienda de diseños exclusivos, Jane se quejó diciendo que la ropa de aquel sitio valdría una fortuna. — ¡Pero mujer! Normalmente yo soy sólo una tarjeta de crédito en estas excursiones, pero contigo... No te preocupes por cuestiones morales. Ya te he dicho que mi esposa tiene que llevar una ropa acorde con mi posición. Estoy de acuerdo contigo, pero si no te vistes bien, dirán que no puedo permitírmelo.

Y ella pensó en las muchas mujeres a las que habría vestido para que lo acompañasen.

Xavier pidió que le llevasen la ropa a su avión directamente, puesto que volverían a la isla ese mismo día.

Cuando estaban en el avión, Xavier notó que a ella le pasaba algo.

— ¿Qué te ocurre? —le preguntó.

—Nada... Nada —miró por la ventanilla.

En realidad a cierto nivel había disfrutado de la tarde. ¿Quién no lo hubiera hecho? Ayudantes y empleados reverenciando a Xavier, o mejor dicho a su tarjeta de crédito, y él representando el papel de marido solícito con su flamante esposa ... Y hasta habían tenido algunos momentos íntimos, en los que había parecido que compartían el mismo código, y ella había olvidado por un momento el motivo de aquel matrimonio. Pero eso era peligroso. Lo que habían compartido durante el verano no era lo que él era realmente, tenía que recordarlo.

Un rato después del despegue, Xavier se giró hacia ella y le dijo:

—Jane, tengo algo para ti.

— ¿Más? ¿Qué has podido...?

Ella se calló cuando lo vio sacar del bolsillo una caja pequeña. Lo miró y sus manos temblaron cuando la agarraron. Cuando abrió el regalo se quedó con la boca abierta. Era un anillo con zafiros y diamantes engarzados en oro blanco. Era hermoso. ¿Cómo había podido elegir tan bien?

— ¿Cómo sabías...?

—Recordé algo que me dijiste una vez acerca de que los zafiros eran tu piedra favorita...

Ella se sintió conmovida por el hecho de que él se hubiera acordado.

—Podemos cambiarlo si no te gusta...

—Yo... ¡Es hermoso! —se lo puso en el dedo. Le quedaba perfecto.

Luego él volvió a entretenerse con sus papeles, y ella a mirar por la ventanilla, con ganas de llorar por aquel silencio entre ellos.

Aterrizaron en el hangar de Lézille al final de la tarde.

El todo terreno de Xavier estaba aparcado cerca de allí, y se dirigieron al castillo, cuya silueta se veía en el horizonte.

Aquella vez no estaba vacío. Había un montón de gente esperándolos: un jardinero, una cocinera, una criada... Jane no pudo retener los nombres, aunque se quedó con los de Jean Paúl e Yvette, quienes, según le dijo Xavier, se habían ocupado del castillo desde que él era un niño. Tenían los mismos rasgos hispánicos que el resto de isleños.

Luego Xavier la alzó en brazos y la llevó adentro, en un gesto típico de recién casados. Ella volvió a sentir ganas de llorar. No sabía por qué lo había hecho él, si para hacer una representación delante del servicio doméstico o como un acto cínico. Su cara no lo revelaba.

Yvette llevó a Jane arriba, a la habitación principal. Todo le resultaba familiar, como ella lo recordaba. Jamás hubiera imaginado que volvería a la isla y al castillo, embarazada y casada... Su vida había cambiado completamente.

Caminó hasta la ventana. El paisaje era el mismo, aunque menos exuberante que en el verano. Xavier apareció en la puerta, con una de sus maletas. De pronto ella se dio cuenta de algo:

—Xavier, ésta es tu habitación...

—Sí. Y ahora también es la tuya —Xavier se acercó.

—No vamos a dormir juntos —dijo.

—Sí, lo haremos —respondió él.

—No.

Xavier se pasó una mano nerviosamente por el pelo.

—Jane, vamos a compartir esta habitación, así te tenga que encerrar con llave todas las noches. Si los empleados nos ven durmiendo en habitaciones separadas, se correrá la voz de que nuestro matrimonio va mal. Y no quiero que ocurra. Para eso no nos hubiéramos casado.

— ¡No seas ridículo! Durmiendo en la otra habitación me aseguro de que...

—Ahora eres tú la ridícula... Dime, Jane, ¿por qué te resistes tanto? ¿No te acuerdas de lo que hemos compartido?

Ella sintió pánico. Resistirse era la única forma que tenía de protegerse.

Jane se tocó el vientre en un gesto protector.

—Éste bebé es lo único que me importa. Estoy embarazada, Xavier. No siento esos... deseos...

No le gustaba usar al bebé de aquel modo, pero tenía que defenderse. Sabía que él no pasaría la línea, a no ser que ella se lo propusiera.

Él no la creyó. La miró con salvaje deseo. Ella era como una fruta madura, que sólo esperaba su tacto para caer, pensó.

Hubiera deseado acercarse y sacudirla, y llamarla «mentirosa» . Notó que ella miraba la cama, y que se ponía roja.

Xavier se acercó más. Jane dio un paso atrás. Él hizo un gesto hacia la cama.

—Es una cama de matrimonio. Hay suficiente sitio como para que no tengamos que tocarnos.

—No confío en ti.

—Oh, Jane, sé sincera. ¡No confías en ti!

Ella se puso furiosa.

—Bien, si tú no me tocas, yo tampoco lo haré.

—De acuerdo —sonrió él— Voy a hacer unas llamadas telefónicas. Yvette traerá el resto de tus cosas en un momento.

Cuando Xavier se marchó, ella estaba furiosa por haber aceptado compartir la habitación con él. Xavier tenía razón: no confiaba en sí misma. Pero no podía echarse atrás.

Xavier estaba jugando con ella. Lo sabía. Pero lo resistiría.

Capítulo 11

—SUPONGO que no te importará que te deje sola para hacer unas llamadas, ya que no has hablado en toda la cena ...

—En absoluto ... —respondió Jane.

A ella le costaba un gran esfuerzo no mirar su cuerpo, sus manos ... Era una tortura estar cerca de él y no tenerlo ...

En cierto modo, era mejor tener personal doméstico en casa para mantener la distancia. Si en el castillo hubieran estado solos, habría sido más difícil poner aquellos límites. El personal los obligaba a una cierta formalidad. No existía la intimidad que habían tenido en el verano ...

Subió y se puso el camisón menos sexy que tenía: un pijama de seda, que se abotonó hasta el cuello. Se metió en la cama y respiró. Estaba tensa.

Cuando entró Xavier, cerró los ojos. Pero era una tortura oír sus movimientos e imaginar lo que estaba haciendo. Cuando oyó el ruido de los pantalones contra el suelo, sintió un calor intenso en sus partes bajas. Tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir un gemido.

Oyó sus pasos hacia el cuarto de baño y el agua corriendo. Luego, los pasos de Xavier nuevamente hasta la cama. Y su cuerpo hundiendo el colchón. Ella estaba hecha un ovillo, lo más lejos de él que podía. Y sólo se durmió cuando él dejó de moverse y sintió que su respiración se hacía profunda, indicándole que estaba dormido.

Cuando se despertó, vio que Xavier no estaba. Se duchó y se vistió.

Cuando salió de la habitación se encontró con Yvette.

—Oh, madame, debería haberse quedado en la cama ... Debe de estar cansada ... Iba a llevarle el desayuno.

Jane sonrió.

—No hace falta. Estoy segura de que tienes mucho que hacer, Yvette. Me prepararé algo yo misma.

Jane vio a Xavier por detrás de Yvette, observándola. ¿Habría dormido bien?

Cuando se encontraron, se dijeron buenos días y se preguntaron cómo habían dormido.

—Oh, como un tronco. Ni siquiera te he oído entrar. ¿Era tarde? —preguntó ella.

Él le agarró el brazo y la llevó al pasillo. Se inclinó y le dijo al oído:

—Mentirosa.

Antes de que ella pudiera reaccionar y detener las mariposas que volaban en su estómago, él se irguió y dijo con voz normal:

—Tenemos visitas, cariño —miró a Yvette y le dijo— Han venido los Vercor. Trae té y una selección de cosas para comer, por favor ... —bajó la voz nuevamente y llevó a Jane hasta la puerta del salón—o Me acuerdo que tienes buen apetito ...

La hizo entrar en el salón y preguntó:

—Cariño, ¿recuerdas a Sophie Vercor? y éste es su marido, Paúl.

Jane miró a la pareja. Inmediatamente recordó a la mujer con la que se habían encontrado en la calle de vuelta de la playa.

—¡Jane! Me alegro de volver a verte. He tenido el pálpito de que íbamos a volver a vemos —dijo Sophie con picardía.

—Éste es mi querido esposo, Paúl.

Su marido era algo mayor que ella. Estaba medio calvo y tenía un poco de tripa, pero era un hombre encantador.

—¡Es una pena que te hayas casado en Londres, Xavier! ¡Y el bebé! ¡Qué noticia!

Xavier miró a Jane con un brillo burlón en los ojos y respondió:

—¿ Qué puedo decir? Me ha costado cuatro meses volver a tenerla conmigo ...

Sophie palmeó con las manos.

—Jane, tú eres ideal para él, lo sabía. Ninguna otra mujer habría podido resistirse a él de ese modo ...

Jane sonrió débilmente.

Se sentaron a conversar. Sophie estaba encantada de tener a otra mujer de su nivel en la isla y poder compartir cosas con ella.

Jane sonrió e hizo todo lo posible por permanecer ajena a la pierna de Xavier rozando la suya, mientras estaban sentados en el sofá.

Después de un rato de agradable charla, sus vecinos y amigos se despidieron de ellos.

Sophie rodeó los hombros de Jane y dijo:

—No te olvides de que el mes próximo será el Baile de Invierno. Así que habrá que ir de compras ... Tienes suerte, Jane. Será en el hotel de Xavier, así que para ti será como estar en casa —dijo

Sophie.

Cuando se marcharon Sophie y su marido, Jane protestó:

—¿Cómo puedes engañar a tus amigos de ese modo, haciéndoles creer que estás felizmente casado?

—¿ y qué te hace pensar que no lo estoy? Jane frunció el ceño.

—Pero ... No lo estamos. ¿Cómo puedes decir eso?

—Jane, yo estoy felizmente casado, créeme. Tengo lo más importante que puede ofrecer el matrimonio. Un heredero.

—¿Cómo puedes ser tan frío? Xavier sonrió.

—¿Tú me llamas frío? Tú estás en esto por tus propias razones también, ¿o te has olvidado de ellas?

—No. No me he olvidado. Estoy en esto por el bebé. Y para no arruinar la felicidad de mi madre. Ésas son las únicas razones por las que he dicho «sí». «Mentirosa», pensó él.

Xavier se acercó y le acarició el cuello, y el pulso de Jane se aceleró.

—Jamás te librarás de mí, Jane. Tarde o temprano te acercarás a mí. Esperaré. Y mientras tanto compartiremos la cama. Ambos sabemos que te has acurrucado en la cama para no extender la mano y experimentar la pasión que sabes que aún está ahí...

Ella lo miró. Era como si él le hubiera leído el pensamiento. Pero aquella arrogancia le daba rabia.

Le quitó la mano del cuello y contestó:

—Me alegro de que hayamos aclarado las cosas, y saber exactamente los motivos que nos han llevado a casarnos. En cuanto a que hagamos el amor... Puedes esperar eternamente a que lo hagamos, Xavier. Y ahora voy a dar un paseo ...

Salió de la casa bruscamente.

Xavier la observó marchar, lleno de rabia. Entró en su estudio y se sirvió un whisky. Ninguna mujer le había hecho tanto efecto como Jane, ni lo había enfadado tanto. ¿Cómo podía ser tan fría y decir aquello? Reflexionó y se dio cuenta de que no era más que lo que él le había dicho a ella.

Entonces, ¿por qué le molestaba tanto que Jane sintiera lo mismo que él?

¿Por qué le decepcionaba que ella no fuera lo que él había imaginado durante aquellos meses?

Él se había atrevido a imaginar algo etéreo, algo especial...

Quizá lo que notaba que había entre Sophie y Paúl… Había tenido la esperanza de que podía ser diferente …

Se había equivocado. Bebió otro sorbo de whisky y sintió una punzada de culpa. ¿Por qué sentía que la había presionado para que se casara con él? Pero sabía que si Jane no hubiera querido, él no la habría convencido. Pero ella no se había casado porque quería hacerlo, sino porque lo necesitaba … Luego se rió de sí mismo. Se trataba simplemente de atracción física. Nada más. A él nunca lo había rechazado una mujer hasta entonces. Y ella odiaba sentirse atraída por él.

La noche anterior había tenido que reprimirse para no tirar de ella y estrecharla en sus brazos. Su exquisita fragancia lo embriagaba … Pero no lo haría. No podía hacerlo. Era ella quien tenía que acercarse a él. En aquel momento ella sintió algo en su vientre. Xavier corrió a su lado y dijo: —¿Qué ocurre?

—Creo que es la primera patada … —respondió, y lo miró. Él se agachó a su lado y ella no pudo resistir el impulso de agarrar su mano y ponerla en su vientre. Lentamente él la fue deslizando por su cuerpo. Ella se quedó inmóvil.

El hecho de que él le leyera los pensamientos le inquietaba. Jane se echó atrás casi imperceptiblemente. Xavier lo notó y detuvo su mano.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. No es nada. No sé seguro si habrá sido el bebé. Ella lamentó no poder compartir aquel momento con él. Aquel maravilloso momento podría haber sido muy peligroso. Porque era algo mágico y ella se hubiera sentido muy vulnerable, y podría haber bajado las defensas.

Unos días más tarde, Jane bajó a desayunar cuando Xavier estaba terminando el desayuno. Ella lo miró.

Había tenido unos sueños terribles con Xavier, en los que él la abrazaba, la acariciaba, la amaba … En aquel momento había sentido la erección de Xavier en la espalda, y se había excitado tanto que pensó que se iba a morir de deseo.

Cuando se había despertado había visto que Xavier no estaba en la cama. Y había sentido una gran soledad en su pecho.

—Buenos días. ¿Has dormido bien? —preguntó Jane—. ¿Vas a ir

al continente hoy? —Hace buen día. Es posible que luego vaya a dar una vuelta ...

Jane parecía querer disimular su malestar interno con comentarios frívolos.

Él frunció el ceño.

—Esta noche vendrá gente a casa ... Compañeros de trabajo y amigos. Celebraremos una fiesta con una cena. Serán unas diez personas ... Vendrán Sophie, Paúl y Sasha ...

Al oír el nombre de Sasha Jane casi se cayó. —Oh, estupendo ... —comentó.

—Serás la anfitriona, por supuesto ... Yo tengo que ir al hotel por negocios. Volveré sobre las siete, y los invitados llegarán a las ocho.

Xavier terminó su café.

Después de ayudar a Jean Paúl y a Yvette a preparar la cena, Jane decidió dar un paseo hasta el monumento.

Cuando llegó allí, puso unas flores en los floreros y encendió una vela a resguardo del viento.

Miró el mar. Y pensó si realmente iba a tener la fortaleza suficiente para vivir aquello.

Pero en aquel momento sintió nuevamente un movimiento casi imperceptible en su vientre.

Recordó el día que había estado con Xavier en el monumento, tan llena de optimismo y alegría ... Y ese día por la noche habían concebido el bebé ...

Se acarició el vientre por encima del yérsey. Su bebé era el motivo por el que estaba allí. El hecho de amar a Xavier era secundario. Y debía resistirse a su seducción.

Estaba vestida y lista cuando llegó Xavier aquella tarde.

Él la miró de arriba abajo. —Estás muy guapa ...

—Gracias —le respondió ella.

Él extendió la mano y le dio una caja pequeña. Ella se sorprendió.

—Pero esto, ¿por qué? No puedo aceptado.

Eran pendientes de zafiro, a juego con el anillo. —Son demasiado caros.

—Acéptalos, Jane. Te los he comprado para que te hagan juego con el anillo ...

Entonces ella recordó que él tenía que tener una esposa de cierto nivel, acorde con su posición social.

Se puso los pendientes, triste, y se excusó:

—Gracias por el regalo... Perdona, tengo que ayudar a Yvette a arreglar el comedor... —se marchó.

Xavier se fue a duchar y cambiar.

No se vistió formalmente. Se puso un traje gris oscuro y una camisa blanca con el primer botón abierto.

Jane estaba arreglando un florero cuando bajó Xavier. Pero no pudo dejar de mirado cuando lo vio.

Cuando se dio cuenta de que él la había sorprendido mirando, se puso colorada.

—¿ Todavía te sonrojas, Jane? ¡Qué encantadora! Antes de que ella pudiera contestar, sonó el timbre, y Xavier la agarró del brazo y le dijo:

—Es hora de representar el papel de amante esposa. Xavier le fue presentando a los invitados y ella sonrió. Sasha fue la última invitada.

—Sasha, ¿recuerdas a mi esposa, Jane?

A Jane le pareció que él ponía un tono posesivo al decido. Pero no estaba segura.

—Sasha, cuánto me alegro de volver a verte... —dijo Jane—. Por favor, pasa... ¿Qué te apetece tomar?

Sasha evitó mirar a Jane, y agarró el brazo de Xavier mientras entraban en el salón, donde habían servido el aperitivo.

Al final de la cena, Jane estaba cansada de sonreír y de representar su papel social.

Afortunadamente, Sasha estaba en el extremo opuesto de la mesa, al lado de Sophie, quien había mirado a Jane como pidiendo socorro. Al menos, no era ella sola a quien le desagradaba Sasha.

Más tarde Jane se sentó en el reposabrazos de un sofá mientras conversaba con la esposa de un colega de Xavier.

En un momento dado miró a Xavier y lo sorprendió observándola. Ella se excitó.

Pero en ese momento Sophie los sorprendió y exclamó:

—¡Recién casados! ¡No hemos venido aquí para veros devoraros el uno al otro!

Todos se rieron, y Jane se puso colorada.

Xavier aprovechó la oportunidad de acercarse a Jane. Tiró de ella y la puso de pie. Luego la abrazó y la besó suavemente. El beso fue tan dulce que la tomó por sorpresa.

Cuando él se separó de ella, Jane pareció quedarse con ganas de más. Y de pronto se dio cuenta de que todavía estaban en el salón, y de que no había sido un sueño.

Lo miró a los ojos y vio el deseo en ellos. Pero luego miró alrededor, y vio que todos los estaban mirando. Una representación, eso era lo que había sido, pensó.

—Espero que esto te haya convencido —le dijo él al oído.

Cuando intentó soltarse de su abrazo, él la apretó más.

—Si hubiera sabido que iba a gustarte tanto representar este papel, me habría aprovechado antes —le dijo. Después le dio un beso en la muñeca y volvió a marcharse al otro lado de la habitación.

Xavier estaba distraído mientras le hablaba Jean Paúl. El beso lo había turbado. No podía pensar en otra cosa sino en lo que sentía cuando la tocaba.

Había sentido lo dispuesta y deseosa que estaba.

Jane estaba más redondeada, tenía más curvas. El tacto de su vientre contra su sexo había sido revelador. Él había tenido una sensación de posesión. Ella era su mujer. Y llevaba un hijo suyo en su vientre ...

La idea de que otros hombres la mirasen le molestaba.

Sólo la presencia de sus invitados había evitado que la llevase arriba y le hiciera el amor como un cavernícola.

Era increíble cuánto la deseaba. Y aquel deseo le hacía sentir débil. Como si ella le quitase la fuerza, el poder...

A través de la tela del vestido, le había parecido que sus pechos estaban más grandes. Se preguntó si tendrían un aspecto diferente ahora que estaba embarazada. Se excitó más. Luego recordó cuando en el desayuno ella lo había mirado inocentemente y le había puesto la mano para que sintiera al bebé, llena de alegría.

Él no había podido resistir el deseo de tocarla. Pero entonces ella se había apartado y lo había vuelto a mirar con frialdad. Era la idea del bebé lo que la llenaba de alegría. No él. Sintió un dolor en su corazón, un lugar al que nunca le había prestado atención hasta entonces.

Finalmente se marcharon los últimos invitados y Jane cerró la puerta.

Ella se alegró. Estaba cansada.

—¿Te apetece beber algo? Algo sin alcohol, por supuesto ... —le ofreció Xavier.

Jane sintió el impulso de ir hacia él y decirle que la llevase a la cama y le hiciera el amor.

Pero se refrenó.

—No, gracias. Estoy cansada.

—Claro. Tienes que dormir. No es bueno para el bebé que te canses tanto.

Jane fue hacia la escalera y lo miró. Lo vio servirse algo en una copa con movimientos bruscos.

—Buenas noches —le dijo y se marchó.

Capítulo 12

UN MES más tarde Jane se estaba preparando para ir al Baile de Invierno, que era esa noche. Sus manos temblaron al ponerse los pendientes.

Estaba nerviosa. Las últimas semanas habían sido una tortura. Una autotortura, mejor dicho. Porque no ceder al deseo que sentía por Xavier lo era.

Noches en blanco, en las que ni siquiera descansaba por la tensión de sus músculos.

Xavier no la había vuelto a tocar desde el día de la cena en su casa. Ella lo evitaba siempre que podía. Se acostaba tarde o se levantaba temprano.

Él había pasado algunas noches en el continente, y ésas habían sido las únicas que ella había dormido. En el nivel racional, se alegraba, pero en otro, echaba de menos su presencia.

Pero él había decidido que sería ella quien cediera a su deseo, que le rogase que hicieran el amor. Y en momentos de debilidad, se había sentido tentada de hacerla. ¿ Y qué, si no podía ocultar sus sentimientos? Jane suspiró en la habitación vacía. Se pasó la mano por encima del vestido. Su vientre crecía día a día.

Un ruido la sobresaltó. Xavier apareció en la puerta, absolutamente devastador con su esmoquin. Ella recordó el primer día que lo había visto vestido así, junto a la piscina del hotel. El recuerdo era tan intenso y tan doloroso, que ella se sintió mareada, y se agarró a la mesa.

Xavier lo notó. Corrió a su lado y le agarró el brazo. —¿Qué ocurre?

—Nada ... —ella agitó la cabeza—o Sólo un mareo pasajero. Estoy bien.

Él la soltó.

—¡Por el amor de Dios, Jane! ¿Esperas que te vea mareada y no corra a ayudarte? Llevo semanas sin tocarte. Tu sobresalto y miradas de desconfianza no me excitan nada, por si quieres saberlo...

Estaba furioso, pensó ella.

—Lo siento ... Por supuesto que no espero que estés encima de mí todo el tiempo ...

En realidad lo que sentía eran ganas de que estuviera

literalmente encima de ella. Estaba hecho un lío. Un lío de emociones y deseos ... Él era el que estaba frío.

—El helicóptero está listo. El jeep nos está esperando. Te espero abajo.

Xavier se marchó de la habitación y ella se miró al espejo. Estaba ardiendo, con los pechos erectos y pesados. Era de ella misma de quien tenía que protegerse. Para cuando llegaron al hotel, Jane ya estaba tranquila nuevamente. Era la primera vez que iban al hotel desde que habían vuelto a Francia, y sintió que la asaltaba un torrente de recuerdos. Había tenido muchas oportunidades de ir al continente. Sophie la llamaba a menudo para proponerle ir, pero Jane había preferido refugiarse en la isla.

—¿Estás lista para la representación más importante de tu vida? —le preguntó Xavier antes de entrar al salón de baile.

—Sí, si tú lo estás.

—Oh, yo llevo listo mucho tiempo ...

Ella ignoró lo que implicaba el tono de su voz. Le agarró la mano y entró.

Jane sonrió y asintió mientras se abría paso entre la gente. Con ayuda de Yvette, Jane había aprendido un poco más de francés, y ahora era capaz de conversar un poco al lado de Xavier.

Dos horas más tarde, después de discursos y subastas a favor de organizaciones de caridad, a Jane la entretuvo un aburrido colega de Xavier, y se dio cuenta de que Xavier no estaba ya a su lado. Miró a lo lejos y vio su cabeza sobresaliendo entre la gente. Estaba inclinado hablando con alguien. Cuando pudo ver con quién, se dio cuenta de que era Sasha, que estaba con un deslumbrante vestido con un gran escote en la espalda. Estaba agarrando el brazo de Xavier, y riendo.

—Es una buena pieza, ¿no? —dijo una voz por detrás. Jane se sobresaltó.

Era Sophie, que estaba a su lado. —¿ Qué quieres decir?

Sophie asintió con la cabeza en dirección a Xavier y Sasha.

—Oh, eso ... —Jane fingió desinterés.

—Sasha ... Pero no te preocupes, no significa nada.

Las realmente peligrosas son las otras mujeres que te fulminan con la mirada.

—¿Qué? —Jane siguió la mirada de Sophie y vio todas las

mujeres hermosas que había en el salón, y notó que algunas la miraban hostilmente.

—¿Quiénes ... quiénes son?

—Son las que creían que tenían alguna oportunidad. Mujeres que quisieran estar donde estás tú. Quisieran estar casadas con Xavier y esperando un hijo suyo.

Sophie notó que su marido la llamaba desde lejos y dijo:

—Me llama mi hombre ... Sé lo que piensas, pero tu hombre te ha elegido a ti.

Jane sonrió. Pero volvió a mirar a aquellas mujeres que querían a Xavier. Sintió celos y una punzada de posesión tan grande que les hubiera quitado la cabeza a todas ellas.

De pronto vio a Xavier rodeado de Sasha y otras mujeres. Sintió rabia. Y sin pensarlo, en un acto puramente instintivo, empezó a caminar hacia él, sin saber lo que iba a hacer cuando estuviera allí.

Empezó a caminar entre la gente. De pronto apareció un hombre alto delante de ella, y no se movió. Jane levantó la mirada. Su cerebro dejó de trabajar durante un segundo, y luego se aclaró.

—¡No puedo creerlo! ¿Pete?

—¡Jane!

Ella le dio un beso en la mejilla.

—¡Estás aquí todavía! ¡Qué alegría verte!

De pronto le vino todo a la memoria: la cita a ciegas con Pete, la noche que había conocido a Xavier realmente por primera vez. Recordó la fácil y relajada presencia de Pete. Y fue como un bálsamo para su alma.

Jane le sonrió.

—Iba a volver en septiembre, pero conocí a alguien ... y me quedé —agregó Pete. Se puso colorado—. Nos casaremos en primavera.

—¡Oh, Pete! ¡Me alegro tanto por ti ... ! Es una noticia maravillosa —impulsivamente, le dio otro beso, envidiando un poco su felicidad.

Cuando dejó de besado le vio un gesto extraño. —¿Qué ocurre? —preguntó Jane, frunciendo el ceño. Pero lo sabía. Porque sintió una presencia que la estremeció. Y un brazo que le rodeó la cintura firmemente.

Xavier le dio mano a Pete.

—Soy el marido de Jane, ¿y tú? —gruñó Xavier, que había aparecido a su lado como por arte de magia. —Soy Pete Sullivan —respondió Pete, sorprendido. Jane no podía creer que Xavier fuera tan maleducado. Pete murmuró algo y se marchó. Jane casi no pudo despedido adecuadamente. Se soltó de Xavier y se giró. Pero él tiró de ella y la llevó a un hueco donde no los veía la gente.

—¿Quién diablos es ése? —le preguntó Xavier.

—Bueno, si te hubieras comportado como un ser humano, te lo habría presentado. —Estabas como tonta con él...

—No.

—¿Y?

—No te mereces una explicación. Y no te la voy a dar ...

—Oh, sí... Lo vas a hacer ...

Xavier la miró de una forma extraña, se inclinó hacia Jane, y ella instintivamente se echó atrás, y levantó las manos.

—Xavier... no.

—Sí, Jane. Si puedes besar a extraños delante de todo el mundo, puedes besar a tu maldito marido.

—¡No es un extraño! —exclamó Jane.

Fue lo peor que pudo decir. Él le clavó sus ojos verdes y la besó.

Xavier la apretó contra su cuerpo y la besó apasionadamente. Ella intentó no responder, pero sus manos no lo apartaron.

El fuego que había habido entre ellos durante semanas enteras, se transformó en un infierno, y ella se entregó, con un profundo suspiro. Era demasiado fuerte como para resistirse a él. Y estaba muy cansada de luchar.

Cuando Xavier se dio cuenta de que ella ya no se resistía, se relajó, y agarró su trasero por encima del vestido de seda. Con la otra mano le agarró la cabeza, y penetró su boca con su lengua.

Ella puso sus manos en su pecho viril y lo abrazó fuertemente. Dibujó sus labios con su lengua, y entrelazó sus dedos al cabello de él. Xavier le acarició las curvas, el vientre, hasta llegar a sus pechos.

Jane nunca se había sentido tan mujer y tan deseable. Apartó la boca con un gemido cuando él le acarició un pecho con el pulgar y lo pellizcó a través de la tela del vestido. Casi se muere de placer.

Su cabeza se inclinó y él la volvió a besar, hasta que Jane pareció hacerse más débil y se aferró a él con un poderoso deseo en

su estremecido cuerpo.

Finalmente Xavier apartó su boca. Los dos estaban respirando agitadamente. Jane se echó atrás, y él la soltó.

Jane no podía creer que él la hubiera besado de aquel modo, o que ella hubiera correspondido de aquella forma a su pasión. Todas sus defensas se habían derrumbado con un solo beso. Y fue evidente que ella tenía tantos deseos como él, aunque lo hubiera negado.

Jane agitó la cabeza, recordando a todas esas bellezas que lo habían rodeado. Pero él estaba señalando su propiedad, demostrando que ella era suya, por si acaso.

Xavier la miró.

—No me mires así, Jane ... Tú lo deseabas tanto como yo ...

Ella se dio la vuelta y corrió al salón, rogando que no la siguiese. Se chocó con gente a su paso y pidió disculpas y finalmente salió al vestíbulo, con piernas temblorosas, y la respiración agitada. Xavier estaba detrás. Ella se dio la vuelta.

—Xavier, por favor, déjame en paz.

—Jane, tú también te has excitado ...

Ella lo miró con ojos de fuego.

—No tanto como Sasha ... o como las otras mujeres que te rodeaban ...

Alguien salió al vestíbulo, y Xavier le agarró el codo y la llevó a un rincón tranquilo.

—¿De qué estás hablando?

—Quiero saber exactamente lo que hay entre Sasha y tú.

—¿ Qué quieres decir? —él frunció el ceño.

—Te vi con ella ... Y no parecía nada inocente. Cada vez que te ve, se cuelga de ti y me bufa como un gato.

—Conozco a Sasha desde que ella era un bebé. Estuvo colgada de mí durante años ... Un cuelgue estúpido —le dijo Xavier sujetándole los hombros. La miró y agregó—: ¿Estás celosa, Jane? No dejas que te toque, ¿pero no soportas la idea de que haya otras mujeres?

—No ... No seas arrogante ... —mintió. Pero la verdad era que él tenía razón.

—¿Quién era él? —preguntó Xavier.

—¿Pete? —preguntó ella alzando la mirada.

—Sí, ¿quién es él?

—Lo conocí la noche que vine a cenar aquí después de una excursión de un día. Fue una cita a ciegas. Él está viviendo aquí, trabajando en la ciudad. Me acaba de decir que se va a casar pronto —hizo una pausa y agregó—: ¡Qué coincidencia! ¡Los dos hemos encontrado el amor aquí! —dijo ella sarcásticamente. Jane se dio cuenta de que aquello había molestado a Xavier. Él se irguió y la soltó. Ella se tambaleó, algo mareada ... Había sido como consecuencia de todo aquello: la gente, Sasha, el beso de Xavier, el deseo ...

De pronto vio todo borroso, y oyó las voces como desde lejos. Y luego ya no recordó nada más.

Xavier la sujetó y la llevó en brazos.

Cuando ella volvió en sí se dio cuenta de que estaba en la cama de la suite del ático. Xavier estaba a sus pies, quitándole los zapatos.

—¿Qué estás haciendo?

—Relájate, Jane. Estás muy cansada. Tienes que descansar. Acuéstate un rato y dentro de un momento volveré a ver cómo estás.

La tumbó en una cama y la tapó con una manta en la oscura habitación. Pero dejó una mano encima de ella. El tiempo pareció detenerse. Él le clavó sus ojos verdes, y fue como si le dijera algo, como si conectase con una parte profunda de su ser, a la que hubiera inyectado energía.

Xavier se acercó a la puerta para marcharse. La abrió y después de una pausa la volvió a cerrar y corrió al lado de ella, quitándose la chaqueta mientras lo hacía.

—Xavier, ¿qué estás haciendo?

Xavier se acercó y se inclinó encima de Jane. Ella intentó empujarlo pero no pudo.

—Quiero dormir con mi esposa He esperado mucho tiempo, y después de ese beso ¡Dios, Jane!, ¿por qué nos niegas esto?

Xavier estaba casi encima de ella, cada vez más cerca.

Jane cerró los ojos cuando sintió su boca en su oreja, y se estremeció.

—Si me rechazas y me empujas lo suficiente, te dejaré en paz y bajaré al salón. Pero quiero que sepas que te necesito, Jane. Te deseo desesperadamente ...

Ella también lo deseaba desesperadamente. Pero no podía hacer eso ... Tenía que resistirse. Quiso resistirse empujando. Nada. Él no se movió un centímetro. Luego empujó más fuertemente.

Xavier resopló y empezó a apartarse. De pronto ella tuvo una visión de Xavier abajo, en medio de aquellas mujeres depredadoras, y no quiso que estuviera con ellas. Entonces dejó de empujar. Lo miró a los ojos y supo que no podía dejarlo marchar. Lo deseaba tanto que desaparecía todo pensamiento de su mente. Sus manos rodearon su cuello y tiró de su cabeza hacia ella.

Ambos suspiraron aliviados. Él la abrazó más fuertemente, y la penetró con su boca con un ardiente empuje que emulaba otro tipo de penetración. Jane gimió, y exploró con su lengua la boca de él, jugando, bailando con ella.

No podía pensar en otra cosa que no fuera el aquí y ahora. Acarició su pecho viril y todo su cuerpo.

Él se separó levemente, con la respiración agitada, y la levanto levemente hasta dejarla en una posición sentada. Le acarició los hombros, miró sus pechos y dijo:

—Quítate el vestido. Quiero verte ...

Ella se quitó el vestido con cierto pudor. No había estado desnuda delante de él desde el verano.

Tenía los pechos más grandes debajo del encaje de su sujetador. Las venas eran visibles bajo su piel traslúcida. La mano de Xavier se deslizó hasta su vientre. Él se agachó y le dio un beso en el vientre. Luego lo acarició con mano temblorosa. Y ella se sintió conmovida por aquel gesto.

Xavier le desabrochó el sujetador, y sus pechos quedaron libres. Él se agachó y los besó y succionó. Jane sintió calor entre las piernas.

—Tú ... Yo también quiero verte —murmuró. Después se puso de rodillas en la cama y le quitó la pajarita. Y le abrió la camisa con manos temblorosas. Deslizó las manos por sus hombros, desnudándolo delante de sus ojos hambrientos. ¿Cómo había podido sobrevivir sin aquello?

Él se echó atrás por un momento, la observó inclinarse hacia delante, y darle un beso. Ella le acarició el pecho y se encontró con un pezón chato, y lo mordió suavemente. La mano de Xavier agarró su cabello, sujetando su cabeza, y ella lo oyó respirar

profundamente.

Con las manos en sus hombros, él la apartó, y se quitó el resto de la ropa mientras ella lo observaba. Su cuerpo era más hermoso de lo que recordaba.

Jane miró hacia abajo y su pulso se aceleró cuando vio su erección. Era más grande y más dura de lo que recordaba, y Jane sintió una explosión de deseo en respuesta.

Xavier la miró y dijo: —Hace mucho tiempo ...

Entonces la volvió a tumbar, y se puso encima de ella. Jane extendió los brazos y acarició la seda de su piel, aspiró su fragancia. La fuerza de su cuerpo le hizo desear retenerlo dentro.

Xavier le besó el cuello. Se apoyó en los codos como para no apoyar todo su peso encima de ella. Jane sintió todo el largo de su cuerpo contra el suyo, su sexo contra su vientre. Gimió cuando sintió el vello de su torso rozar sus pechos.

Xavier se echó atrás levemente, puso las manos en sus hombros y la levantó levemente para besar cada uno de sus pechos. Ella volvió a gemir y se arqueó contra él.

Luego la boca de Xavier se deslizó hacia abajo, donde ella sentía sus dedos hurgando en sus braguitas, y se las bajó junto con las medias.

Cuando estuvo desnuda, él la apretó contra su cuerpo, y entrelazó sus piernas a las de ella, disfrutando del contacto de todo su cuerpo. Jane se estremeció. Era demasiado ... Lo deseaba tanto ...

—Creo que no aguanto más ... —dijo.

—Yo tampoco —respondió él.

La acarició entre las piernas, y sus dedos encontraron el húmedo centro del deseo de ella. Lo acarició también.

—Estás muy a punto ...

Ella se moría de ganas de sentido dentro e instintivamente levantó una pierna por encima de la cadera de Xavier, poniéndola en contacto directo con su erección. Ésta se puso alerta contra su cuerpo. Xavier se movió hacia abajo lentamente, con su pierna alzada, y con un suave empuje entró en ella. Jane gritó al tener aquella sensación. Estaba prieta alrededor de él.

—¿ Te he hecho daño? —preguntó Xavier. Iba a apartarse pero Jane lo sujetó.

—No ... No pares ...

Él empezó a empujar, con un brazo alrededor de su espalda para sujetarla firmemente, y el otro encima de la pierna de ella, sujetándola encima de su cadera.

La sensación de placer fue aumentando, tensándose, subiendo, haciéndose más profunda, llenándola exquisitamente. Ella buscó ciegamente su boca y lo besó, incapaz de reprimir sus impulsos. Se arqueó contra él, y todo su cuerpo se tensó cuando su último empuje la llevó a una explosión de estrellas que la dejaron temblando contra el cuerpo de Xavier, en el momento en que él se unió a ella con su propio orgasmo. Jane lo sintió derramarse dentro de ella, profundamente en su cuerpo.

Fue una experiencia insoportablemente placentera.

Un momento más tarde, disfrutó también de una sensación exquisitamente íntima, al estar tumbada allí, aún unida a él, cara con cara, y las piernas entrelazadas.

Cuando por fin recuperaron la respiración normal, Xavier se separó del abrazo de Jane. Ella exclamó al sentir su vacío.

Él la movió de forma que su espalda estuviera contra su pecho masculino, extendió la sábana para taparlos, y le dio un beso en la nuca. La rodeó posesivamente, posando su mano en su vientre.

Ella sintió una patada bajo la mano de Xavier y se quedó inmóvil.

—¿Lo has sentido?

Volvió a suceder pero más fuerte, y ella se giró con una sonrisa de felicidad y lo miró, sujetando su mano firmemente contra su vientre.

—Oh, Xavier, ¿lo has sentido?

Cuando sintió la patada del bebé, Xavier sintió algo en su interior, una sensación aterradora. Tenía que marcharse. No podía estar allí con ella. Acababan de tener el mejor orgasmo de su vida, y sabía que ella sentía lo mismo ... Pero era el bebé el que la hacía feliz, el que hacía que su cara resplandeciera con aquella sonrisa ...

Sintió miedo. Miedo de caer en algún lugar del que nunca pudiera salir. Ella sólo había cedido a deseos carnales. Deseos que se había reprimido todo aquel tiempo. Jane notó la tensión en Xavier. Intentó interpretar la expresión de su cara. Pero no pudo.

Xavier quitó la mano y se levantó de la cama. Ella se tapó con la sábana. Lo observó vestirse rápidamente, como si se hubiera transformado en un hombre diferente de aquél que acababa de estar con ella.

La miró con frialdad.

—Tengo que bajar, por si nos buscan ...

Recogió su chaqueta, la miró y se marchó después de decir.

—Me alegro de que hayas decidido comportarte como una verdadera esposa, que da placer a su marido.

Capítulo 13

JANE estaba en la cama. Sintió que el aire estaba más frío y se tapó con una manta. ¿Qué había hecho? Aquello era lo que había temido. Que se abriese a él en la intimidad, y que no pudiera volver atrás. Por la mañana se despertó sola en la cama, y se enteró de que Xavier no se había acostado con ella. Cuando entró en la suite, se sorprendió de verlo de pie junto a la ventana, vestido con traje.

—Tengo que ir a París un par de días. Ha surgido un problema ... —dijo después de saludarla.

Ella fingió indiferencia.

—Bien. Yo volveré a la isla más tarde. Sophie me sugirió que comiéramos juntas, así que es posible que lo haga. Xavier se quedó inmóvil. Jane se sirvió café y un croissant. Cuando pasó por al lado de Xavier, éste le sujetó los brazos y la detuvo. Jane tembló antes de alzar la mirada. Él fijó sus ojos en ella.

—Jane ... Deja de hacerte el conejo asustado. No podemos volver a ese juego después de lo de anoche —se pasó la mano por el cabello—¡Eh, Jane! Dejaste de evitarme ...

Ella se puso a la defensiva y se revolvió diciendo: —No es para tanto, Xavier. Sé perfectamente lo que he hecho. Ambos conseguimos lo que queríamos.

Xavier le agarró la barbilla para que lo mirase. Él tenía un gesto duro y frío.

—Bien. Porque a partir de ahora seremos marido y mujer, de forma civilizada.

Jane sintió ganas de salir corriendo. Pero no lo hizo. Sabía lo duro que sería tener intimidad con él y que luego se comportase fríamente con ella. ¡Oh! ¿Por qué había sido tan débil?, se preguntó. Antes de marcharse Xavier le dio un beso en la boca y le dijo:

—Te veré dentro de dos días ...

Intentó no preocuparse, pero varias veces estuvo a punto de llamarlo por teléfono.

—No se preocupe, madame, estará aquí pronto. Debería irse a la cama —le dijo Yvette.

Jane sonrió.

—Tal vez tengas razón —respondió.

Era una suerte no tener que fingir sus sentimientos delante de

Yvette. La mujer daba por hecho que ella estaba locamente enamorada de Xavier. Jane subió a su habitación y se acostó. Y afortunadamente se durmió. Dos días más tarde, Jane estaba esperándolo ansiosamente. Aunque temiera ver a Xavier nuevamente, lo deseaba como nunca. No podía concentrarse en la lectura.

Había tratado de convencerse de que podía tener relaciones físicas con él y mantener una distancia emocional. Pero sabía que le resultaría muy difícil. Porque lo amaba, y tenía que defender su corazón. Casi se lo había dicho aquella vez, cuando él había puesto su mano en su vientre para sentir la patada del bebé. Pero aquello había horrorizado a Xavier, estaba segura. Y por eso se había apartado de ella.

No volvería a cometer el mismo error. Jane salió a dar un paseo. Cuando volvió, Xavier todavía no había regresado.

Xavier volvió agotado del viaje. Normalmente se quedaba a dormir en París. Pero ahora tenía un motivo para volver, y éste estaba debajo de las mantas de su cama.

Se desvistió, se metió en la cama, se acercó a ella, y aspiró su fragancia. Sintió la seda de su camisola. Era la primera vez que la usaba. ¿Sería porque lo había estado esperando? La idea le excitó aún más.

Puso la mano en su vientre, y luego la deslizó hacia un pecho. Lo agarró y jugó con un pezón. De pronto pensó que si Jane hubiera podido se habría resistido. Y que lo iba a odiar por aquello. Pero no quiso pensar, era demasiado tentador tenerla allí en su cama. Jane gimió medio dormida. No podía creerlo. Otra vez estaba soñando lo mismo.

Intentó despertarse, pero a medida que se iba despertando las sensaciones eran más fuertes. El latido de deseo que tenía entre las piernas era muy real, y también lo era la mano que agarraba su pecho; y el hombre excitado que tenía en la espalda.

Se despertó totalmente, echó atrás la cabeza y dijo: —Xavier ...

Xavier le besó la nuca. Ella estaba medio dormida todavía, y en aquel estado de semiinconsciencia las sensaciones se hacían más fuertes.

—Xavier, ¿dónde estabas?

—¿Me has echado de menos? —preguntó él.

—No, por supuesto que no.

Él le subió la camisola. Jane dudó un momento y luego lo ayudó a quitársela, y él gimió, satisfecho, cuando rozó su piel.

¿Habría elegido aquella prenda transparente porque inconscientemente había imaginado aquella escena?, se preguntó Jane.

Se giró y él la besó, suavemente al principio, más ardientemente después, invadiéndola con la lengua, explorándola.

Xavier le agarró los pezones y ella gimió. Jane estaba de espaldas y él le agarró una pierna con un brazo, la levantó levemente, y la abrió para explorar con sus dedos el centro de su feminidad, para sentir su humedad.

Jane se mordió el labio inferior para no gritar cuando sintió la dureza de su sexo entrar en ella. Xavier la estaba sujetando para mantenerla en el sitio mientras entraba y salía de ella.

En aquella posición erótica Jane se fue excitando más y más, y ambos buscaron desesperadamente llegar a la cumbre del placer, violentamente, de un modo casi animal, que los ayudó a llegar simultáneamente con una intensidad tan grande que durante un segundo el mundo pareció borrarse y transformarse en un gran espacio negro. Y luego volvió aparecer en los estremecimientos de su orgasmo.

¿Cómo era que podían alcanzar aquel éxtasis sin amor?

Miró a Xavier como si pudiera encontrar la respuesta en su rostro. Buscó su boca, dejando al descubierto todos sus deseos.

Pero de pronto se puso tensa. Aquello era lo que tenía que evitar. Aquella necesidad incontrolable de expresar sus sentimientos.

Xavier notó que ella se distanciaba, y se soltó de su cuerpo. No hacía falta que le hiciera ninguna otra indicación. Era evidente.

Se quedó boca arriba a su lado. Y cuando Jane se encogió en un extremo de la cama no se abrazó a ella. Jane se quedó tumbada mirando la oscuridad mucho tiempo, aun después de que Xavier se diera la vuelta y se durmiera.

Siguieron dos semanas de noches de pasión seguidas de un distanciamiento entre ellos en el que cada uno se daba la vuelta para su lado. Noches en las que ella apenas había podido dormir. Una mañana Jane bajó al comedor y Xavier notó que tenía mala

cara.

—No tienes buen aspecto —le dijo.

—Estoy embarazada, Xavier. Lo siento pero no todo el mundo se siente estupendamente ...

—No parecía que te sintieras mal anoche ...

—Bueno, no te hubieras dado cuenta, ¿no?

—¿Qué quieres decir? ¿Que no me deseabas? Si no me equivoco, tenías muchas ganas también. Ni siquiera pudiste esperar a que saliera de la ducha —dijo Xavier.

Ella se puso colorada.

—Xavier, sólo es deseo, algo físico. Y sí, yo también lo sentí. Créeme, si pudiera apagarlo como a una radio, lo haría —dijo con amargura.

Él se levantó con un movimiento violento y dijo: —Tengo que ir al hotel por trabajo. Volveré por la noche.

Cuando Xavier se marchó, Jane sintió un nudo en la garganta y ganas de llorar. Parecían dos niños riñendo todo el tiempo.

Se secó las lágrimas y disimuló en el momento en que apareció Yvette.

Subió al dormitorio y trató de dormir una siesta, pero no pudo dormirse. Luego bajó a preparar la cena con Yvette, puesto que aquella noche Yvette y su marido libraban.

Por la tarde había querido cortar aquel estado de ansiedad saliendo a dar una vuelta con el coche, sin tener muy claro adónde iba a ir.

Finalmente fue a la cala donde había estado con Xavier. La asaltaron dulces recuerdos. Sintió tristeza porque ahora a él sólo le interesaba de ella que le diera un heredero.

Había pensado que había hecho lo mejor para el bebé y para su madre, pero ahora lo dudaba. El problema era que había tenido la esperanza de que las cosas pudiesen cambiar, de que algún día pudieran tener una relación cálida como la que habían tenido durante el verano.

Por ello finalmente había cedido a su deseo, porque había querido recuperar un sueño perdido. Pero lo que se había encontrado había sido una gran soledad. Habían tenido noches de pasión, pero seguidas de una gran frialdad.

Aquella situación era muy dolorosa, y ella necesitaba decide a

Xavier lo que sentía.

Así que sabía lo que tenía que hacer. Iría a decírselo. Le diría que lo amaba, con serenidad y dignidad, no en un momento de pasión.

Si Xavier le decía que podía llegar a sentir algo por ella, además de atracción física, se quedaría con él e intentaría que el matrimonio funcionase. Pero si no le daba esperanzas, se marcharía. Aunque le partiera el corazón.

Podía quedarse en la mansión de Lisa para pensar qué hacer. Después de todo, estaban casados, así que no habría ningún problema con el tema de la herencia, ¿no? Ella ni siquiera le pediría el divorcio, si él no lo quería. Pero más adelante, cuando encontrase a otra persona, seguramente Xavier querría divorciarse.

Jane se metió en el coche con un nudo en el estómago, decidida a ser sincera con él y consigo misma.

Cuando Jane llegó al castillo era más tarde de lo que había planeado. El jeep de Xavier estaba en la entrada.

Vio a Xavier en la puerta del castillo, yendo hacia ella.

Se acercó y abrió la puerta del coche de Jane:

—¿Dónde diablos has estado? —preguntó malhumorado.

—He ido a dar una vuelta. Tengo permiso, ¿no? —respondió igualmente irritada. Sus emociones la ponían nerviosa e irascible— No te preocupes, Xavier, que tu cargamento está a salvo.

—¿Cargamento? ¿De qué estás hablando? —preguntó él cuando Jane salió del coche.

—El bebé ... La razón de que estemos aquí.

—Por supuesto. ¿Cómo he podido olvidarme?

Xavier la agarró del codo y la hizo entrar. —Xavier, suéltame. Puedo caminar sola ...

Él la soltó y se frotó los ojos con la mano. Jane de repente se dio cuenta de que Xavier tenía un aspecto terrible, y olía levemente a alcohol.

—¿Has estado bebiendo?

—Sí, querida esposa. Me estás llevando a la bebida ... ¿Estás contenta?

Jane fue hacia la cocina. —Necesitas una taza de café —dijo.

Xavier le agarró el brazo y tiró de ella, poniéndola en contacto íntimo con él. Jane cerró los ojos al sentir su contacto. Luego los

abrió y dijo:

—Xavier, déjame marchar ... No podemos hacer esto ...

Era evidente que en cuanto se tocaban volvía a encenderse la llama de la pasión entre ellos. Pero eso mismo hacía que se reafirmase en su decisión de hablar con él y aclarar las cosas. Había pasión sí, pero ésta enturbiaba su relación con él y la volvía día a día más amarga. Jane se soltó.

Xavier la miró con gesto sombrío y dijo:

—Tienes razón. Iré a hacer café. He venido temprano para hablar contigo ... Y cuando no te he encontrado ...

—Yo ... Yo también quería hablar contigo —dijo ella.

—Voy a preparar café. Espérame en el salón, si quieres.

Xavier se marchó a la cocina, y ella se quitó el abrigo y lo esperó en el sofá del salón.

Xavier apareció con dos tazas de café. Las dejó en la mesa, y se quedó de pie al lado del fuego. —Jane, yo ...

—Oye, Xavier. ..

Hablaron al mismo tiempo. Luego ella dijo: —Tú primero ...

Él se quedó de pie un momento, mirando el fuego.

Luego se dio la vuelta. Estaba más serio que nunca. —Dime, Jane, ¿te desagrado tanto que no puedes mirarme sin ponerte tensa?

—Por supuesto que no ... ¿Cómo puedes decir algo así? —preguntó ella, confusa.

—Desde que nos hemos casado, te has comportado como un ciervo atrapado por la luz de unos faros. Te pones rígida, te echas atrás, y me miras con ojos de hielo ... ¡Sí, ya sé que otras veces no estás tan fría! —Dijo con ironía— Pero después vuelves a estar igual.

—A mí me da la impresión de que es mutuo —dijo ella con amargura.

—Hoy he estado pensando en esto todo el día —contestó él con un suspiro— Hay algo que debería explicarte

—Adelante.

—Mis padres no tuvieron un matrimonio feliz. A los cinco años, cuando murió mi madre, yo estaba acostumbrado a las amargas discusiones entre ellos. Por eso mi padre no se volvió a casar. Fue un amargado toda su vida, y me transmitió ese sentimiento sobre el

matrimonio. Todo el mundo pensó que no se había casado porque amaba mucho a mi madre, pero fue al revés. Y yo me temo que veo lo mismo en nosotros. Jane, esta mañana nos estábamos diciendo cosas muy desagradables como ... Como lo hacían ellos exactamente —Xavier la miró a los ojos.

Ella recordó que Xavier nunca había querido hablar de su padre.

—No quiero ese futuro para el niño. Así que si quieres te daré la separación. Al menos, si estamos separados, podremos mantener el respeto entre nosotros. —¿Qué ... ? ¿Qué quieres decir?

—Creo que ambos sabemos que este matrimonio no funciona. Tú te casaste con una clara intención ... Y yo me aproveché de ello. La herencia está asegurada con nuestro matrimonio. No debería haberte traído aquí...

Ella se hundió en el sofá, en estado de shock. —Créeme, me siento tentado de escoger lo más cómodo y disfrutar de nuestra atracción física y fingir que no ocurre nada. Y sé que tú también puedes hacerla ... Creí que funcionaría bien nuestro matrimonio, que era posible con lo que teníamos ... Pero no lo es. No hacemos más que discutir y reprochamos cosas, y así será imposible tener una relación civilizada.

Xavier hizo una pausa y respiró profundamente. Ella asintió, decepcionada porque aún, en lo más profundo de su ser, había tenido una esperanza. —Puedes quedarte en el castillo, si quieres —dijo Xavier—. Yo me iré al continente. Los empleados se ocuparán de ti ... Sólo te pido que pienses en la posibilidad de quedarte en Francia, así podría ver más al niño ...

Parecía tan frío, tan cínico ...

Jane se alegró de no haberse humillado delante de él confesándole sus sentimientos. Lo miró y él se acercó. Pero ella dio un paso atrás.

—¿Jane? Es evidente que no eres feliz ... No eres la misma persona que conocí en el verano. —No, no soy feliz.

Se miraron como extraños. —¿Qué querías decirme, Jane?

Ella lo miró y se reprimió una risa histérica.

—¿ Quieres creer que yo también te iba a proponer la separación?

—Al menos estamos de acuerdo en eso.

Jane se dio la vuelta torpemente y salió de la habitación.

—Jane ... Espera. Deberíamos hablar de esto ... De cómo lo vamos a hacer...

—Estoy muy cansada ... Quiero acostarme un rato.

—Yo dormiré en la habitación de invitados esta noche.

Eso fue lo último que escuchó Jane antes de salir deprisa. Cuando llegó a las escaleras le pareció que ya no sentía las piernas. Y luego sintió un calambre en el vientre, un dolor insoportable que no la dejaba respirar.

Fue vagamente consciente de que alguien decía su nombre, y de que unos brazos la sujetaban. Luego se desmayó.

Volvió en sí un segundo y vio que Xavier la llevaba en brazos. Ella pensó en el bebé. Todo lo demás le daba igual. Lo importante era que no le sucediera nada al bebé.

—Xavier El bebé ... No puede pasarle nada al bebé ...

Lo necesito Amo ... —y se volvió a desmayar.

Capítulo 14

JANE abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba acostada en la cama. Xavier estaba de pie a los pies de la cama. Un hombre mayor se acercó a Jane cuando ella volvió en sí.

—Jane, soy el doctor Villeneuve. Xavier me llamó cuando te desmayaste. Afortunadamente, estaba en la isla; si no, habrías tenido que ser trasladada al continente ...

De pronto Jane recordó lo que había sucedido. —¿El bebé? ¿Está bien?

El doctor le palmeó la mano y miró a Xavier.

—Si nos disculpas un momento, Xavier... Ahora que está despierta, tengo que hacerle un examen exhaustivo, para asegurarme de que pasará bien la noche aquí. Pero tiene que ir al hospital mañana a primera hora de la mañana.

—Por supuesto ——dijo Xavier.

El médico examinó a Jane y le dijo que no ocurría nada grave. Que lo que le había sucedido era producto del estrés.

—Tienes que cuidarte, Jane —le aconsejó—o ¿Tienes algún problema que te preocupe?

Sólo que Xavier no la amaba y quería separarse de ella, pensó.

—No, doctor. No se preocupe. Tendré cuidado y cuidaré también al bebé.

—y cuida también a ese pobre hombre que está fuera ... ¡Casi me saca a tirones del coche antes de que hubiera parado! No sé qué habría hecho Xavier si yo no hubiera estado aquí... Me ha pedido que me quede esta noche. Mañana iré contigo al hospital... Es un hombre muy persuasivo ...

El médico se marchó y ella oyó los pasos de Xavier y del hombre en el pasillo. Jane sonrió débilmente. La preocupación de Xavier por el niño era admirable, pero a ella no le servía de consuelo. Se abrió la puerta y apareció Xavier. Jane contuvo la respiración, y luego ésta se agitó al mirarlo. —Xavier, no hace falta que se quede el médico. El pobre hombre probablemente quiera irse a su casa con su familia.

—No voy a arriesgarme. Se queda y punto. Cerró la puerta y se acercó a ella, quitándose la ropa mientras lo hacía.

A Jane se le secó la boca mientras lo miraba. —¿Qué estás

haciendo? —Le preguntó a Xavier—. ¿No ibas a dormir en la habitación de huéspedes?

—Sí, pero se la he tenido que dejar al médico.

—Hay muchas habitaciones para huéspedes ... —insistió.

—Sí, pero todas están al otro lado de la casa.

Jane cerró los ojos para no verlo desnudo metiéndose en la cama. El médico le había dicho que no tenía que estresarse, ¡ y él se acostaba a su lado!

Xavier apagó la luz y Jane se quedó despierta, mirando la oscuridad. Sus respiraciones se oían fuertemente. Y ella empezó a excitarse. Sintió que una nube de deseo se cernía sobre ellos.

De pronto, una tos al otro lado del pasillo rompió el hechizo. Era el doctor. Jane suspiró, aliviada, y se dio la vuelta, deseando que su cuerpo se calmase.

Por fin se durmió. Pero cuando se despertó, se encontró envuelta en los brazos de Xavier, con su mano viril en su vientre. Medio dormida, ignoró la realidad y se acurrucó contra él y se durmió. Pronto llegaría la mañana. Y tal vez fuera la última vez que compartiese cama con él. Jane se despertó por la mañana con pesar en su corazón. Se levantó de la cama y sintió una patada del bebé. Se alegró. Al menos, en su hijo tendría una parte de él. Oyó un movimiento y apareció Xavier con una bandeja.

—Aquí tienes el desayuno. El doctor Villeneuve está esperándonos abajo.

—Me siento mejor hoy. Estoy segura de que estaré bien. No hace falta ...

—Jane. Vamos a ir al hospital.

Dejó la bandeja y salió del dormitorio. Ni la miró. Jane hizo un esfuerzo por comer algo, pero le costó. Luego se vistió y bajó. Pronto estuvieron en el avión para ir al continente. Después de aterrizar subieron a un coche que los estaba esperando. En el hospital todo sucedió muy rápido. Le dieron una habitación privada. Cuando los dejaron solos y Jane ya se había instalado, Xavier le preguntó:

—Dime, ¿por qué me ibas a pedir que nos separásemos? Nunca me has hablado de ello ...

A ella le hirió el tono frío que usó. —Porque ... —balbuceó.

—¿Y?

—Porque ... Xavier ... Yo te amo —dijo ella con voz temblorosa — ¡Te amo tanto ... ! Cada vez que te miro siento ganas de hacer el amor contigo ... Pero tengo un gran dolor en el corazón, porque no me amas. Por eso es mejor que nos separemos. Para mí es una tortura estar contigo, desearte tanto ... Y saber que para ti es sólo atracción física ... Y que tú sólo me quieres por el bebé ... —hizo una pausa y se estremeció—. Es muy doloroso estar contigo sabiendo que nunca me amarás ... —le temblaron los labios, y a sus ojos asomaron unas lágrimas.

Se sentía más vulnerable que nunca. En estado de shock por lo que había dicho. Giró la cara y cerró los ojos, mientras lloraba en silencio, esperando que él se marchase. Pero en lugar de ello, sintió que la cama se hundía a su lado y que una mano cálida le agarraba la barbilla para que lo mirase.

Ella siguió con los ojos cerrados y se los tapó con la mano. Xavier le bajó la mano.

—Xavier, vete. Por favor, déjame sola.

—Jane, tú amas al bebé, no a mí.

—Xavier, si no puedes aceptar la verdad, vete, por favor.

—Pero, Jane, sólo te has acordado de él cuando te desmayaste. Fue lo único que mencionaste antes de perder el sentido.

Ella quitó la mano de Xavier de su mentón y dijo: —Por supuesto que amo al bebé ... Pero también te amo a ti. Estaba asustada porque este bebé es lo único que me une a ti. Ya lo he dicho ... ¿Satisfecho? Y ahora, por favor, vete y déjame sola ...

Él no se movió. La miró a los ojos con una expresión indefinible y le dijo:

—Jane, yo quería que nos separásemos por lo que te he contado de mis padres ... Pero sobre todo porque no quería que vivieras conmigo si eso no te hace feliz. Tengo la impresión de que cada día me odias un poco más. Sólo sientes alegría por el niño, y me siento un poco celoso ...

¿Qué estaba diciendo Xavier?, pensó ella, aturdida. Xavier tomó su mano, pero ella se echó atrás. —Jane, déjame que te lo explique. Desde aquella noche en la suite del ático ...

Ella lo interrumpió.

—Fuiste tú quien se marchó. Y a la mañana siguiente, estabas tan frío ...

—Me fui porque ... fue muy turbador volver a hacer el amor contigo. Mis sentimientos no desaparecieron, al contrario, se hicieron más fuertes. Y me puse celoso, enfermizamente celoso ... de que sintieras aquella alegría por el bebé ... después de haber compartido algo tan ... —Xavier se calló, vulnerable a los recuerdos — Te comportaste de una forma tan fría y tan distante ... Como si hubieras decidido acostarte conmigo sólo para satisfacer un deseo físico. Y me dije que lo que menos necesitaba era que se metieran por medio sentimientos —se rió amargamente— y Me estabas dando exactamente lo que yo creía que quería. Pero de pronto no me bastaba.

—Todo lo que quieres es el bebé ...

—Eso creía. Usé al bebé para justificar que tenía que tenerte, me daba igual de qué forma. Cuando viniste a verme a Londres para darme la noticia, me dejé guiar por la intuición e hice todo lo posible para que te casaras conmigo, porque estaba seguro de que ibas a acostarte conmigo. Y que compartiríamos la misma pasión de antes, sin tener que examinar mis sentimientos.

—Pero tú ... ¿Sentimientos? Ni siquiera pensabas en mí...

—¿No? Cuando viniste a verme, hacía dos meses que yo tenía tu dirección. Te había seguido el rastro. No sabía si ponerme en contacto contigo ... Pero deseaba hacerla.

—¿ y esas fotos con mujeres?

—Salí con muchas mujeres, pero siempre me asaltaba tu recuerdo ...

—¿Por qué me dejaste sola, entonces, cuando me pediste que me casara contigo?

—No podía soportar estar cerca de ti. Era muy fuerte. Tenía pánico de perderte otra vez ... Y para negar mis sentimientos, me fui lo más lejos que pude —desvió la mirada— Después de presenciar las peleas de mis padres, jamás podía pensar que iba a sentir algo verdadero ... Y por otro lado, creo que quería castigarte por hacerme sentir tan vulnerable ...

Pero ella no podía creer lo que estaba diciendo Xavier. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Él se las quitó con el dorso de la mano. Entonces Jane le contó que Sasha la había ido a ver y lo que le había dicho. Xavier se puso tenso.

—No me extraña que te fueras. Sasha debió de darse cuenta de que eras diferente. Tienes que creerme, Jane. Debió de oírme hablar por teléfono ... ¡Me dan ganas de matarla!

—Te creo, te creo.

—Jane, ¿estás segura de que no amas sólo al bebé?

—Querido mío, te amo desde antes de saber que estaba embarazada ...

—Cuando te desmayaste en mis brazos —Xavier cerró los ojos— Si te hubiera ocurrido algo ¡No habría podido vivir! ¡Te amo tanto ... !

—Yo también te amo, Xavier, con todo mi corazón.

—El bebé y tú sois mi corazón. Sin ti, mi vida no tiene sentido ... —dijo él y la besó apasionadamente, para borrar definitivamente las lágrimas.

Seis meses más tarde, Xavier iba del brazo de Jane en la Fiesta de Verano de la isla. Llevaba a Amelie sobre los hombros, y Jane llevaba en brazos a Max.

Arthur y la madre de Jane los animaron: Divertiros, vosotros, los jóvenes! Nosotros nos encargaremos de los niños.

Xavier y Jane dieron sus hijos a sus abuelos. —¿Estarán bien? —preguntó Xavier.

—Sí, cariño —Jane rodeó la cintura de su esposo con su brazo.

Ella abrazó.

—Ya que este año no hago la exhibición aeronáutica.

Fin